

don Luis Guanella



# **Caminos de Providencia**

Memorias autobiográficas

## Presentación.

Corre octubre de 1554, cuando, faltando algo menos de dos años para la muerte de San Ignacio de Loyola, el ilustre jesuita Jerónimo Nadal, tratando de convencer al fundador para que narrase su autobiografía, afirmaba que *de ninguna otra manera el padre Ignacio habría logrado beneficiar más a la Compañía; más aún, esto, realmente, significaba fundar la Compañía...*

La historia se repite, produciéndose situaciones y actitudes similares. También don Luis Guanella, al finalizar su vida, fue repetidamente urgido por sus primeros religiosos para que nos heredara un testimonio autobiográfico; él dictó sus memorias, revisándolas y titulándolas después *Los caminos de la Providencia*.

Don Leonardo Mazzucchi, al cual fue entregado el manuscrito, en breves palabras de autenticación, declaraba: se trata de memorias que don Luis Guanella, a pedido de muchos y mío personal, se decidió a dictar en el último invierno de su vida, con el intento de ir demostrando, en los acontecimientos en los cuales se vio envuelto, la obra de la divina Providencia...

Remontan estas memorias, por lo tanto, al final de 1914 y primeros meses de 1915. Escritas sobre 224 hojas, por mano de tres diferentes amanuenses, en cuatro puntos del manuscrito (de estos uno abarca una página y media) se encuentran intervenciones del mismo don Guanella, como sello ideal que nos asegura su paternidad.

Antes de la presente edición nunca se había publicado el manuscrito, aún cuando sirvió como fuente principal de la biografía de don Guanella que el mismo don Mazzucchi publicó en 1920. Tratándose de memorias aquí encontramos la espontaneidad, la rusticidad, el gusto de los detalles: elementos que constituye las características propias de este género literario, a la vez que se presenta también incompleto e irregular en su desarrollo, en el sentido que algunos detalles son descritos más de lo que no se haga con acontecimientos posiblemente más importantes.

El relato, además, se interrumpe sin concluirse en el Capítulo XXIII, en el cual se habla de las casas de Belgioioso, Livraga y Fratta Polesine. No sabemos si la narración quedó trunca o si bien don Guanella quiso a propósito dejarla así,

a manera de discurso en suspenso o de un camino que él, o de alguna forma otro por él, tenía que continuar con toda naturalidad un mañana.

Sin lugar a dudas una cosa es cierta: si no tuviéramos este importantísimo material, posiblemente no conoceríamos casi nada de la vida de don Guanella en el arco de años que van desde su infancia hasta 1885-1890, al igual que poco sabríamos de los años sucesivos, en los que, a pesar de que sí tuvo colaboradores y testigos de su acción, sin embargo ninguno suficientemente enterado e integrado a su inagotable actividad.

La presente edición quiere cobrar un carácter divulgativo; por eso se han dejado de lado las reglas y las precauciones que hubiera exigido una edición crítica. En la transcripción del manuscrito se realizaron intervenciones apropiadas para eliminar pasos oscuros, incorrectos e incompletos, presentes en abundancia, para ofrecer así una lectura ágil y fácil. En algunos casos hubo que rectificar y completar nombres y fechas, valiéndonos de comparaciones con biografías de don Guanella y de la colección de la revista La divina Providencia, para los años 1892 a 1915.

## **Palabras al lector**

Los caminos de la Providencia:

Con este título el que escribe se propone presentar para sí y para las estimadas personas que lo rodean, conjuntamente a los buenos creyentes, noticias y consideraciones acerca de las Obras conocidas con el nombre de Casa de la Divina Providencia, que la Providencia misma, en cortos años, difundió en Italia, en la vecina Suiza y en los lejanos Estados Unidos de América.

Al conocer estas noticias cada uno alentará sentimientos de gratitud hacia el Señor y hacia las personas buenas que ayudaron dichas Obras.

Por los defectos que se descubran en esta exposición, para quien la escribió serán motivo de confusión, mientras para quien la lea serán ocasión de ejercer comprensión.

## **Capítulo I**

### **El Valle San Giacomo**

El valle San Giacomo, largo aproximadamente unos 20 km. desde Chiavenna hasta la cumbre del monte Spluga, es angosto, además presenta un recorrido peligroso. Está dominado por una cordillera altísima de cerros que demasiadas veces derrumban o amenazan derrumbes. Lo atraviesa el río Liro.

Hay en el valle y pegados a los montes unos villorrios muy poblados que viven del pastoreo, del comercio con los vecinos Grisonos y, en temporada de invierno, de trabajos en industrias de muchas regiones de Italia.

A lo largo, desde Lecco a Chiavenna y Campodolcino, un espectacular camino, construido por los austríacos, conduce hasta Viena. En la primera mitad del siglo este era muy recorrido, pero ahora lo es mucho menos, debido a los pasos alpinos habilitados en otros lugares.

La población del valle San Giacomo, unos cincuenta años atrás, era muy sobria, trabajadora y, sobre todo, religiosa. Alguien se ha complacido en llamarlo el valle de los Santos, porque en 1492 apareció la Virgen bendita en Gallivaggio y, poco más abajo, está la ermita santuario donde vivió en soledad San Guillermo, duque de Orange.

Numerosas son en el valle las iglesias parroquiales con sus filiales; en los altos de los montes, donde muchos trabajan en las temporadas de verano, también son abundantes las capillas para la celebración de los sagrados misterios.

Los habitantes de hace cincuenta años vivían muy sencillamente, participando de la Santa Misa casi todos los días, recibiendo muy frecuentemente los santos sacramentos y rezando cada noche el rosario en familia.

Ahora, en nuestros días, el soplo del progreso ha invadido también el valle, pero aún son muchos los que honran y practican las tradiciones del pasado. Es Providencia del Señor el hecho que en los montes se derrame muy a menudo la gracia del Espíritu Santo y que en los valles siga conservándose el gusto de un aislamiento y recogimiento muy precioso. ¡Quiera el Cielo que los montañeses no se dejen tentar demasiado fácilmente por el ruido y la disipación de la ciudad, a no ser que con claridad a ello los conduzca la mano de la Divina Providencia!

## **Capítulo II**

### **La familia Guanella en Campodolcino**

Campodolcino, por contar con mayor número de habitantes y por estar ubicado en un ensanche del valle, lo que favorece una mayor actividad comercial, es hoy considerado como ciudad cabecera del valle San Giacomo.

La iglesia parroquial se levanta al lado del torrente Rabiosa que se despeña desde los glaciares del Pizzo Stella rodando cerca del villorrio de Fraciscio, que cuenta alrededor de 400 habitantes, con iglesia sucursal propia.

En el mismo ensanche donde se encuentra la iglesia parroquial, a lo largo del río Liro, están los poblados llamados Tini, Porta Rezia, Prestone, mientras en la ribera derecha del Rabiosa están Asée y Corti. En lo alto hay, además, en la ladera izquierda del río Liro, el villorrio llamado Motta y, por la derecha, Starleggia, cada uno de ellos ricos de iglesias filiales y de oratorios para las procesiones rogatorias y similares y que, aún hoy, son símbolos de la fe práctica de nuestros antepasados.

Los apellidos Guanella se cuentan en varias familias. La familia Guanella de la que hablamos posee casa y bienes en Fraciscio. El jefe de hogar, Lorenzo Guanella, hijo de Tomás, es un típico montañés siempre vestido a la española, aún cuando otros siguieron modas nuevas; con tez colorada marcadamente sana, posee un carácter fuerte e inmutable como las rocas del Calcagnolo que incumbe sobre el pueblo. Por casi veinticuatro años cubrió el cargo de primer diputado y de intendente de la comuna de Campodolcino. Lorenzo Guanella estaba dotado de tal visión de gobierno que nadie lo superaba. Siempre hablaba último, pero también tenía la última palabra aún en confrontaciones con autoridades departamentales o provinciales, porque sabía que sus puntos de vista y sus propuestas estaban en lo cierto y eran justas.

No hace falta decir que en su familia, compuesta por doce hijos, él era como el sacerdote y el rey, ya que sabía leer, por así decirlo, en el corazón de cada uno y quería que todos crecieran en virtud, en la obediencia, y a la escuela del trabajo.

El peso de su autoridad sobre los hijos era providencialmente equilibrado por la madre, María Bianchi, proveniente de la localidad de Motta. Mujer rica en energía y en suavidad, por lo que era, en la familia, un verdadero tesoro de Providencia.

Crió doce hijos y sin embargo siempre era la primera en dirigir el hogar y los trabajos del campo.

El padre, al fin de acudir a su numerosa prole, se dedicaba además al comercio, como acostumbran hacer muchos, aún hoy, en el valle. La figura de Lorenzo Guanella, fallecido a los setenta y cuatro años en 1874, es recordada con añoranza aún hoy y muchos desearían tenerlo presente como modelo de gobierno y de recta conciencia.

## **Capítulo III**

### **El sacerdote Gaudencio Bianchi**

Hacia muchos años que no aparecía un aspirante al sacerdocio, cuando el niño Gaudencio se presenta a la madrastra Elizabeth y con decisión le dice: "Yo quiero ser sacerdote y para ello me ayudaré también con los bienes heredados de mi difunto padre". Alcanzó el sacerdocio él y además ayudó en la carrera a sus únicos hermanos uterinos, Lorenzo Buzzetti, quien falleció siendo arcipreste de Chiavenna en 1898 a los setenta y tres años, y Antonio Buzzetti, afamado escritor, que por muchos años fue párroco en Santa Águeda en Como.

El sacerdote Gaudencio Bianchi por diez años ejerció como párroco en Campodolcino y después fue director espiritual en el Seminario de San Abundio y en el Seminario teológico de Como. Fue verdadera Providencia en el despertar cocciones sacerdotales y en encaminar al santo altar quizás unos treinta alumnos del santuario, a partir del año... hasta hoy día, en 1914. Entre estos afortunados, solamente en el pueblito de Fraciscio, se cuentan dos sacerdotes de la familia Trussoni, dos de la familia Guanella, otro Trussoni, actualmente canónigo en la catedral de Como, Trussoni don Juan Bautista y Trussoni Tomás, durante 30 años profesor en el seminario de Como y actualmente arzobispo de Cosenza.

En Campodolcino también hubo tres sacerdotes de la familia Gadola y dos de la familia Zaboglio: Agustín, el mayor y conocido por todos, y Francisco, uno de los primeros en la escuela y en la misión Scalabrini en las dos Américas. Entre los miembros de la familia Guanella de Fraciscio uno de los primeros llamados por don Gaudencio fue Lorenzo, quien falleció como decano de Ardenno y murió en la Casa de la Divina Providencia en Como, confortado y asistido por su propio hermano sacerdote Luis, el 26 de julio de 1906.

## **Capítulo IV**

### **Recuerdos de juventud**

El sacerdote Luis Guanella, ahora que, pasados los setenta años, vuelve a ser *puer septuaginta annorum* (niño de setenta años), parece rejuvenecer al recordar de cuando en cuando y también en las circunstancias de encuentros familiares navideños, acontecimientos personales y de la familia.

En las largas tardes de invierno, especialmente las festivas, en la familia Guanella se leía la Santa Biblia y varias vidas de santos. Luis y Catalina, la hermana, entre los siete y diez años de edad, imitaban las acciones de los santos que en la persona de los pobres veían la persona misma de Jesús. Entonces se dirigían al prado que dominaba desde lo alto su casa, donde había una gran piedra con algunos huecos que parecían ollas, y se decían:

"¡Hagamos aquí comida para los pobres!". Y mezclaban tierra con agua diciéndose con infantil ingenuidad: "Cuando seamos grandes, así prepararemos sopa para los pobres".

Era la víspera de San Juan Bautista, protector de la parroquia. Por la mañana el niño Luis, en la plaza de la Iglesia, se encontró con su propio cuñado Guillermo Sterlocchi, padre del actual canónigo. El cuñado compró unos bombones y se los dio diciéndole: "¡Toma, Luis, festeja tú también San Juan!". Pero, poco después, las campanas anunciaron el comienzo de las funciones religiosas, y el muchacho sintió escrúpulos al entrar al templo con los bombones en el bolsillo, por lo que se apresuró a esconderlos en un montón de leña encastillada frente a la casa del vicario y frente al así llamado bar de los curas. Nadie había alrededor. El jovencito Luis escuchó un seco golpear de manos, miró y vio allí un lindo viejito, quien le tendía las manos como si le dijera: "¡Dame a mí también de esos bombones!". Luis se aterrorizó, alcanzó a esconder sus dulces y, al mirar, ya no vio más al buen ancianito, sintiendo amargura y arrepentimiento. Quien narra, si fuese un artista, podría describir los rasgos del rostro, la ternura de los ojos, el tender de los brazos, el ropaje según las costumbres del lugar y el colorido del trabajo, como si lo estuviese viendo ahora con sus propios ojos. En ese momento, en su sencillez, el jovencito no habló de aquello con nadie, hasta pasados los veinte años; ahora lo recuerda, dejando que cada cual lo interprete como quiera: visión o ilusión. Quien escribe prefiere la primera dicción.

A esa edad la buena mamá preparaba a su hijo Luis para su primera confesión y le decía: "Dirás que has hecho esto y aquello...", hilvanando un poco de examen de conciencia, mientras el hijo conmovido lloraba copiosamente. Se presentó después al sacerdote Juan Lima haciendo su primera confesión, repitiendo nada más que las respuestas de la mamá: "He hecho esto y aquello... aquello y esto". El sacerdote no pudo más que reírse, aún fuera de la iglesia, con persona discreta.

Llegó finalmente el día de la primera Comunión, alrededor de los nueve años. El joven Luis creyó que el día de la primera comunión lo disfrutaría mejor en la soledad de Gualdera (por ser ya primavera). En este campo alpino, cerca de una casa-refugio de papá, se yergue un pequeño cerro llamado Motto, sostenido, al oeste, por una gran roca, parecida a un murallón, de unos 20 metros de largo y unos 8 de alto. En la mitad de la roca hay dos pequeños prados en forma de diván. A veces en uno, a veces en otro, Luis acostumbraba refugiarse solo a rezar o a descansar. Ese día él se recostó en el primer diván, resuelto a quedarse allí largamente, en oración y leyendo. Mientras tanto en su corazón se iba proyectando un paisaje de suave dulzura, casi de paraíso, que lo persuadía a fuertes propósitos de bien. Duró algunos pocos minutos, sin embargo lo embargó, acompañándolo hasta sus setenta años, un suave consuelo y un recuerdo tal que hubiera querido perdurarse en la piedra, a mayor razón porque la hermana Catalina, que ahora como Sierva de Dios, espera el resultado favorable de los Procesos Apostólicos, ciertamente ahí, guiada por Dios, también se recogía muchas veces en dulces elevaciones espirituales de oraciones y piadosas lecturas.

Esta es una muestra de las más íntimas memorias de la inocente niñez.

¿Pero después? Después estaban las travesuras de recoger flores en las orillas de los barrancos, de saltar los torrentes impetuosos con evidente peligro de precipitarse, de saltar como un ave desde diferentes alturas, de echarse en las aguas de un molino arriesgando quedar despedazado entre las ruedas, de colgarse bajo los trineos de la diligencia invernal para subir a ella después de haber montado al tercer caballo que procedía al trote. Entonces hubiera parecido ver la evidente protección del ángel custodio salvador. Eran vivezas infantiles sin sombra de mal moral; eran efecto de un carácter exuberante que se atrevía, aún siendo niño, a ponerse a prueba y a desafiar varias dificultades. Los niños se pueden comparar a aquellas cabras nuestras de montaña, que durante muchas horas se alejan del redil y saltan de risco en risco, pero, al caer la tarde, cuando el pastor las llama con grandes gritos, ellas corren a su encuentro porque saben que van a saborear de sus manos la rica sal.

A los diez años Luis fue enviado a Pianazzo para que cursara más regularmente su escuela primaria, junto al pariente párroco don Antonio Buzzetti. Hasta esa edad nunca había visto carretas o caballos, y viéndolos por primera vez huía de los caminos a campo traviesa; pero, al cabo de unos meses, era tanta la osadía con los caballos que se exponía a los peligros que arriba se ha dicho.

En Pianazzo la nieve había caído hasta alcanzar un metro y medio y entonces se cavaban galerías, se subía al pueblo de Madesimo en los días festivos, y en seguida nos lanzábamos cuesta abajo, rodando como ardillas.

Compañeros de clase eran dos Scaramellini y un Adamussi, que sabía fingir estar enfermo de muerte con tal de regresar con su familia en Gallivaggio. Ahora todos han fallecido, como también falleció, siendo arcipreste de Gordona, el primer maestro de Fraciscio, don Juan Bautista Persenico, conocido posteriormente en toda la diócesis como sacerdote por excelencia simple y bueno con todos.

Había llegado el verano, cuando Luis, empapado de sudor, bajaba con una carga de pajas para cama de los animales, desde el valle dicho Calcagnolo. Su padre, olvidando por un momento su natural severidad, le dijo: "Prepárate a estudiar, porque el señor preboste Bianchi consiguió para ti un cupo gratuito en el Colegio Gallio".

Toda la familia se alegró mucho y la hermana Catalina, que tenía entonces doce años, le preguntó: "¿Entonces tú serás sacerdote?".

## **Capítulo V**

### **El Colegio Gallio**

El papá Lorenzo decía a su hijo: "El joven Gallio, que era pobre pobre, dicen que en las tardes, para ahorrar el gasto de aceite, estudiaba al claror de los faroles de la calle; sin embargo fue cardenal y fundó el colegio Gallio para los pobres". Los Padres Somascos celebraron, hacen ya algunos años, el tercer centenario de la fundación.

En el primer viaje que Luis efectuó hacia Como, acompañado por el hermano Lorenzo, alumno del Seminario, al llegar a Colico, vio el lago muy agitado por extraordinario oleaje. El hermano mayor preguntó: "¿Tienes miedo?". "Si tú no tienes temor, yo tampoco", fue la respuesta, y subieron al barco entre las olas.

Por la tarde se entra en la jaula del colegio. El colegio es un conservatorio sagrado y un lugar de toda bendición, pero laavecilla del bosque ha sido encerrada en la jaula. ¡Qué espanto el acostarse y el levantarse por vez primera en el colegio! ¡Qué pesada para un pequeño montañés simple la disciplina de la campanilla, los gritos, demasiadas veces amenazadores, de superiores y de asistentes! Por cada trasgresión material he ahí el castigo en silencio en un rincón, la privación del vino en las comidas, el reto, si por un día sólo el prefecto de disciplina o el asistente comunica a los superiores una negligencia menos que culpable. No estaba la mamá haciendo oír su dulce voz, no estaban los hermanos trayendo su consuelo. En toda casa de educación en esos tiempos se actuaba un sistema demasiado severo, que tendía a formar los corazones más en el temor que en el amor.

¿Y qué decir de los estudios? Había esas asignaturas muy numerosas y esa literatura de autores clásicos italianos y latinos, que atormentaban a más de algún intelecto aún no entrenado ni acostumbrado.

Las mismas prácticas religiosas se regían sobre un sistema de rigor excesivo.

A partir de 1859 se produjo, con el pasar del tiempo, una reacción que resultó muy funesta.

Sin embargo se contaban entre los Padres somascos verdaderas eminencias por su inteligencia, frente a los cuales se hacían a un lado, como espantadas, las autoridades superiores de vigilancia. Algunos eran de conciencia tan delicada que perdían perdón de rodillas al alumno al que habían juzgado culpable de molestar en las clases. Gracias a Dios que el Padre encargado de cuidar la observancia disciplinar se hallaba por doquier con su voz grave, amenazante de castigos, pero era rico de un corazón bueno y era tan popular que, a pesar de que haya fallecido desde algunos años, aún es recordado por cientos de ex alumnos ya crecidos, con familias propias y empleos civiles como eclesiásticos.

Era costumbre que un alumno de V o VI grado superior expusiera el elogio de San Luis y eligieron para ello al joven Guanella, que recibió lecciones de

dicción y de elocuencia impartidas por Juan Bautista Scalabrini, entonces seminarista asistente y tiempo después Obispo muy celebrado.

El alumno Guanella cumplió así sus estudios secundarios, conservando siempre sentimientos de gratitud. Su ángel custodio le ayudó a superar, de la misma manera como había comenzado, esa difícil etapa; no se mancilló con humanas miserias, manteniéndose sencillo y simple aún durante las revoluciones que a partir de 1859 arrollaron la mente y el corazón de muchos.

Hubo un momento en el cual los Padres somascos creyeron haberlo conquistado para su Orden, pero él se pasó al Seminario filosófico de San Abundio en Como, donde fue nombrado prefecto y posteriormente prefecto jefe de disciplina para los cursos de liceo. Sin embargo, aún en el seminario, al clérigo Guanella le parecía descubrir una falta de formación más benigna. El Guanella, que, una vez sacerdote, tuvo la oportunidad de practicar durante tres años el sistema de don Bosco en Turín, opina que un poco de dulzura con que éste supo acompañar su método preventivo, habría mejorado muchos defectos de la educación de entonces.

Que el lector me perdone y, como reparación por estas observaciones, acepte la admiración conservada hacia tantos valiosos profesores y la profunda gratitud hacia superiores dotados de piedad verdaderamente distinta. ¡Mucho había que perdonar de esos defectos, debido a los tiempos y a las personas!

## **Capítulo VI**

### **Añoranzas**

Recorriendo los recuerdos del colegio Gallio, sobresalen suaves figuras de compañeros de curso, de profesores, de rectores y de algunos superiores provinciales, muy queridos. Estos últimos hubieran con gusto inscripto al Guanella entre sus novicios, pero él no sentía esa vocación.

Los nombres de los Padres Arisio, Crepazi, profundo conocedor de idiomas clásicos, de los hermanos Sandrini, don Andrés y don Agustín, quedan profundamente impresos en el corazón. El Padre Sandrini, profesor de gramática, inventó una especial carroza-bicicleta tirada por dos caballos, con la cual se divertían, en los patios, por lo menos seis alumnos juntos. Entre estos, don Eugenio Bonoli, fundador de una Institución para Señoritas Solteras Pobres Peligrañtes, en Como, era un claro catequista y guía a los Santos Sacramentos.

El joven Guanella, prefecto de vigilancia en los dormitorios de segundo grado, lidiaba con los gatos, encerrándolos en un cuarto aislado y buscaba la forma de asustarlos con la escoba; fue cosa extraordinaria que los superiores no lo echasen por eso. Muy de madrugada, en primavera, entreabría las ventanas para estudiar al aire fresco matinal: lo que arriesgó fue una pulmonía y una irreparable tuberculosis.

En su cabeza no cabía la ciencia de los números, sin embargo, llegados los exámenes finales, el profesor Luzzani concluía: "El Guanella es diligente; no puede con las matemáticas, pero pase con un 'vix' (regular), ya que de todos modos logrará ser un cura".

En 1859 el fuego de la insurrección calentaba las cabezas. Un profesor de alemán, Thelfy-Zima, por odio contra los austríacos, descuidaba la enseñanza del alemán. También el Luzzani llenaba la hora de clase exaltándose con los relatos de las victorias de la guerra de independencia. Dos jóvenes, Lombarda y Squassi, a los 16 años se enrolaron entre los garibaldinos, hasta que la guerra no terminó, menospreciando las lágrimas de sus padres. Durando amenazaba la batalla de San Fermo. Los padres somascos vivían en gran agitación, mientras los alumnos celebraban con himnos el cercano ingreso de Garibaldi en Como, contra las tropas del general Urban. Ese ingreso se efectuó en tres horas, a las nueve de la noche, pasando por Porta Sala, que desde entonces pasó a llamarse Barrera Garibaldi. Estos y otros acontecimientos no turbaban el espíritu del joven Guanella, porque, sin que él mismo ni nadie más supiera, cultivaba en su corazón otros proyectos.

Niño de siete años, él pastoreaba las vacas, en compañía de dos muchachos que demasiadas veces cometían indecencias, pero ocultándose del jovencito Guanella y diciéndose: "Es mejor que Luis no sepa nada de todo esto". De la misma manera muchas veces ocurrió en el transcurso de los estudios o durante viajes, de día o de noche, en variadas circunstancias de la vida, que se evitaran peligros sin conocer siquiera que lo eran. El "*attende tibi*" (cuida de ti mismo), y el no enredarse en amistades y compañías innecesarias, es un consejo que resulta muy oportuno.

El joven Guanella ardía del deseo de trasladarse al seminario de San Abundio para los estudios filosóficos; su familia no se oponía pero tampoco alentaba, quizás porque temía tener que gastar. En el seminario él esperaba gozar de mayor recogimiento, pero el incendio de la revolución quemaba también en el corazón de los aspirantes del santuario. De los 22 alumnos del octavo grado, sólo la mitad pasó al seminario teológico.

Guanella fue escogido como celador del dormitorio de séptimo, dedicado a la Virgen María, y sucesivamente del de octavo, bajo la protección del Santo Crucifijo. Pero él era demasiado simple y bueno. El piadoso rector muchas veces lo reprendía. El gran celador, empero, se disculpaba diciendo: "Yo no soy capaz de usar rigor y, además, estoy convencido de que si no logro obtener algo con la bondad, mucho menos lo obtendría usando malos modos".

Se había dado comienzo a la publicación de un diario, creyendo con eso ocupar las inteligencias y clamar los corazones de aquellos levitas, ardorosos de amor patrio, pero tal diario al poco tiempo se desvió de sus propósitos. El obispo Monseñor Marzorati se hizo presente para suprimirlo. El buen Rector Bolzani excusó la cosa diciendo: "Los artículos del Guanella son instructivos y ascéticos; a él hay que perdonarlo, ya que, viendo el abuso de los compañeros, con prudencia dio aviso a los superiores".

En mis recuerdos se agiganta la venerable figura, austera y piadosa, del sacerdote Bianchi Gaudencio, quien, algunas veces, me visitaba en el colegio Gallio. Durante una de esas visitas me dijo: "¿Para regalo de Navidad quieres el acostumbrado pan dulce o los sermones cuaresmales de Segneri?" Escogí los sermones que posteriormente me fueron muy familiares. El mismo, en los años de filosofía, me introdujo al estudio de la música, pero después, por falta de práctica, resultó tiempo perdido, como lo fue por el estudio del alemán y del francés. Si una vez adultos se retomaran las asignaturas estudiadas, se recabaría provecho y no pocas satisfacciones. Pero *quis est hic, et laudábitus eum?* (¿quién hace tal cosa, para alabarlo?).

El venerando director espiritual me cuidaba en las vacaciones, durante el tiempo en que él se hospedaba en las habitaciones del llamado palacio de Corti. Me invitaba a colación con él los días festivos y me acompañaba, junto al primo clérigo Luis Trussoni, a visitar, para edificación nuestra, al subdiácono Antonio Guanella, hijo único de Pedro Antonio, tan docto como piadoso, verdadero modelo de los seminaristas. Este, pobrecito, después de 24 meses de enfermedad en un pie, se iba al cielo en el mismo día en que sus compañeros subían pro vez primera al santo altar. Su mamá, Ángela, se preguntaba angustiada: "Si yo pudiera ir al paraíso, ¿volvería a ver cara a cara a mi Toñito?" Y a los que le aseguraban que sí, agregaba: "Entonces yo quisiera morirme ahora mismo".

Volviendo del colegio para las vacaciones, don Gaudencio Bianchi aconsejaba no quedarse dormidos al cruzar el Pian di Spagna, a fin de no afiebrarse por la malaria, y continuaba: "¡Lástima que no se puedan transformar en prados todos esos pantanos!". En ese entonces ni el joven Luis, ni su director Gaudencio Bianchi pensaban que, en 1900, ahí se levantaría una iglesia y la colonia pueblo de Olonio S. Salvador.

Tierna vuelve la memoria del compañero de estudios Luis Trussoni, conciudadano y primo del Guanella, cuyos dos corazones parecían una manzana partida por la mitad. Los dos amigos vivían uno por el otro y cuando el Trussoni, ordenado sacerdote un año antes, venía conducido muerto a Campodolcino, por causa de una enfermedad de agotamiento nervioso no diagnosticado estando en localidad Baños de Masino, por verdadera gracia el amigo Guanella, por las muchas lágrimas y desconsuelos, pudo predicar en el mismo día, la Asunción de María y hacer la homilía de la Virgen llamada de la Selva, lugar donde el pueblo se reunía, viniendo procesionalmente de la antigua iglesia parroquial de Prosto. ¡Tengan paz las almas de los venerandos Antonio Guanella subdiácono y de los sacerdotes Luis Trussoni y Gaudencio Bianchi! ¡Paz a ellos, como a los benditos sepulcros de nuestros antepasados y hermanos, a nuestra Sierva de Dios Catalina Guanella, que el Señor eleve al honor de los altares!

Vuelve además a la memoria la figura digna de nuestro Serafín Balestra, de Bioggio Luganese; un fenómeno de actividad y de ingenio, una montaña granítica en contra de la cual se rompieron los oleajes furiosos de la contradicción. Restauró y devolvió su antiguo esplendor al templo de San Abundio. Descubiertas debajo del pavimento algunas tumbas romanas, me

permitió asistir a la apertura de las mismas, haciéndome observar el sutil polvo que se levantaba y los pocos restos de tamo, señal de la potencia y de la gloria de quien un día lejano existió. Don Balestra no soñaba otra cosa que su templo de San Abundio. Encontró, entre otros, en el señor Valli, comerciante en piedras, un compañero fidelísimo y un válido cooperador en los trabajos de restauración del afamado templo, que fue siempre objeto de admiración también por parte de sabios de países lejanos. El señor Valli le acompañó igualmente en las reparaciones de la otra iglesia monumental de San Fidel y de muchas otras en la diócesis y fuera.

El profesor Serafín Balestra se pasaba las noches en el estudio de la física y pronosticaba cercano el tiempo en el cual las ciudades se habrían iluminado con el gas y más aún con la luz eléctrica, que habría además servido para usos domésticos. Se dedicaba a estudios de mecánica y acompaña a sus alumnos en visita a la industria del señor Pantalini, para estudiar las fuerzas motrices del vapor y de las locomotoras. A los ingenieros que proyectaban el túnel del Monte Olimpino aconsejaba: "Quédense en la ladera derecha y no en la izquierda, donde hallarán obstáculos de aguas", y fue adivino, lamentablemente no escuchado. El maestro profundizaba sus estudios viajando, perfeccionándose así en las lenguas clásicas y especialmente en el italiano, sabiendo de tal manera interesar a sus alumnos. Y si todo esto fuera poco, se desveló, como todos saben, por devolver el habla a los sordomudos.

Algunos años después maestro y discípulo se volvieron a encontrar en Dongo, en el palacio del obispo, a la época Mons. Carsana, y Balestra le interrogó: "¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no descansas como los demás?" Respondió don Guanella: "Siento poder seguir el ejemplo de mi maestro. ¿Y usted cuándo descansará?" "¡Yo, - prosiguió - cuando tenga tanto de tierra sobre mi cuerpo!". Al cabo de unos meses el Balestra cruzó el océano hasta Buenos Aires, en donde, lamentablemente en breve tiempo, fue muerto por la triste pasión que se llama envidia.

Don Guanella muchas veces lo evocó en su sepulcro invitando a sus amigos y admiradores para que no cayeran en el olvido ninguna de las batallas ni los triunfos de aquel héroe, pero no lo consiguió. Un comité le dedicó un modesto monumento en el templo de San Abundio y desde allí el caballero don Serafín Balestra habla a los que vendrán.

Muy amigo de Balestra era también el profesor sacerdote Castelli, tesinés, que enseñó filosofía y teología en los seminarios de Como por 30 años. Provicario episcopal en la zona de diócesis que se ubicaba en el Cantón Tesino, el Castelli fue vicario general del Arzobispo Monseñor Lachat cuando la diócesis fue dividida y, posteriormente, con la muerte del mismo arzobispo, fue delegado apostólico durante el año de sede vacante. Sucesivamente ocupó el cargo de arcipreste de la catedral de Lugano y fue nombrado protonotario con derecho a usar insignias episcopales. En calidad de tal clausuró con gran solemnidad las fiestas tres veces centenarias de la aparición de la Virgen en Gallivaggio; esa fue la última vez que su antiguo alumno pudo verlo.

De esta manera se siguen los hombres en los acontecimientos humanos, hasta que todos, navegando, nos encontremos en el ancho mar de la eternidad.

Muy ilustre profesor en los años de filosofía fue también el sacerdote Luis Albonico, que pasó más tarde, como preboste, a Tirano. También esta noble figura está presente en mi recuerdo, como si fuera ahora, cuando nos acompañaba de paseo a Camerlata, Cernobbio, San Donato o Lora. Tampoco entonces nadie sospechaba que ahora esa Lora habría sido la Santa María que tenemos. Sin embargo los caminos de la Providencia nos han guiado ahí.

## **Capítulo VII**

### **De San Abundio al Seminario Mayor**

El seminario mayor de Como en cuanto a construcción es un magnífico monumento del ingeniero Cantoni. Lo hizo construir el obispo Rovelli, quien ahora desde su busto está allá diciendo: "Yo siempre quise estar personalmente cerca de los párrocos de mi diócesis, para que me pudiesen escuchar mejor... Despedía a los que me visitaban con el lema: No olvidemos que debemos morir... No puse mi firma al Concilio nacional de Napoleón Bonaparte y de eso me alegré".

En el seminario descollaban el elocuente profesor Camilo Manzini en teología dogmática, el ilustrísimo profesor Armandolini en teología moral y el profesor Anzi en historia y Sagrada Escritura.

Este último era ejemplar por la constancia en sus estudios botánicos. En las largas y frías noches de invierno se sentaba a escudriñar con lupas las variedades de líquenes que repletaban su estudio. El clérigo sacristán Ioo Pedro, llegadas las ocho de la mañana, lo invitaba a la celebración de la Santa Misa; el profesor, casi despertando de un profundo éxtasis de estudio, preguntaba: "¿No son ahora recién las ocho de la tarde?". Era tan bueno y simple que en su fiesta onomástica se dejaba llevar en andas, sentado en su cátedra, casi un triunfo de padre con sus hijos. Sumamente caritativo con todos, cuidaba a muchos enfermos. A don Guanella, que requería algún consejo médico, su profesor por tres veces le contestó: "*Caro mea non est aenea* (mi cuerpo no es de bronce)". Y no agregó otra palabra. Recorriendo nuestros montes en búsqueda de líquenes fue juzgado sospechoso de ser espía del gobierno, por lo cual, encontrándose a predicar en Bormio, las mujeres de fe simple susurraban entre ellas: "Roguemos a Dios para que no vaya a equivocarse". Debido a su manera de vestir poco faltaba que no le llamaran mago. Murió finalmente siendo canónigo de la catedral y la ciudadanía, agradecida, le dedicó una calle, como asimismo hizo por el celebrado Serafín Balestra.

En el seminario mayor se mantenía viva la palabra y el celo del director espiritual Gaudencio Bianchi, quien demasiado pronto se enfermó de ictericia y quiso descansar en la tumba común de sus padres y de sus predilectos

feligreses e hijos espirituales queridos de Campodolcino. Antes de morir logró fundar la estación católica de Ander en el Cantón Grisones. También esta estación desde unos diez años pasó a la dirección del sacerdote Luis Guanella, quien abundantemente la amplió. Aún en esto la guía fue la divina Providencia; además el Guanella abrió otras misiones en Splügen-Dorf, en Roveredo de Mesolcina, en el valle Bregaglia y en otros lugares del Cantón Tesino.

Era costumbre y privilegio que algunos clérigos teólogos anduviesen como prefectos para la asistencia de los alumnos del Colegio Gallio. Entonces había que correr cuatro veces al día por un kilómetro de camino y apurarse para no faltar a los deberes propios. Era preciso conducir vida de estudiante para sí y casi vida de educador formador para los demás, es decir como maestro de un grupo de unos veinte jóvenes, a los que se debía vigilar día y noche y educar lo mejor posible. El Guanella sostuvo durante dos años esta tarea sin duda. Pero, como ya se ha dicho, él no se sentía de actuar rigurosamente, a la vez que los superiores del colegio no se sentían de poder conformarse con su benignidad que, decían, superaba los límites. Por eso, en el tercer año de teología, se quedó definitivamente en el seminario, en donde, entre otros, encontró al clérigo Juan Bautista Scalabrini quien ya entonces se preparaba, con su inteligencia y piedad, a ocupar oficios de prestigio y a emprender grandes obras al servicio de la Iglesia.

El clérigo Guanella, en el tercero y cuarto año de estudios teológicos, se había hecho fama de comerciante y de proveedor de los compañeros, especialmente de los que en el transcurso del año debían ser ordenados. Se había suscrito a varios periódicos tales como El devoto de San José, El mensajero del Sagrado Corazón, siendo celante difusor.

En ese tiempo el Señor dispuso que pudiese conocer a don Bosco, actualmente Siervo de Dios, y al Cottolengo, cuyas fundaciones admiraba y amaba cada vez más cuanto más tenía ocasión de conocerlas; de aquí se puede deducir que los primeros pasos de la vocación del Guanella comenzaron entonces.

También en ese tiempo el clérigo Guanella se ocupaba de algún compañero enfermo y en los meses de vacaciones era feliz al poder visitar a los enfermos y llevarles algún pequeño regalo. Su vecino de casa era un tal anciano apodado Nesino (Bautista Levi): él lo asistió durante un mes hasta la muerte. Llevaba al dormitorio del enfermo sus libros, especialmente La Cuestión Social, de Tapparelli; ocupaba buenas horas estudiando y sacando apuntes, aún cuando se mantenía atento vigilando al anciano enfermo. Sucedió en el mes de agosto, tiempo precioso para recoger heno silvestre; los hijos Ángel y Bautista podían quedarse lejos trabajando varias horas, seguros de que el viejo padre era asistido.

Como para los ancianos, igualmente sentía especial amor hacia los niños de tierna edad. Por algunos niños de Chiavenna que iban a veranear en casa Guanella, el clérigo Luis tenía un cuidado casi maternal, ocupando con ellos muchas horas del día. Sabía cómo tranquilizar con su simple presencia a algún niño que extrañaba mucho la presencia de sus padres. Los chicos de la

vecindad le seguían hasta la iglesia y a pequeños paseos, con infantil alegría. Algunas veces se hacía acompañar arriba en los montes para recoger piedrecillas de distintas formas y colorido, que se utilizaban después en la preparación del pesebre, con cabaña a tres arcos. Los juntaba para construir altarcitos de cartón y cuadros, para blanquear muros de escaleras y corredores, o también para pintar un cielo raso, como pintor de "buena escoba", tal como aún puede verse en el dormitorio de la Sierva de Dios Catalina. También se empeñó en fabricar marcos de madera para cuadros, pero no le resultó, pareciéndole una pérdida de tiempo, que podía mejor emplear en el estudio y en la lectura. Pero de esto hablaré a su debido tiempo; ahora volvamos al seminario.

Ahí se apresuró en visitar a monseñor Bernardino María Frascolla, obispo de Foggia, que era para él padre y maestro y que le relató el siguiente hecho: "Tú sabes que desde casi tres años yo intentaba traducir el Magnificat en rima italiana, pero me encontraba como perdido en un mar de bellezas que no sabía expresar, hasta que en la noche de la Asunción, no pudiendo cerrar ojo, así recé: Que pueda, oh Virgen Santa, traducir lo menos indignamente posible tu Magnificat. De pronto se me aclaró la mente. Me brotaron palabras y rimas; llamé a Pancho (el fiel servidor Francisco) y le dicté, todo de una vez, la ansiada traducción del Cántico".

¿Y quién era el obispo Bernardino María Frascolla? Era el verdadero ángel de la diócesis de Foggia, dedicado por entero a recoger en unidad a sus sacerdotes, formándolos a un verdadero espíritu papal y a unificar en otras asociaciones a los obreros, por lo cual los patronos se preguntaban: "¿Pero, este obrero que desea trabajar es discípulo del obispo?". Por eso fue declarado enemigo de la patria y, con el engaño de solicitar confesarse, le fue enviado un sicario que debía traspasarle el corazón con un puñal; pero éste, vencido por la gran bondad del obispo, se postró arrepentido a sus pies, entregándole el arma homicida.

Algunos días después, al promediar la medianoche, fue capturado y llevado prisionero hasta Bolonia, y de ahí a Milán y Como en la cárcel de San Donnino por casi dos años, hasta que, reducida la pena de la cárcel a la menos dura del domicilio forzado en la ciudad de Como, estableció su morada en un apartamento del seminario mayor, siendo Rector Monseñor Grandi, de grata memoria. El obispo replicaba en los tribunales: "Si soy culpable condénenme, pero si soy inocente, ¿por qué me prohíben volar adonde mis queridos diocesanos?". Los jueces callaban, pero cuando, después de otros dos años, le devolvieron la libertad, el pueblo de Foggia fue al encuentro de su obispo con una alegría nunca experimentada. El santo confesor de la fe, con la bendición de Pío IX, afectado por un tumor al cuello, falleció durante el Concilio Vaticano. El obispo Frascolla dejó numerosos escritos: tenía ya más de cincuenta años cuando se puso a estudiar alemán para refutar a los racionalistas alemanes; dicen que estudiaba diez horas diarias. Su labor preferida era la traducción en rima de los salmos, con anotaciones de historia, de interpretación, de estilo y con meditación o himno musical al concluir cada salmo. Y repetía al clérigo Guanella: "Yo me desvelo. Hasta tuve que estructurarme una gramática hebrea; ahora, para editar el manuscrito, habría que servirse de la tipografía

de Propaganda Fide debido a las citas en hebreo, pero yo no dispongo de medios y además esta obra, de gran envergadura, no sería entendida en estos tiempos. Será lo que Dios quiera". El Guanella, siempre recordando estas confesiones, hizo gestiones con don Bosco, con Propaganda Fide y con la tipografía Vaticana, sin embargo todo fue inútil porque los parientes nunca quisieron ceder los manuscritos a ninguna autoridad. ¿Cuál habrá sido el destino de ese trabajo? Hay sobrinos herederos en Andrea y otros también en Milán. ¿Quién podrá volver a encontrar y editar aquel tesoro escondido?

¡Sin duda se debió atribuir al gran corazón del mismo obispo el querer tanto a Guanella! Hasta le habría llevado consigo en calidad de secretario privado; pero eso no era fácil ni posible debido a la escasez de sacerdotes en la diócesis y a la antigua costumbre de no permitir que nadie asumiese encargos fuera de la diócesis. En su modesto corazón don Guanella siempre conservó un lugar de afecto y de veneración hacia el obispo, que se le quedó grabado como verdadero confesor de la fe.

El 26 de mayo de 1866 se desarrollaban varios desórdenes en la ciudad de Como, debido a muchos acontecimientos provocados por el así llamado renacimiento italiano. Abundaban los garibaldinos que se permitían hasta penetrar en las iglesias con modales y actuales profanas. El mismo seminario tuvo que ser evacuado de sus alumnos y fue dejado en uso a los soldados. Los seminaristas de cuarto año teológico, que eran diez, participaron de los ejercicios espirituales en las dependencias del palacio episcopal.

Recuerdo como si fuese hoy la imponente figura del obispo ordenante Frasca, las exhortaciones ardientes que nos dirigió a todos y las tiernas advertencias que nos hizo, luego de habernos estampado en la frente el beso de la paz. Por este gran don del Orden Sagrado debe ser aún más profundo el nosotros el afecto de filial gratitud.

Desde la muerte del obispo Marzorati la diócesis había quedado vacante por varios años y suplía como vicario capitular monseñor Calcaterra. Octavio Calcaterra, por muchos años vicario general, fue invitado a ocupar más de una sede episcopal, pero solía responder: "Si siguen hablándome de episcopado, yo calzaré zapatos de hierro y viajaré lejos hasta que se hayan completamente gastado". Su gobierno paternal pero severo, iluminado y cuidadoso, aún hoy es recordado con gran satisfacción y cariño.

## Capítulo VIII

### La vida de seminario

La vida de seminario permite cultivar altas las plantitas para adornar los jardines de la Iglesia y el mismo templo del Señor. Ahí uno se encuentra a gusto. Lo que cuesta en el seminario es la disciplina de la regla, el peso del estudio; aún los superiores y los compañeros se vuelven, en la mano de Dios, instrumentos de sacrificio y, por ende, de perfeccionamiento. "*Ubi sunt homines, ibi sunt miseriae* (adonde hay hombres, ahí hay miserias), sin excepción de lugar y de personas", como enseña el gran sabio Gersón. No son graves los defectos de superiores y de alumnos, pero justamente por tratarse de superiores y alumnos llamados a perfección de vida, ellos son como el ojo humano, que detecta con dolor bajo los párpados cualquier granito de arena u otro cuerpo extraño.

En mis tiempos no se disfrutaba de las comodidades de hoy. El estudio se hacía en los dormitorios; en las salas de clase los altos vidrios quedaban dibujados con hielo hasta por un mes entero. Visitas de parientes y paseos eran permitidos en una sola jornada por semestre.

El Señor llama con preferencia a sus ministros de entre los pobres, y estos pequeños Aarón, sin dinero, con poca ropa, pero con un estómago sano que no siempre logran satisfacer, se encuentran constantemente en un estado de sufrimiento.

Sin embargo hay también satisfacciones; se hallan en compañeros sinceros, alegres, que saben condimentar fácilmente una hora durante el recreo de la tarde atrayendo toda la comunidad, que concurre como a un verdadero entretenimiento teatral. Tales son las múltiples y variadas gracias, por lo demás siempre llenas de respeto y serias, de Martinelli Leopoldo, de Ratti Lorenzo y de otros.

El espíritu se eleva mucho en el tiempo de los ejercicios espirituales, de las fiestas y novenas principales del año, de la predicación cuaresmal en la Catedral y de otras prácticas religiosas dentro del seminario o fuera. Además la visita periódica del obispo suscita entusiasmo para la virtud y el estudio.

Los últimos meses del año, debido a los exámenes, son muy agotadores. Ahí no se cuentan las horas de estudio, no se piensa en recreos o paseos; el "*circulus et calamos fecerunt me doctum*" (el encontrarse y el estudio me hicieron más sabio), como decía San Agustín, se vuelve más animado, cuando los seminaristas teólogos pasean de dos en dos a lo largo de los corredores o por los amplios patios, o se sientan en los jardines. También hay que contar esas devociones especiales para conseguir feliz éxito en el examen final.

Llegadas las vacaciones de verano, ya sabemos que el descanso de Guanella era su casa, la iglesia y algún trabajo en el campo, observado atentamente por papá Lorenzo.

Todos los años, durante las vacaciones, recuerdo que se hacía una excursión de poco más de un día, desde Campodolcino, cruzando los Alpes, hasta el convento de los padres misioneros capuchinos de Soazza. También recuerdo otro viaje, acompañado al párroco Della Cagnoletta, de Campodolcino a Splügen, Ander y Thusis, para honrar el lugar del martirio de nuestro Siervo de Dios Nicolás Rusca; se volvía con los pies hechos pedazos, pasando por Val di Ley y Angeloga. Con el mismo párroco se salía al mediodía de Campodolcino, a pie, haciendo una parada por la tarde en Traona, en la casa del hermano y compañero don Lorenzo, vicario parroquial. En las últimas vacaciones me daba el lujo de cruzar los montes de Angeloga en compañía del sacerdote Francisco Mascioni, capellán de Fraciscio, para recoger sacos de genciana, cargándolos personalmente, para que después fuesen destilados en el pueblo durante el invierno.

El Guanella se quedaba solo en casa por días y semanas completas, mientras los familiares trabajaban en los Alpes. El estudiante teólogo, para ahorrar trabajo y dinero, se conformaba entonces con freír en la sartén una medida de harina de maíz y cocinarse los llamados melones para que sirvieran lo largo de varios días: estaba tan entusiasmado en leer libros histórico-hagiográficos que le habría pesado perder el tiempo en la pobre arte culinaria.

Bajo la guía del capellán Mascioni estudiaba herboristería medicinal según el texto de Mattioli; recogía las plantas medicinales y las confeccionaba para uso de los enfermos, a los que no solo entonces, sino también después, siendo párroco en Savogno, entregaba remedios, procurando alivio a los que sufrían.

Le hubiese gustado que se cultivasen más racionalmente prados, bosques y campos de pastoreo, por lo que se empeñaba en hablar de ello muy seguido, organizando además alguna especie de conferencias, aunque estuviese casi convencido de botar inútilmente semilla y fatiga.

Las semanas otoñales se volvían pesadas y entonces se preparaba para volver al colegio o al seminario.

Se vivía con mucha frugalidad. Llegado un hermano lego del colegio Gallio, la familia lamentó no poderlo atender mejor, porque faltaba la leche para sazonar los alimentos.

Se vestía con mucha parsimonia. Había que vestir a nuevo el jovencito Luis que se iba al colegio Gallio y el hermano Tomás trajo la cuenta de 13 liras por la compra de la tela. El papá Lorenzo se le quejó diciendo: "¡Esto faltaba, gastos sobre gastos!".

Volviendo del colegio, a noche avanzada, oscura y lluviosa, fue acompañado desde Chiavenna a Campodolcino por un tal Scaramellini hotelero, y el papá se lamentaba porque tuvo que pagar una lira por la cena y el alojamiento.

Llegada la fiesta del Patrono San Roque se cocinaba un gran caldero de arroz para los visitantes y amigos; sirviendo un platito a los hijos se les decía: "Hoy pueden agasajarse también ustedes". Y nosotros éramos felices como pascuas

y nos apurábamos a recoger leña para las fogatas que se habrían encendido en distintos puntos en honor de San Roque.

No se puede decir que en la familia Guanella se mezquinase el alimento necesario; se repetía con frecuencia el lema: "¡Comed y trabajad!". Aún en tiempos de penuria se decía: "Nosotros no debemos padecer hambre pero quien quiera comer debe trabajar" y, sentándonos los doce alrededor de un pequeño mapamundi de polenta con un poco de queso, en minutos todo desaparecía y luego, cada uno a su trabajo. Y así, con tan poco, se vivía contentos, sanos y fuertes, causando la envidia de aquellos señores que de vez en cuando visitaban nuestros montes.

Papá Lorenzo nos contaba: "La imagen de San José que está pintada en el ábside de nuestra iglesia retrata precisamente el rostro de nuestro vecino Carlos Gilardi, que habitualmente vivía en lo alto del monte. Tenía 120 años y fue invitado a bajar a Campodolcino porque algunos señores de Chiavenna deseaban conocerlo. A ellos les contestó el viejo Carlos: "Yo como polenta hasta tres veces al día, generalmente condimentada con un poco de manteca y queso; siempre procuré defender mis extremidades del frío y de la humedad y nunca, o casi nunca, enfermé. Ahora que me han visto vuelvo a mi monte, con casi dos horas de subida". Concluía papá Lorenzo: "¿Han entendido la lección?". En nuestros días es difícil comprender, salvo después cantar miseria. Nos contaba también que algunos señores, impedidos de seguir viaje de Pianazzo a Campodolcino por la mucha nieve caída, fueron invitados por aquellos montañeses a servirse de su sopa, que rehusaron con asco. Pero, ya avanzada la mañana, preguntaron: "¿Por causalidad no les quedaría un poco de aquella cosa de anoche?". Y terminaba diciendo que hambre y buen apetito son el mejor condimento.

También entonces se vivía, pero no se conocían tantos delitos. Cuando era niño recuerdo muy bien que los conductores de carretas, cansados, abandonaban en la plaza de Corti, Tini y Aséer los bultos de seda con encima bolsitas repletas de liras austriacas, impuestos y tasas que Italia debía pagar a Viena, sin embargo nadie se hubiera soñado tocarlos. Recuerdo la voz del abuelo Tomás que decía: "Hay que tener conciencia en todo y salvar el alma". El hijo Lorenzo, que fue por años el primer ciudadano del pueblo, como se dijo, componía las disputas y los líos entre la gente con estas palabras: "Hay que tener conciencia". Pero, ¿existe mucha conciencia hoy? Dicen que se quedó oculta en alguna rendija de casita.

Además nuestros buenos ancianos no eran faltos de buen sentido ni de ingenio. Había que escucharlos cuando en grupitos de tres o cuatro en sus conversaciones familiares, en las bromas, en los apodosos o en sus adivinanzas: eran muy divertidos y se hubiera dicho que estos simples patriarcas ocupaban sus horas del día y de la noche en estudiar los chistes más sabrosos, que después se traspasaban de una generación a la otra. Una acción o frase espiritosa era suficiente para clasificar a un hombre. ¿Los del siglo XX, siglo del progreso, sabrían proponer normas iguales o mejores? Para seguir en el argumento anterior, los supérstites recuerdan la distinción del hablar burlón del alcalde Guanella, del secretario Gadola y de Sterlocchi Guillermo yerno de

Guanella, y de muchos otros. En ese entonces se decía: "El aspirar tabaco es cosa de hombre, el fumarlo es de ostentoso". Un hombre de Prestone, grande y cuadrado, que por primero empezó a fumar, fue en seguida apodado el *pipantel*, y aún ahora no se recuerda su persona si no es con ese apodo.

Todo esto se quiso recordar para que los últimos que quedan puedan mantener el recuerdo de carácter fuerte y sencillo de los tiempos pasados.

## **Capítulo IX**

### **Canónigo teólogo en Prosto y casi cura párroco en Savogno**

El director espiritual Gaudencio Bianchi, el hermano de sangre Lorenzo, quien fue por algunos años canónigo en Prosto y con ellos mi antiguo maestro de primaria Antonio Buzzetti, conocían a fondo mis condiciones y las de mi familia, como asimismo estaban enterados de las condiciones y del deseo del reverendísimo arcipreste de Prosto de tener un clérigo al cual otorgar el beneficio vacante. Sospecho que fue por insinuación de ellos que un día se me comunicó por los superiores del seminario: "Usted será titular del beneficio teológico de Prosto, a fin de otorgársele las Ordenes Sagradas". Respondí con íntima gratitud, como para decir: "Heme aquí, servidor fiel".

En las vacaciones siguientes comencé a explicar el Santo Evangelio dominical al pueblo, a instruir a los niños en el catecismo y esto hasta el día de la primera Misa, que fue en la solemnidad del Corpus Cristo de 1866, en la misma iglesia colegial. Al terminar los oficios vespertinos deseaba volver a mi familia. Recorría entonces casi 20 kilómetros, y cuando por casualidad llegaba pasada la hora, entonces el señor canónigo teólogo se alojaba en el albergó Fenarolo, el pajal de la casa, para no molestar a los familiares.

La primera Misa fue celebrada entre la alegría del pueblo y gozando de la patriarcal hospitalidad del reverendísimo arcipreste, quien desde largos años era no solo padre y pastor, sino también pontífice y rey en la jurisdicción de su Vicariato y fuera de él también. Recuerdo como papá Lorenzo le enviaba cada año un saco de papas escogidas, pequeña señal de su mucha gratitud.

Mientras tanto don Luis daba inicio a su carrera sacerdotal y recuerdo que a los enfermos pobres llevaba lo mejor que podía, asistiéndoles con piadoso afecto. En la estación invernal daba clases por la tarde a jóvenes y adultos, comenzando por enseñarles a ayudar la Santa Misa y acompañar las funciones solemnes. Pero era inquieto y no veía que trabajo y trabajo, lo que no coincidía para nada con el carácter severo y calmado del señor arcipreste.

En este primer año el canónigo teólogo, conseguida una vacante para internar a un muchacho del lugar enfermo mental, hizo su primer viaje a Turín, y a este le siguieron otros dos o tres viajes cada año, hasta que él mismo prefirió quedarse provisionalmente con don Bosco y cerca del Cottolengo.

La parroquia de Savogno había quedado vacante y un día un cierto señor Pascual Succetti le dice: "Sé que Ud. va destinado a Savogno; ayer me nació un hijo y le estaría agradecido si fuese mañana para bautizarlo". Contesté: "Servidor, aunque yo nada sepa". Al otro día estaba en la nueva sede. No tuve oportunidad de saludar al señor arcipreste, que por las tardes solía descansar. Al día siguiente el sacerdote don Carlos Safratti, de Santa Cruz, sustituía a don Guanella en sus tareas.

La Colegiata de Prosto es considerada insigne por su antigüedad y por haberse enriquecido con preciosísimos ornamentos y con las armoniosas campanas de San Casian, luego que en ese pueblo muy rico desapareciera, sumergido por un alud en 1618.

En Prosto se admira aún el magnífico palacio Vertemate, único palacio usado para vacaciones y último recuerdo de aquel memorable desastre. El escritor Crollanza recientemente describió esos acontecimientos en su libro Historia del condado de Chiavenna, la que el cura de Savogno explicaba en conferencias y en las clases invernales a sus atentos parroquianos.

Don Guanella en Savogno empezó a trabajar manualmente como ayudante, como pintor y hasta un poco como albañil, y reformó, como mejor supo y pudo, la casa parroquial. Se decía: "¿Qué hará con su laboriosidad este cura?" Echó mano a la ampliación de la iglesia y a levantar murallones de contrafuerte para sostener la plaza. También se puso a cavar adoquines en lugar peligroso, por lo cual el alcalde Del Curto le llamó la atención por encargo de la prefectura. Don Guanella contestó: "Nadie se lastimó y por el contrario obtuvimos mucho beneficio yo y la iglesia, por tanto, ¿a qué sirve inquietarse ahora?". También comenzó la nueva construcción del cementerio, poniéndose al frente de los trabajos. Quería terminar luego. Tomó consigo hombres de confianza y habiéndolos llevado a un determinado lugar les dijo: "Remuevan estas pocas rocas y bajará una cantidad de piedras suficiente para el cementerio". Un tal señor Pesciulli resultó con algunos nogales dañados, pero inmediatamente la cosa se arregló.

El 20 de enero don Guanella en ocasión de la fiesta de San Sebastián estaba predicando en Villa de Chiavenna. Comenzó a nevar. En seguida regresó a Savogno y, aferrándose a la campana, empezó a tocar. Se trabajó hasta la medianoche para arreglar el camino por el cual traer las piedras al cementerio. Los parroquianos se quedaron aturcidos, pero finalmente felices de poseer un cementerio grande, con graciosos caminitos para la procesión del Via Crucis y con otros caminos exteriores con bosquecillos para las procesiones sagradas. El ingeniero proyectista se vio obligado a admitir: "El señor cura quiso hacer todo de su cabeza, cambiando lugar y forma, pero el resultado dejó a todos no solamente satisfechos sino admirados".

Con este estilo: correr sin descansar, don Guanella construyó locales para la escuela, cobertizos para el lavadero, varias capillas para las procesiones de las Rogativas y llegó hasta la cumbre del paso hacia los Grisones, para reparar y reforzar una capilla votiva que sirviera también como eventual refugio. Todo esto en siete años: rico de la máxima pobreza de sus parroquianos, don

Guanella realizaba indomable sus proyectos, confiando en la ayuda de la divina Providencia, que claramente le favorecía. No se dejaba atemorizar por las dificultades.

No olvidaba el estudio y en 1872 publicó el librito "Amonestaciones al pueblo del campo", que por veinte años le procuró constantes adversidades sea en el orden civil que eclesiástico. A don Guanella le parecía imposible acallar la verdad y nunca la calló ni en la iglesia ni fuera de ella y de ahí empezaron las malas voluntades en su contra, las amenazas y las vigilancias políticas. Los amigos le escribían: "Échate a volar como ave de bosque en la vecina Suiza"; pero él siguió sin claudicar en su oficio y fiel a su idea y siempre se vio libre. Nunca conoció vías torcidas ni timideces.

En su labor favoreció la piedad y los santos sacramentos y alguien dijo: "Rodeen de muros a Savogno y obtendréis un convento". El pueblo no se aburría yendo a la iglesia, participando en los oficios, escuchando discursos y meditaciones que se dictaban dos veces por día durante la semana y más veces en los días festivos. Un buen número de jóvenes muchachas fueron enviadas, con mucho provecho espiritual propio, a las congregaciones de don Bosco y del Cottolengo; también algunos jóvenes fueron encaminados al estudio, a pesar de que por motivos de salud se retiraran. En un viaje acompañó hasta siete postulantes de diferentes pueblos al Cottolengo. Alguien se quejaba de esto, pero don Guanella continuaba derecho en su camino. "El libre alpino", diario de Chiavenna que gozaba de dudosa fama, escribía editoriales ofensivos, hasta que un canónigo puso a callar a ese articulista diciendo: "Tú que gracias a la ayuda de sacerdotes has terminado tus estudios y tú que ahora deberías ser cura empeñado en el ministerio, ¿no te avergüenzas de perseguir a un sacerdote que no piensa en otra cosa que hacer el bien?"

En las parroquias del departamento, si hubiese un hombre o mujer débiles mentales o en cualquier forma necesitados de internación, hallaban en el párroco de Savogno quien se ofrecía a todos y proveía para su acompañamiento. De ahí que dos o tres veces al año llevaba sus pobres al Cottolengo, al mismo tiempo que aprovechaba para un más profundo conocimiento de aquel milagro de la Pequeña Casa de la Divina Providencia, que Pío IX en persona definió: pequeña casa de santos.

En uno de estos viajes, cerca de Pianello Lario, don Guanella se encontró con don León Ostinelli y con el párroco Carlos Coppini. Fue esa la primera y última vez y nadie pensaba entonces que, al morir don Carlos Coppini en 1881, don Guanella sería su sucesor en el cuidado de la parroquia y en el Asilo de huérfanos que él fundó.

En aquel tiempo era preocupante la escasez de clero y don Guanella, pensando que Campodolcino fuese tierra fértil para producir seminaristas, hizo los trámites para obtener una escuela privada que funcionara en el palacio de la capellanía de Corti y más tarde en Chiavenna, en donde se habría investido el fruto de una contienda acerca del así llamado Pozo Pasquée de Samolaco.

Nada se pudo concretar: el progreso, en mano de los liberales, se adueñaba de esas propiedades anulando nuestros proyectos.

El cura de Savogno imitaba al canónigo Calisto Grandi creando en Chiavenna la primera Sociedad Católica de mutuo Socorro de Italia. Los desvelos del cura de Savogno, empero, difícilmente tenían éxito, porque se le juzgaba demasiado lanzado.

Se dictó la ley del despojo de los bienes de la Iglesia. Varias familias de Savogno y la parroquia misma habrían caído en la ruina. Don Guanella manejó ciertos documentos y obtuvo del Ministerio la devolución de los bienes vendidos; el exactor de impuestos fue trasladado por abusos que se descubrieron; la mamá de este murió años después, huésped de la casa de la Providencia en Como. La devolución de los bienes en referencia fue en compensación de los muchos trabajos que los buenos parroquianos habían sostenido por el bien común.

Llegó el día en que le pareció a Guanella haber cumplido su misión en Savogno. Ahora debía ser nombrado, por voluntad del pueblo y con el consentimiento de la autoridad civil, a la parroquia de Cáspero, tras regular concurso, o a la parroquia de Torre. Sin embargo altas autoridades aconsejaron a don Guanella que renunciara a Cáspero, asegurándole la elección para Torre, y obedeció. Pero el resultado final fue que no recibió nombramiento ni para el primero ni para el otro puesto. ¡Así sea! Y don Guanella inició prácticas para llamar a don Bosco al cual proponía la fundación de un colegio en la diócesis de Como. Por eso efectuó varios viajes, hasta que, obtenido de don Bosco mismo el sacerdote Sala que lo sustituyera en Savogno, consiguió unirse a don Bosco y quedarse con él por un trienio. El cura de Savogno vivía acompañado por la hermana Catalina, actualmente Sierva de Dios, la que en Savogno era estimada muchísimo por sus virtudes. Él se trasladaba a Turín y la hermana regresaba a su familia, con el padre, en Campodolcino. Fue un dolor grande, como luto por la muerte de alguien muy querido, pero todos sabían que don Luis Guanella no habría cambiado decisión y todos tuvieron que aceptar su dolorosa partida.

¿Cómo se explica esta resolución tan irrevocable de don Guanella? Los parroquianos lo querían y le seguían dócilmente y él sabía que podía quedarse entre ellos y hacer mucho bien. Tenía una hermana que era un ángel de buen ejemplo. Los cohermanos párrocos no se lo podían explicar. Y él, don Guanella, insensible en entregar casa, parroquia y casi podríamos decir su conciencia a un desconocido o casi, al cual, de su propia voluntad, organizando hasta pequeñas fiestas, quiso instalar en su propio lugar. Todo esto por lo menos olía a raro. Pero el cura, entre otras cosas, respondía: "¿Qué quieren? Cuando años atrás el gusano roía los castaños, hicimos un voto y erigimos la linda imagen del Sagrado Corazón, junto a la Cocinería del Andrés y el gusano de inmediato desapareció. Yo podría volverme como aquel gusano si me quedara más tiempo aquí; por tanto hagamos voto al Sagrado Corazón para que a todos nos bendiga. Siento dentro de mí que la divina Providencia me quiere en Turín, y será lo que Dios quiere. Yo espero en bien. ¡Adiós a todos!".

Los dejó sin saludar a nadie para no causar molestias ni a sí mismo ni a los demás. Llegado a los Crotti fue forzado a beber el vaso del estribo donde el viejo Clara, y en Prosto y Chiavenna dejó un saludo que fue recibido con frialdad, porque nadie creía que esa despedida tuviese suerte.

Por la verdad, en la opinión común, este singular cura de Savogno era animado de sentimientos y realizaba cosas él solo sin la colaboración de nadie, por lo tanto difícilmente podía ser comprendido.

¿Qué hacer? Como era su costumbre don Guanella se aconsejaba con Dios dentro de su propia conciencia y adiós a todos, en completa sencillez y firmeza de corazón.

## **Capítulo X**

### ***Don Guanella junto a Don Bosco***

Una tarde de enero de 1875 don Guanella se inclinaba para besar la mano de don Bosco, después que éste hubiera concluido una reunión en la que, con sus sacerdotes del Consejo superior, había determinado ir a América. Me saludó por lo tanto diciéndome: "¿Vamos a América?", y poco después se presentó a los suyos sobre el escenario y habló diciendo: "¡Vamos a América!", explicando ampliamente la decisión tomada. Al día siguiente don Bosco encargaba a don Guanella redactar las comunicaciones en que se anunciaba la apertura del colegio de Los Arroyos en la República Argentina.

El recién llegado poco a poco se familiarizaba con los oficios de la casa, prestándose para algunas prédicas en el templo de María Auxiliadora y para la catequesis a los jóvenes externos, generalmente obreros que frecuentaban el Oratorio San Francisco de Sales. Debido a un mal entendido sucedió que una noche fue dejado solo con una muchedumbre de cien jóvenes indisciplinados, algunos de los cuales, saliendo y entrando en la iglesia, hacían bromas al catequista y lanzaban pelotas de nieve. Don Guanella soportó un poco pero después echó violentamente del templo a los insolentes, como lo hiciera un día nuestro Señor. Don Bosco, enterado del caso, designó a don Guanella como director del Oratorio San Luis, ubicado más allá de Puerta Nueva. Había allí trescientos y más muchachos. Ayudaban como catequistas el célebre conde Viancini, el marqués Scarampi, los condes hermanos Balbo y otros. Los días festivos se transcurrían allá, de la mañana a la tarde, entre amplios locales a forma de cobertizos y grandes patios. En el mismo lugar, después de haber luchado catorce años para conseguir en forma legal una franja de terreno, se construyó el gran colegio y la iglesia que don Bosco quiso dedicar a San Juan Evangelista, el primero el combatir al primer hereje Cerinto. Es sabido que, al lado, los heréticos Valdeses habían construido, gracias a la concesión de Cavour, un gran templo.

Don Guanella era ayudado en su labor también por los clérigos del Oratorio: se administraban los santos sacramentos, la predicación y la catequesis. Una vez

al año se organizaba un paseo de un día y cada mes se efectuaba una rifa con juguetes y ropas, ocasión en la cual los alumnos se esmeraban en vender las cartillas que habían ganado como premio por su asistencia y aprovechamiento en el Oratorio.

A lo largo de la semana se encomendaban a Don Guanella triduos de predicación y a veces cursos de misiones y ejercicios espirituales varios en los distintos institutos de la ciudad. Don Guanella anhelaba escuchar las predicaciones cuaresmales del famoso Nasi del Venol y de los hermanos Scotton en la iglesia de San Felipe. Llegado el mes de mayo, se le encargó dictar los sermones diarios en honor de la Virgen María en la parroquia de Alassio, ciudad en donde don Bosco había abierto un colegio. El decano Dellavalle notificaba después a don Bosco: "Que don Guanella se prepare un poco más y se transformará en un orador discreto, por la claridad de su palabra".

Para el octubre siguiente estaba decidida la apertura de una casa y de un colegio en Trinitá de Mondoví; director fue designado don Guanella. Aquí también le fue encargada la predicación cuaresmal en la parroquia, ocasión en la cual obtuvo que se suspendieran, al frente de la iglesia, unas representaciones burlescas de la beata Paola Gambará, original de Benevagienna, pueblo a poca distancia de Trinitá de Mondoví y patria del cardenal Oreglia de San Esteban, nombrado por Pío IX el año anterior.

En este conflicto don Guanella encontró el apoyo del señor párroco y la condescendencia del señor alcalde Braida y del concejal el general Marro. De esta forma don Guanella se hacía popular.

Aconsejado por don Bosco, don Guanella había decidido agregarse a la Congregación Salesiana por tres años. El mismo don Bosco invitaba a don Luis a que se uniera como compañero a don Juan Cagliero en una misión en Haití y Venezuela, país en el cual se le ofrecía a don Bosco la dirección de la catedral y de un instituto universitario. Pero don Guanella replicaba: "Estimo una suerte grandísima el haber venido con don Bosco, sin embargo mi corazón sentiría un vacío por toda la vida porque, aunque no parezca verdad, sigue dominando en mí el pensamiento de fabricar algún *ciabotto* en mi patria" (*ciabotto*, para don Bosco, era cualquiera de sus fundaciones).

Don Bosco, en su bondad, se dignaba invitar a don Guanella a algunas visitas en sus casas y le manifestaba alguno de sus proyectos. Fue así casualidad o providencia que don Guanella pudiese aclarar en la mente de don Bosco don obras que se manifestaron posteriormente muy provechosas para la congregación: la obra de los Cooperadores salesianos que se sostendría con su propia revista y la obra de María Auxiliadora para las vocaciones adultas al sacerdocio. Don Bosco en persona quiso después encargar al mismo Don Guanella como director de esta segunda obra, a pesar de que encontrase dificultades a entrar en la mente y en el corazón de los primeros discípulos de don Bosco, el cual repetía a todos en general y a don Cagliero en particular, ya que habría sido el primero en servirse de estas vocaciones maduras: "*infirmi mundi elegit Deus* (Dios eligió a los débiles del mundo). Estos que te pongo al

lado será compañeros fieles". Al mismo tiempo instilaba en los suyos el sistema preventivo para la educación de los jóvenes.

Don Bosco prefería además confiar a don Guanella el cuidado de ciertos jóvenes y adultos de difícil contentamiento. Entre estos hubo el queridísimo Domingo Montebugnoli, muerto hace pocos años en nuestra casa de Fratta Polésine. Otros jóvenes, arrepentidos de haber prestado sus servicios a la masonería, pudieron escaparse a escondidas hasta Marsella, pero descubiertos, fueron repatriados para recibir su castigo en Italia.

Don Guanella, en las casas de don Bosco, podía evitar con más facilidad los excesos de trabajo, los sudores y por ende las enfermedades de amigdalitis, que casi anualmente padecía, aún con peligro de vida, allá en los montes alpestres de Savogno. Además disfrutaba del ejemplo de muchas virtudes y de la dirección espiritual del mismo don Bosco, que tanto bien hacía a todos. El corazón de don Bosco era imán que atraía y su palabra sencilla y mesurada difundía resplandores de luz en la mente. ¡Eterno sea el agradecimiento a don Bosco y a sus Obras!

Ya se vencía el tiempo de los votos trienales. Mons. Carsana, obispo de Como, presionaba para que don Guanella volviese a su diócesis y don Guanella sentía que debía obedecer.

Pidió a sus parientes treinta liras y con esta suma emprendió el viaje de Turín a Como, con la mente puesta en la fundación de un "*ciabotto*", que finalmente en los designios de la divina Providencia, resultó ser la Casa de la divina Providencia, atendida por dos Congregaciones, aunque pequeñas, pero que se extendieron, gracias a Dios, en muchas regiones de Italia, en Suiza y en los Estados Unidos de América en menos de treinta años.

Manifestaba después don Guanella que no había sufrido tanto al morir el padre y la madre que, por así decirlo, fallecieron en sus brazos, cuánto le dolió dejar a don Bosco. Esto le ocasionó una viva laceración al corazón.

Don Guanella se había puesto en las manos de la bondad de la divina Providencia en el ir de Savogno a Turín; a la misma se entregó en la vuelta de Turín a Como y después a Traona en la provincia de Sondrio. De Turín se alejó como un perro apaleado que echan de la iglesia, ¿qué haría ahora este perro pobrecito?

En Como se comentaba que don Guanella era un tipo medio loco y la frase se repitió con gran facilidad por muchos años seguidos. "¿Quién es éste? – repetía un párroco de San Donnino –. Seguramente o es un santo o es un loco, pero como tú dices que de santidad no muestra nada, por consecuencia será un loco".

En Traona el vicario arcipreste Bellieni había sido afectado por parálisis. El sacerdote Miguel Sala había cambiado su decisión de dejar Savogno. Entonces el superior diocesano concluyó: "Nada mejor que enviar a don Guanella como capellán en Traona". Además el Obispo añadió: "Allá, como sabe, hay casas y

conventos abandonados para realizar esas fundaciones que, me dicen, tiene fijadas en la mente. Sin embargo tenga cuidado que no sean fantasías de cerebro caldeado e ilusiones funestas. Haga la prueba por su cuenta y yo lo bendigo".

Don Guanella creyó tener finalmente a la Providencia en el bolsillo y partió tranquilo hacia Traona. Alargó su viaje para saludar a mamá y hermanos en Campodolcino y, cargada una camita, probablemente la misma que usó en el seminario, no manifestó a nadie su pobreza y, solamente con lo que le quedaba de las 30 liras recibidas en Turín, se dirigió a Traona para echar las bases de esas fundaciones que hubieran correspondido a la voluntad de Dios. En el viaje de vuelta de Turín pasó por el lago Maggiore para hacer una visita a su primo Lorenzo Trussoni, párroco de Caravate, quien le hizo conocer el antiguo convento que posteriormente, en estos últimos años, pasó a poder de los Religiosos Pasionistas para que allí operaran gran bien a favor de las almas.

## ***Capítulo XI***

### ***Comienzos frustrados***

En Traona don Guanella se enfrentó con todas aquellas adversidades que hubieran desalentado a muchos corazones de buena voluntad; sin embargo él no se desalentó. Tenía declaradamente en contra a su arcipreste, quien, bastante repuesto de su enfermedad, de vez en cuando empleaba las energías reconquistadas para ir a la prefectura de Sondrio y declarar en daño de don Guanella, que consideraba como su adversario y además rebelde.

No podía aceptar que don Guanella en los días de semana y festivos fuese rodeado de bastantes niños y jóvenes para la enseñanza del catecismo en el Oratorio y que además inaugurara en su propia casa clases feriales cotidianas, diurnas, vespertinas y festivas, en las cuales era ayudado por un seminarista teólogo, Carlos Cima, por un joven de Trinitá, José Ferrua, y por el ya nombrado Domingo Montebugnoli.

En la solemnidad de Todos los Santos el Oratorio estaba repleto de jóvenes. Don Guanella ignoraba que, por razón de la solemnidad, el centro tuviese que interrumpir sus actividades. El señor arcipreste juzgó muy negativamente el hecho y, bajando del púlpito, suspendió las ceremonias, en medio de la sorpresa del pueblo, que se dispersó en grupitos por la plaza, al mismo tiempo que don Guanella se dirigía al convento para los ritos de los difuntos. Este contratiempo sirvió para agravar las siniestras prevenciones de las autoridades civiles y policiales. Mientras tanto las autoridades municipales buscaban en parte de aprovechar la situación para tender trampas a don Guanella.

En el segundo año éste predicaba la cuaresma diariamente en la iglesia matriz de Morbegno y la Prefectura ordenaba a dos carabinieri y al señor delegado de la magistratura que presenciaran cada día para poder sorprender en error y condenar al sacerdote enemigo, llegado con proyectos oscurantistas de la

escuela de don Bosco y que quería llenar la provincia de odiados frailes y monjas.

El señor arcipreste, durante el segundo año, optó por renunciar y retirarse a su patria, dejando libre el campo para don Guanella, que gobernó por algún tiempo en calidad de capellán y de arcipreste.

Las autoridades provinciales entonces intentaron doblegar al Guanella con el hambre. Como arcipreste y capellán debió recurrir al Consejo de Estado para exponer sus razones; sin embargo ¿dinero para vivir?, no obtuvo sino 13 liras anuales y para el trienio, nada más que cuarenta liras. La Curia diocesana mandó referir a don Guanella que podía abandonar su puesto si juzgaba no poder enfrentar la situación, y no hizo nada más.

Pero las dificultades, más que abatir, daban valor al Guanella, quien, con las manos vacías de dinero, compró el convento de San Francisco, propiedad comunal, pudiendo a tiempo oportuno cancelar el saldo de 3000 liras. La divina Providencia socorría día a día. Se efectuaron además considerables reparaciones en el convento y en la iglesia y la divina Providencia asistía, por lo cual se pudo dar por inaugurado un colegio con cursos primarios y con algunas docenas de muchachos, que acudieron felices y gozosos desde los pueblos cercanos. El hecho que el pequeño colegio prosperara alarmó a las autoridades, que lo consideraron un peligro. Bajo el pretexto que en el segundo año se iniciasen las actividades escolásticas sin notificarlo a las autoridades competentes, estas expidieron orden de clausura inmediata, amenazando multas y penas muy severas.

Don Guanella había encomendado la dirección de la parroquia al colega de estudios don Nicolás Silvestre, que había dejado su parroquia de Baruffini sobre Tirano para ir a Traona y ayudar así la Obra en sus comienzos. Contaba también con la participación del párroco de Sacco, sobre Morbegno, otro compañero del seminario. Periódicamente los tres se reunían en consejo, pero sin resultado, porque analizada la situación, no se encontró vía de salida.

Don Guanella, concluida la predicación cuaresmal en Morbegno, acudió a predicar el mes de María en Santa María Coronada y sucesivamente el mes del Sagrado Corazón en Santa María de la Fuente, en Milán. Mientras tanto no se daba paz, buscando apoyos que le permitiesen volver a guiar su querida Obra de Traona. El afamado abogado Brasca, compañero de estudios con el prefecto de Sondrio, en ese momento secretario del ministro Depretis en Roma, se interpuso a favor de la causa Guanella. Pero el prefecto se enfurecía al solo insinuar mi nombre, razón por la cual el paciente Brasca tuvo que intentarlo tres veces, para escuchar al final que, simplemente, la autoridad habría dado su consentimiento si la Curia de Como hubiese propuesto al Guanella una cura de almas sobre la cumbre de una montaña en donde él no pudiese ejercer peligrosas influencias.

Fue designado Olmo, más arriba de Chiavenna. Allá don Guanella se dirigía en el mes de julio, pero, sorprendido durante el viaje por la noche avanzada y hallando cerrada la casa parroquial del colega don Constante Tabacchi,

preboste de San Giacomo, entonces el pobre canónigo teólogo, fundador frustrado, durmió profundamente sobre un murito detrás de la iglesia parroquial. Al día siguiente subió por más de una hora el doloroso sendero del monte, y ahí se quedó por algunos meses acudiendo las necesidades espirituales de Olmo, además que de la vecina parroquia de San Bernardo.

Don Guanella creía que sus peticiones pudiesen ser escuchadas y tomadas en consideración por sus superiores eclesiásticos; pero como respuesta, recibió del vicario general Armandolini esta observación: "¿No sabe usted que la calma es la primera de las virtudes?". Y el obispo Carsana, en la casa parroquial de Campodolcino, le dijo: "No puedo suspenderle, porque me faltan argumentos, pero lo haría si pudiese".

Don Guanella, que se había visto recibir en audiencia por último y que tuvo que escuchar reproches en su pueblo y casi en su propia casa, él que había acudido de Olmo a Campodolcino para rendir homenaje a su superior, se sintió muy amargado y de ello se desahogó con mucha pena, hablando con su hermano Tomás. Todo y muy pronto acabó ahí mismo.

El pobre don Guanella, en su librito "Amonestaciones..." había expuesto algunas verdades, dedicándoselas a Mons. Carsana en ocasión de su ingreso a la diócesis. El obispo, en esa ocasión, envió cartas de felicitación al autor. Sin embargo los rumores que se ponían en circulación decían que don Guanella, con ese libro, había sido la causa de que se le suspendiera, por muchos años, el beneplácito gubernamental al Obispo. Estas calumnias y el hecho del fracaso de la Obra de Traona reafirmaban, frente a la opinión pública, que don Guanella era un exaltado y por eso una persona de la cual todos debían cuidarse.

Estando así las cosas, debo agradecer mucho a mi pariente Lorenzo Buzzetti che era entonces arcipreste de Gravedona, que me dijo: "Me comprometo a tomarte como coadjutor, con la esperanza de que tú estés conmigo toda la vida". Contestó don Guanella: "Querido padrino, esto no te lo puedo prometer", limitando sus servicios a pocos meses.

Estaba en Gravedona cuando se difundió la noticia que el 1º de julio había muerto en Pianello Lario el párroco Carlos Coppini, dejando desprotegido el orfanato, dirigido por algunas piadosas mujeres, que él había congregado diez años antes, en 1871. En la mente de don Guanella se cruzó claramente el pensamiento que con gusto repetía a sí mismo: "Tú serás su sucesor". Se hablaba del Coppini como de un sacerdote íntegro y como de un párroco ejemplar. En señal de gratitud hacia el fundador y hacia el Asilo el siervo de la caridad Leonardo Mazzucchi escribió de su vida en un lindo librito, con ilustraciones.

Pero a don Guanella estaba reservado el peñasco de Olmo, en donde no pudiese ejercer peligrosas influencias. Como se narró, por allá se fue, transcurriendo algunos meses en estudios teológicos, en soledad y oración, ya que sentía viva la necesidad y veía caer sobre sí la sombra tímida del desaliento. Fue en esta situación de espíritu algo deprimido que don Guanella

pensaba: "Mis cohermanos y mis propios alumnos cumplen acciones grandes y lindas para la gloria de Dios y de las almas en Europa y otros continentes; ¿y yo aquí?".

Estaba convencido que don Bosco lo hubiera recibido de nuevo, pero a la vez sabía que la voz del corazón habría resistido nuevamente a la amigable invitación de aquel santo. Le envió cartas llenas de ese sentimiento de tristeza que embarga a aquel que dijo: "*Tota nocte laborantes, nihil cepimus*" (hemos trabajado toda la noche sin coger nada). El Capítulo general de don Bosco, reunido en Alassio, respondió afirmativamente, pero pidiendo que se dispusiese a perseverar. Don Guanella empero sabía que esa perseverancia no la habría tenido y entonces se encerró en la tristeza de su corazón, no sin antes ser iluminado por un rayo de luz acerca de su futuro. Y el porvenir para don Guanella fue exactamente el pueblo de Pianello Lario.

## **Capítulo XII**

### **En Pianello Lario**

Pianello Lario está descrito en la vida de Coppini, como ya se dijo. Un día le entregaron al Guanella una invitación, no se sabe si directa o indirecta, de parte del obispo para que participara del concurso abierto por la vacante de Pianello Lario. Participó, pero a condición de que no se le otorgara la investidura de la parroquia, porque no se sentía dispuesto a continuar su ministerio solamente en el ámbito de una parroquia. Desde Roma llegó el nombramiento y el obispo tuvo que aprobar. Sin embargo don Guanella mantuvo su decisión: "Serviré a la parroquia, pero como simple administrador". Entre sí decía: "Para estar listo a emprender el vuelo apenas suene la hora de la misericordia".

Don Guanella, no sé si en los viajes que hacía como seminarista o recién ordenado, recuerda perfectamente que, transitando con el barco entre Dervio y Olciasca, miró a la iglesia de Pianello, que aún no distinguía, y le pareció entrever no sé cuál luz en su mente y cuál estremecimiento en su corazón, que le hacían presentir: "Mira allá, porque en ese lugar trabajarás y sentirás gratas satisfacciones". Fue como si saboreara algo dulce, como terrón de azúcar, que le embargó el corazón por un corto instante y eso fue todo.

El colega de Domaso, preboste Valenti, le escribió a su exilio de Olmo: "Me entero de la noticia que estás destinado a Pianello. No despidas a la doméstica Martina, la antigua mucama del finado don Carlos Coppini. En mi parroquia y en casa Felolo está la hermana de ella, Ana María, quien sirve a plena satisfacción". La invitación fue aceptada y desde Olmo don Guanella volvió a Traona por algún tiempo, hasta que llegó el día de la partida, cuando, apuradas algunas visitas a enfermos, saludó a los amigos y al colega Silvestre. Luego comió algo, cargó la humilde cama de la que se habló y los pocos muebles sobre la carreta y partió solo hasta Pianello Lario.

Era octubre, a las once de la noche, y no hubo manera de despertar a los que dormían su primer sueño, hasta que el padre Mario Bosatta, ex franciscano y anciano de setenta años, bajó de su casa y, utilizando una piedra que servía para tapar un murito, con la misma golpeó con tanta fuerza que la vieja Martina, despertada de sobresalto, corrió a abrir. A las once del otro día ella preguntó: "¿Qué quiere el señor cura para el almuerzo?" "Lo que acostumbraba servir al llorado Coppini". Al mediodía vaciaba sobre la tabla de cocina una alegre polenta con un poco de queso. Era el banquete de ingreso del nuevo párroco.

Inmediatamente después llegaron a visitarle el señor alcalde José Mazzucchi, el señor preboste del cercano pueblo de Musso y a ellos don Guanella extendió la invitación para el primer solemne banquete y de esta manera transcurrió el primer día.

En la casa parroquial no existía una mesa a uso de escritorio. Nuestro amigo Domingo Montebugnoli utilizando cuatro palos de vid acomodó un pupitre y con cuatro trozos de una pequeña viga quebrada fabricó una silla, cosas que después sirvieron, por espacio de siete años, para que don Guanella escribiera las prácticas del despacho parroquial, juntamente a por lo menos cuarenta libritos histórico-hagiográficos, entre los cuales tres tomos De Adán a Pío IX, con cien capítulos histórico-filosóficos.

Los comentarios que corrían por el pueblo eran variados, porque se había esparcido la voz de que se trataba de un cura montañés cabeza dura, con el cual convenía usar la debida prudencia, mientras se observaba de lejos mejor que de cerca. Poco más, poco menos, era también la opinión expresada frente a la gente por un buen y santo sacerdote, compañero de estudios con Guanella y muy amigo de don Carlos Coppini.

El señor preboste de Musso había asumido la protección y la dirección del orfanato y fue él que por primero llevó don Guanella a visitarlo. A don Guanella esta primera visita no le impresionó para nada. Se comportó pasivamente por varios meses, hasta pasada la Pascua de Resurrección, cuando la superiora del Asilo, Marcelina Bosatta, con simplicidad le expresó: "si usted creyera conveniente visitarnos y dictarnos alguna conferencia, nosotras estaríamos muy contentas". Don Guanella nunca desaprobó la prudencia de aquella piadosa mujer, la que, después, confesaba excusándose: "Yo estaba aconsejada de actuar en tal forma por personas que me rodeaban a mí y al Asilo". Don Guanella, a su vez, con igual prudencia, comenzó y continuó a prestar sus cuidados, evitando entrar en disgustos de malos entendidos con quien fuera, dispuesto a aceptar todo lo que la divina Providencia hubiese dispuesto para el futuro.

El horario de una jornada de don Guanella era más o menos el siguiente: levantada al Ave María siempre muy de madrugada, a fin de permitir a hilanderos e hilanderas participar de la santa Misa y acercarse a los sacramentos en el mayor número posible, antes de ir al trabajo en las sericulturas. Santa Misa, con meditación en privado, aproximadamente por media hora, ya que creía que el estudio y las ocupaciones pastorales pudiesen compensar al mayor tiempo que hubiera tenido que dedicar a la meditación

estrictamente metódica. Se aplicaba después a la lectura y a escribir sirviéndose de la famosa silla, afirmando con el pecho, a rato de pie, a rato sentado, a rato arrodillado aquel dichoso escritorio que siempre tambaleaba. Después de un breve refrigerio se dedicaba a visitar enfermos o a las visitas pastorales de las familias, según las circunstancias. Durante toda la cuaresma, de la una a las dos de la tarde había que estar listos para las confesiones de las obreras y para el catecismo de los niños. Volvía en seguida al estudio hasta el rezo del rosario en la iglesia. Seguía una modesta cena, después de la cual empezaban las clases nocturnas a los adultos, que nunca tenían hora determinada para finalizar.

En los días festivos aumentaba el trabajo de confesiones y hacía por lo menos siete prédicas: a las cofradías, la explicación del Evangelio en la Misa, el catecismo a los niños y al pueblo, conferencia a las hijas de María, a los inscritos en las terceras Ordenes, en el Asilo, el rezo del Rosario con discurso por la tarde en la parroquia y, al final, la misma vespertina festiva. En las estaciones más propicias se añadían diversiones y paseos con los niños del oratorio festivo. Quedando algún recorte de tiempo entonces se dedicaba a escribir alguna página de aquellos libritos para la imprenta, como se dijo arriba.

Tanto trabajo fue una providencia, porque don Guanella era siempre como un pez fuera del agua y cuando leía el boletín salesiano, sentía resonar dentro de sí: "Los salesianos recorren el mundo en bendición, ¿y tú?". Por eso trataba de ahogar sus pensamientos con un trabajo muy intenso. Por algún tiempo, además de la parroquia de Pianello, también administró la de Musso, aceptó predicaciones cuaresmales en Morbegno, en Dongo y otras por acá y por allá. Fue corriendo, de mediodía a la noche de un día de octubre, desde Pianello a Tártano, donde constató los desastres ocasionados por la crecida del río, lo que le impulsó a escribir sin demorar el librito titulado El montañés.

Era tal su dedicación al trabajo que una vez no se percató de encontrarse en Cremia, mientras debía estar en Musso para ministerio. Un día dejó el púlpito de Ardenno, al terminar el tercer sermón de las Cuarenta horas, y estaba totalmente afónico; vuelto a Pianello la misma tarde, fue llamado por la noche a Saliana para atender una enferma que se encontraba mejor que el párroco, el cual, regresando a casa, cayó enfermo con un ataque de amigdalitis muy severo. Recaídas de este tipo le sucedían más veces en el año, pero al tercer día, superada la inflamación, podía volver a sus ocupaciones normales.

Un día le interrogaron sus cohermanos: "¿Qué sueldo percibes en Pianello?". Contestó: "Cuarenta centavos diarios y nunca me faltó para vivir, ni para pagar el sueldo mensual de la doméstica. Si aprendiéramos a vivir de la Providencia más que del sueldo, estaríamos mejor, el pueblo nos querría más y nosotros podríamos ejercer en medio de la gente un apostolado mucho mayor". Don Guanella, a pesar de tan miserable sueldo fijo, siempre disponía de algún dinero para los pobres, los enfermos y para las obras de bien; inclusive tampoco le faltó dinero para los gastos de imprenta de sus numerosos escritos.

El superior un día le invitó a renunciar a todos los frutos del beneficio teologal de Prosto en favor de aquel párroco, cualquiera fuese la situación económica

en que pudiese encontrarse en el futuro. Don Guanella suscribió de inmediato la renuncia y jamás lamentó haberlo hecho, por cuantas hayan sido las estrecheces que tuvo que enfrentar posteriormente en Turín, en Traona o en Pianello, hasta el día de hoy. A veces queriendo ahorrar el dinero del pasaje para vadear en bote el río Adda, alargaba su viaje hasta el puente de Ganda y de ahí regresaba a Morbegno. Dando crédito a un consejo que prometía ganancias y parecía providencial, viajó de Traona hasta más allá de Piagno, pero todo resultó sin fundamento. De vuelta, siendo un día muy caluroso de julio, se arrimó a la baranda del puente entre Cosio y Traona para refrescarse con la brisa del río, de tal suerte que se le cayó la billetera con el único billete de diez liras que tenía. Eso le enseñó que a la Providencia es mejor esperarla, llegue cuando llegue, antes que ir buscando afanosamente.

Los feligreses de Pianello hubieran querido festejar el ingreso de don Guanella, considerándolo su nuevo párroco. Sin que este lo supiera, para la función de entrada también se hicieron presentes, junto a otros sacerdotes, los arciprestes de Dongio y de Gravedona. Finalizada la ceremonia, don Guanella los despidió a todos diciéndoles: "Si yo les invitara para un banquete o un simple refresco, no sabría qué servirles y, además, las autoridades deducirían que yo he aceptado definitivamente la parroquia; por lo tanto vuelvan en paz a sus casas".

Una tarde de octubre llegó a la casa el sacerdote don Miguel Sala, mi antiguo sucesor en Savogno. Me dio a entender que necesitaba hospitalidad; lo acepté conmigo a mi propia mesa por más de un año, a pesar de que, de vez en cuando, me pagara muy mal y me pusiese insidias para quitarme el lugar. No mejor suerte tuve con un sacerdote salesiano, don Torazza, quien prometió donar las primeras 300 liras si, al lado del asilo recientemente abierto en Como, hubiera construido también una casa para sacerdotes inhábiles. La casa se construyó y se ocupó, pero las 300 liras aún no se ven.

El primero que dejó la suma de 3.000 liras para la Obra de Don Guanella en Pianello Lario, fue un primo mío, Antonio Levi, que murió en Genoa City, en Wisconsin. Con dicha suma se compró un terrenito a orilla del lago, que pertenecía al señor César Perpentí. Ahí se pensaba trasladar el orfanato, pero por varias razones y por estar el terreno muy cerca de la casa y del huerto parroquial, se desestimó la idea.

La casa-asilo de Camlago era, por muchas razones, poco adecuada. Se vendió y el hospicio se mudó a la casa del capellán, al frente de la iglesia y, posteriormente, en casa Mazzucchi ex Bernucca, en el barrio de Calozzo.

El anciano sacerdote Mario Bosatta, tomando un baño en las aguas del lago, corrió riesgo de ahogarse; entonces a un muchacho que acudió en ayuda y que quería agarrarlo de una mano, le gritó: "¡Déjame, déjame, sino te arrastraría a ti también!", prefiriendo morir solo. Fue voluntad de la Providencia si don Guanella, llegado a socorrer, no se ahogase en la profunda ribera.

El hospicio se instaló provisional en casa Mazzucchi; mientras tanto don Guanella planeaba llevar su obra a Como. En Pianello había tenido que enfrentar muchas molestias de parte de personas malévolas, que no podían

aceptar la forma muy sincera de hablar desde el púlpito y la intransigencia del actuar del párroco. Eran las mismas personas que muy frecuentemente se quejaban en la Prefectura de Dongo y, a través de esta, al Procurador de Como.

Un día las buenas religiosas Dina Bosatta y Magdalena Minatta, en compañía de don Guanella, fueron citadas frente al juez de Dongo, el cual empezó diciendo: "¿Es verdad que ustedes, guiadas por malsano sentimiento de piedad, infieren heridas en el cuerpo de las huerfanitas y las profundizan? El señor... - y nombró una persona muy respetable – me confirmó el hecho". Le contestaron las mujeres: "¡Nosotros curamos las heridas y no las causamos!", y ahí mismo las dos palomitas tímidas, con fuerza de león, expusieron tales argumentos que obligaron al juez a concluir: "¡Váyanse, váyanse; parecen que ustedes tienen intenciones de juzgarme a mí y de comprometerme!". Camino a casa alcanzaron al mismo señor que las había acusado y las dos, en apariencia simples, le dijeron: "¡Usted, señor, hizo muy mal al referir al señor juez cosas falsas en contra nuestra y del Hospicio!". El señor se disculpó, pero en el mismo día y casi a la misma hora del año siguiente, fue víctima de una parálisis que lo arrastró a morir en destierro y avergonzado, lejos del pueblo y de la provincia. El juez en cuestión era hebreo. Le sucedió otro juez, católico, bueno y patriarcal; a él también acudían frecuentemente los delatores y además él veía como sospechosas las instituciones de las Hijas de María y su frecuencia a la iglesia. Un industrial había maldecido: "¡Que queden todas aplastadas por los escombros de ese techo de iglesia...!" (agregando una injuria que quiero callar). El techo de la iglesia no cayó, pero sí cayó ruinosamente el industrial, que tuvo que huir, cruzando el mar y murió en tierra extranjera. ¡Que el señor le otorgue el perdón! El señor pretor Giudici visitaba como para entretenerse a don Guanella, pero era para ponerle en guardia. Don Guanella le contestaba: "Muchas gracias, señor pretor", pero nunca dejó de seguir su camino.

Muchas veces don Luis había solicitado una ocupación cualquiera en la ciudad de Como, como por ejemplo un lugar de capellán en el hospital, pero le respondían: "Donde sea que don Guanella pone su pie, en seguida arma una revolución. Conviene que se le mantenga alejado". "Sigue siendo siempre un medio loco", agregaba alguien más. Mientras tanto las relaciones con las autoridades civiles de Como se hacían siempre más tensas y don Guanella tuvo que comparecer frente al procurador. Y bien; antes que el juez empezara a hablar, don Guanella se sintió invadido por siete espíritus y gritó en voz alta que ya eran más de quince años que se perseguía a un inocente, y acompañaba sus gritos con golpes de puño sobre el escritorio. El escándalo hizo que se apersonara la esposa del procurador, la que preguntó: "¿Qué hizo este sacerdote y qué hace usted al procurador?". El procurador cortó bruscamente la divergencia: "¡Llévenlo al señor prefecto!".

Frente al prefecto Guala se repitió la misma escena; el prefecto Guala entonces le preguntó: "¿Y usted, qué querría hacer en Como?". Don Guanella, sorprendido, empezó diciendo cosas que nunca había pensado decir y agregó: "Yo quiero fundar un instituto para sirvientas pobres", ilustrando ahí mismo, con gran elocuencia, las necesidades de las domésticas y las aspiraciones de los

patrones. A todo esto concluyó el señor Guala: "Me gusta su idea y personalmente la patrocinaré frente al obispo y, si fuera necesario, frente a la ciudadanía". Con esto se le abrieron las puertas para descender a Como y don Guanella lo aprovechó muy pronto de la siguiente manera.

Era preciso buscar un punto de apoyo. Puso su atención sobre un pequeño lote con casa, frente a la iglesia de San Roque en calle Milán, pero era demasiado pequeño y gravado de servidumbres. Miró entonces un terreo, donde hoy está el Instituto de la Sagrada Familia, pero también pareció demasiado angosto y caro. Al final alquiló la casa y el terreno del señor Biffi, con las siguientes condiciones: que, si después de seis meses le habría sido posible, hubiera podido adquirir el todo a un precio fijo, pactado en 14.000 liras.

Fue entonces a recaudar el dinero prometido en calidad de préstamo, ofrecido por una señora de Dongo. Pero ésta, en víspera de la fecha del contrato, simplemente contestó: "Me han persuadido a que no confíe". Las horas pasaban, y antes de que se agotara el tiempo, he aquí que los óptimos esposos Bernardo y Sofía Calvi, enterados del contratiempo, espontáneamente ofrecieron el préstamo de 15.000 liras. Inmediatamente se formalizó la compraventa, solicitando al señor Biffi que, pasados otros seis meses de prueba, vendiera al precio de liras 1,50 por metro, también un terreno ubicado más abajo y que medí alrededor de 20.000 metros.

No se sabe cómo explicar el presentimiento: don Guanella, cuando aún era estudiante en el colegio Gallio, creyó, más de una vez, cuando iba de paseo, que el campo aquel habría sido escenario de específicas obras suyas. ¡Se lo explique quien pueda y cómo pueda! Yo no me atrevo a opinar.

Era necesario, a este punto, dar comienzo a la Obra. Una tarde de abril nuestro botero y sacristán, Pedro Morelli, disponía en su bote algún mueble y colchonetas, subía a bordo la hermana Clara Bosatta, la hermana Martina Silvetti, tres huérfanas, para que los gastos del viaje resultaran menores y así, la mañana siguiente, se llegó a Como, donde se alojaron en la pequeña casa que se transformó después en la Casa de la Divina Providencia en Como. Aquí sugerimos leer la Vida de Sor Clara Bosatta para conocer cómo se continuó, hasta la muerte santa de la misma, acaecida en Pianello Lario en abril del año siguiente. Mientras tanto la Providencia ofreció la ocasión de comprar lo que quedaba de la propiedad Biffi y, entonces, se procedió a construir un pabellón de habitaciones, que se agregó a la casa ya existente.

Un salón del segundo piso servía como capilla. Cuando finalmente se obtuvo el privilegio pontificio de conservar ahí el Santísimo Sacramento, hubo júbilo grande, renovándose en todos grandes esperanzas. Hubo manera de experimentar que si se construiría para cinco o para diez, los medios llegaban, pero dejaban de llegar apenas hubiese faltado la confianza en la divina Providencia.

Fue entonces cuando se puso mano a la construcción de la casa para hospedar a los sacerdotes ancianos y enfermos, aunque por lo general sirvió

para cobijar a niños y ancianos pobres. La pequeña Casa fue agrandándose poco a poco hasta su tamaño actual.

Un día llegó el párroco de Figliaro, don Ghezzi, acompañando a dos jóvenes, Silvio Vannoni y José Roncoroni, diciendo: "Le traigo las primeras bases de la Casa de la Divina Providencia". El primero es el actual sacerdote director del Instituto San Cayetano y el segundo murió en la Casa de la Providencia de Como algunos años después de su ordenación, truncando así las muchas esperanzas que sobre él se habían fundado.

Un día muy caluroso de verano don Guanella dijo al estudiante Pedro Roncoroni, que sabía desempeñarse como albañil, carpintero y factótum: "Intenta construir un pilar, y arriba pondremos una estatua del Sagrado Corazón, porque confío que, entre poco, aquí surgirá nuestra iglesia del Sagrado Corazón". Algunos años más tarde monseñor Andrés Ferrari, entonces obispo de Como, vino y dijo: "Al medio, entre la obra femenina y la masculina, vayan marcando la medida de la nueva iglesia, y sigan paso hasta que yo les diga". Don Guanella marcaba con su paso, hasta que el obispo dijo: "¡Pare!". Sobre ese lugar se preparó el proyecto de la nueva iglesia y ahí mismo se echaron las fundaciones. El buen amigo, señor Jacinto Valli, dibujante municipal, desarrolló el dibujo y la empresa Regazzoni tomó a su cargo la construcción. Dinero no había para nada, pero llegaba de a poco y el empresario era paciente y esperaba.

Se dieron varios signos de gracias especiales: ningún obrero se lastimó; don Guanella salió milagrosamente ileso tras la caída de un andamio cargado con piedras, que desde la cornisa de la capilla de la Virgen precipitó hasta los subterráneos. Sor Marcellina Bosatta sintió rozar su velo por una gruesa esquirla caída desde la altura del techo de la iglesia.

Don Guanella formuló un voto a la Virgen de Lourdes para obtener la salud para sí, aquejado de persistente enfermedad, y para dos huérfanas, Hilde y Raquel Grassi, que padecían una dolorosa difteritis. La gracia fue conseguida y don Guanella, como señal de agradecimiento y de propiciación, elevó entonces la capilla de la Virgen de Lourdes.

Los miembros de la Casa de la divina Providencia hablaban poco, pero cada día se sentían reforzar en la esperanza y en el amor hacia la institución reciente.

## **Capítulo XIII**

### **La constitución moral**

#### **de la Casa de la Divina Providencia en Como**

Es el principio aquello que lo fundamenta todo.

Fundamento de las casas de la divina Providencia para nosotros es la letra F repetida cuatro veces y que significa: fame, freddo, fumo, fastidi (hambre, frío, humo, fastidios). Esta letra, repetida así por cuatro veces con el ánimo dispuesto a practicarla según fe y razón, constituye la base de una piedra piramidal puesta al revés y que nos recuerda la letra V, la que significa víctima. Se necesitan víctimas en todo y más especialmente víctimas a imitación de la gran Víctima del Calvario, para que se puedan transformar en torres de salvación para las almas. Ahora que ya hemos alcanzado un primer jubileo desde la fundación de las casas de la divina Providencia, podemos enumerar un número precioso de víctimas en el Instituto masculino de los Siervos de la Caridad y un número aún mayor de víctimas en las filas más largas de las Hijas de Santa María de la Providencia.

Al abrir casas hay que imitar siempre a la serpiente, que entre piedra y piedra introduce primero su cabeza y luego, poco a poco, se desliza con el resto del cuerpo: se comienza con uno o pocos locales en arriendo, después vendrá una adquisición y de compra en compra se va agrandando.

Piedra fundamental de la Casa Divina Providencia en Como, y víctima preciosa, fue la hermana Clara Bosatta, de la cual ya se ha finalizado el proceso diocesano en vista de su glorificación. Su ejemplo fue imitado por no pocas hermanas en Como, en Santa María, en la Casa de Milán, además que por sacerdotes, por seminaristas y hermanos legos del Instituto más reciente de los Siervos de la Caridad. No es intención explicar el sentido práctico y realista de las cuatro F ni de la V, que podría también asumir el significado de V V, es decir víctimas.

Los miembros de ambos institutos se sentían llamados en su corazón a trabajar al máximo para vencer o morir.

Los aspirantes a la Congregación hacían su noviciado desarrollando servicios en familias buenas; algunas también asistiendo a enfermos de día y de noche durante algunos meses, donde fuese, aún en pueblos relativamente lejanos. Algunas, para juntar una lira diaria, trabajaban en hilanderías. El espíritu de ahorro llegaba a tal punto que algunas, sin que lo supieran los superiores – que lo habrían impedido – se pasaban el día con dos centavos de leche con suero hervido y polenta o pan: ¡increíbles industrias de estas amas de casa nuevo estilo! Confiaban en la divina Providencia, pero además creían que esa era la manera en que ellas debían cooperar. Claro que eso era un error, aunque sólo

material. Hubieran querido ayudar a muchos sin ser cargas para nadie. Algún sacerdote apenas ordenado, a causa del demasiado trabajo, escupía sangre viva, preparándose así a un lento y largo martirio.

Alguien opondrá la objeción: "¿Y mientras tanto, qué hacía la regla del Instituto y de la misma caridad?". Se puede contestar que el amor de las almas fervorosas no advierte ningún peso de trabajo: camina ligero y feliz hasta el extremo de las fuerzas; es la gracia de Dios que le guía y es difícil retenerle. En apéndice a la Vida de la hermana Clara Bosatta, hay una lista de otras setenta hermanas, llamadas por Dios a imitar los sufrimientos de su maestra y a seguirla en el sepulcro, mártires de la caridad. Quiera Dios que la herencia de esos modelos se transforme en bendiciones y que los muertos desde sus tumbas hagan escuchar continuamente a los supervivientes: "¡Tiendan siempre a mayores virtudes!".

En la "Historia de la Casa de la divina Providencia" escrita por nuestro Siervo de la Caridad Martín Cugnasca y además en nuestro boletín "La divina Providencia" se hace memoria de la construcción de nuestra iglesia del Sagrado Corazón y de la corona de casas que se edificaron a ambos costados. Don Guanella hubiera deseado transformar la iglesia del Sagrado Corazón en santuario. Por tal motivo compró un lote de terreno de casi 10.000 metros al otro lado de la calle Tomás Grossi, al frente del templo ya edificado. Con toda probabilidad fue un consejo desacertado y, al final, acabada la paciencia debido a que había que esperar mucho y más aún debido a urgentes necesidades, se vendió gran parte del mismo terreno, eso sí que a un precio mucho mejor.

Sor Marcelina Bosatta, mujer de amplia visión, hubiera querido comprar otro terreno colindante con la casa: por el costado hasta la calle Zezio y por el frente hasta llegar a la misma calle. Habría sido una adquisición no solamente posible, sino también de difícil realización. Sin embargo don Guanella estimaba eso demasiado: creía que una institución demasiado grande, en relación a las necesidades de la ciudad, podría correr muchos peligros. Así se dejaron escapar muy buenas ocasiones.

Anteriormente se había puesto la mirada sobre la mansión Villa de Santa Cruz, para destinarla a casa femenina, pero pareció excesivamente alto el precio de 80.000 liras, y se esperó que la divina Providencia se manifestara más claramente haciéndonos encontrar otro lugar. Mientras tanto la separación de los huéspedes de los dos sexos en calle Tomás Grossi se hacía impostergable y era deseada, y se obtenía con la iglesia, que se constituía como suficiente separación entre los pabellones.

Existía un inmenso local que fue antes la hilandería Binda y después fábrica de botones. Ya la municipalidad lo había querido comprar para instalar ahí un asilo de enfermos contagiosos; también el hospital Santa Ana lo quería para ubicar un grupo de enfermos locos; además lo trató el orfanato cívico de Santa Clara para un hogar propio. Entre los interesados se hizo presente el obispo Ferrari que lo hubiera transformado en casa para sus clérigos; no faltaron algunos comerciantes de Berlín que lo hubieran adquirido para instalar una industria.

Pero todos, quien por una y quien por otra razón, desistieron y el vastísimo local, denominado Santa María de Lora, fue comprado finalmente por don Guanella en la suma de 45.000 liras. Se efectuaron algunas reparaciones y también se agregaron algunos edificios nuevos y ahora se constituye como uno de los más amplios conjuntos de la zona, habitado por más de trescientas personas, en una ubicación que, por panorama y pureza de aire, es la más linda de toda la ciudad y alrededores de Como. ¿Y cómo y cuándo fue pagado ese grandioso local? Gracias a la mediación del señor notario doctor Pablo Zerboni y del banquero señor Minoletti de Milán: el vendedor, señor Baserga, aceptó un anticipo de 3000 liras.

El saldo fue dejado a las disposiciones y a la voluntad de la divina Providencia. Era el 1º de mayo de 1897.

Cuando los primeros socialistas mostraban señales de sus hostilidades, don Guanella se topó a lo largo de un sendero, llamado de la Berlina, con una media docena de obreros huelguistas, los que le amenazaron gritándole: "Algunos meses atrás y la Casa de la divina Providencia será quemada, porque vosotros los curas hacéis cosas que nosotros no podemos hacer y nos robáis, quitándolos de nuestras manos, a nuestros soldados, los pobres, con los que nosotros planeamos echar al aire todo para dar comienzo al surgir de la época del sol del porvenir".

En la solemnidad de Todos los Santos la casa ardía en llamas y fue una gracia de Dios que el fuego no se extendió al techo de la iglesia y no consumió así toda la casa. Don Guanella fue avisado por telegrama, ya que estaba en Milán. Por varias semanas él y los suyos pasaron en vela las noches para evitar las amenazas de nuevos asaltos.

Un tiempo antes algunos obreros ebrios habían irrumpido en la casa para investigar sobre ciertos gritos de una mujercita enana, conocida en toda la ciudad de Como y asilada con nosotros por compasión. También en esta ocasión se presentó una denuncia a la jefatura de policía, lo mismo que se hizo posteriormente al incendio, pero nada se pudo sacar en limpio. Se trataba de enemigos del bien y don Guanella, junto a los suyos, sin desaliento ninguno, siguió su marcha. También hubo amenazas privadas dirigidas, por suerte durante breve tiempo, a las religiosas que se habían trasladado a Santa María de Lora. Finalmente fueron nuestros enemigos los que se cansaron.

¿Cuáles personas, preferentemente, se debían ayudar? Los hijos pobres y los ancianos pobres. ¿Con cuál precedencia? Los más pobres y más abandonados eran los que se querían privilegiar para merecer las promesas de Jesucristo que decía: "Lo que de bien hagáis a los más pobrecillos de los hombres, será como hecho a mí mismo".

¿Y los recomendados?

Servían las recomendaciones en cuanto prudentemente nos guiaban a descubrir la verdad, nos obtenían la benevolencia de quien nos hubiera podido

ayudar, nos permitían rendir obsequio especialmente a las autoridades eclesíásticas.

¿Y las cuotas de pago?

La regla es la siguiente: quien tiene mucho dé mucho, quien posee poco dé lo que puede, pero con corazón alegre. Y porque quien tiene lo propio no debe aprovechar de lo ajeno, se ha tomado la determinación de que por lo menos la mitad de los gastos fuesen sostenidos por los parientes, por las Municipalidades, por la congregación de caridad, como asimismo por un grupo de personas buenas que además se comprometieran con una pequeña suma anual. Algunas veces la Caja de Ahorro de Milán donaba una cantidad, pero a condiciones que no se podían aceptar, y así era preferible seguir adelante confiando en la Providencia.

Hablando con el prefecto Guala se había convenido que se hubiera procedido a fundar una institución para sirvientas pobres; esto se cumplió hasta que fue posible. De ellas, algunas capaces de valerse por sí mismas, se independizaron; otras, generalmente las menos hábiles, no lograron buen éxito. Así la Obra de las sirvientas fue progresivamente achicándose. Esperamos pueda volver a florecer, siempre y cuando se pueda cuidar mejor.

Además de los niños y ancianos pobres se presentaban numerosos los seres escasos de mente, los que, a ejemplo del Cottolengo, en la Casa se llamaron buenos hijos y buenas hijas: eran huéspedes muy queridos, que a veces eran merecedores de escenas extraordinarias de cuidados afectuosos.

Tampoco se habían descuidado a los sordomudos: se habían recibido, a título de experiencia, por un año, algunos de estos infelices, que nos había encomendado nuestro querido Casanova y el comité que él fundó, con maestros propios. La prueba se cumplió con éxito por un año, hasta que surgió en Borgovico una sede propia para sordomudos hombres.

Se ha recordado que el sacerdote salesiano Torazza había prometido una oferta de 300 liras para una casa asilo a favor de sacerdotes ancianos e inhábiles. La obra se realizó y el primero que se benefició fue el buen sacerdote don Jorge Steinhauser, quien por veinte años fue misionero en los lagos del Michigan, que desde Chicago espacian por cinco jornadas de navegación en barquitos. Se quedó con nosotros, muy estimado, durante siete años, hasta su muerte. Confiamos que su alma bendita desde el cielo nos haya preparado nuestro ingreso en Chicago para fundaciones nuestras. De don Jorge escribié algunos rasgos biográficos el párroco de Santa Águeda, don Calisto Grande: esperemos que otros, para común edificación, los pueda ampliar más. Luego se unió a don Jorge, como gota de agua cristalina, un amigo suyo, el sacerdote Rossi. Pero la obra de los sacerdotes ancianos no pudo ser consolidada y considerada como rama de la institución Casa de la divina Providencia en Como, aún cuando nunca se dejó de hospedar a sacerdotes venerables y enfermos, de los cuales algunos todavía hoy están especialmente en las casas de Santa María, de Fratta Polésine y en otros lugares. Don Guanella, apoyado por los reverendos Zaboglio, Gianera y Trussoni, intentó constituir algo como

una sociedad de mutuo socorro para los sacerdotes diocesanos en general, pero este proyecto se pudo concretar eficazmente solo más tarde, con el patrocinio y bajo la dirección del obispo local.

Otro medio de fundación y de consolidación de las Obras se podrá identificar en aquel cúmulo de oraciones y de sacrificios de caridad que se cumplen en los institutos y en particular por cada uno de los miembros. Dice el proverbio: "Quien quiera algo que lo pida". El Salvador divino asegura además: "En verdad, en verdad os digo que cualquier cosa pidieréis en mi nombre, el Padre que está en los cielos os lo otorgará". Por eso se dice que la plegaria es omnipotente. Mucho más si la oración está unida a la mortificación y al espíritu de caridad. Me atrevo a tal propósito a aconsejar la lectura de la Vida de Sor Clara Bosatta, con relativo suplemento y consultar la próxima edición de la Vida del jovencito Alejandrito Mazzucchi.

No viene al caso agregar detalles, pero confiamos que la oración siga siendo el fruto de las Obras de la Divina Providencia. Que ella brote a partir del espíritu y del directorio de los Institutos, como de una fuente, para ir descendiendo hasta formar un caudal de río que empapa los terrenos que nos rodean. Otra fuente de bendiciones confiamos sea aquel espíritu de caridad que procuramos emplear de manera especial con los escasos de mente: es un espíritu de acción caritativa de tal fuerza que deja atónitos a los profanos y está presente en forma tan abundante y cotidiana que se podrían escribir libros edificantes.

Hago votos para que se publique para común conocimiento a lo menos un ensayo de bocetos edificantes sobre el espíritu de la casa y otras anécdotas sobre los pobrecitos que en ella se cobija, a fin de que, algunos pocos por lo menos, puedan enterarse del alto grado de infelicidad en que pueden encontrarse nuestros hermanos y del alto grado de caridad al cual puede alcanzar un cristiano.

El corazón de una persona consagrada es como el humus de un huerto o de un jardín que, trabajado, produce flores y frutos de bendición. Se dice que el huerto debe hallar al hombre muerto, en el sentido que cada día y por toda la vida el hortelano encuentra allí trabajo y cosecha. El trabajo de instruir, meditar, educar en general y en forma más especializada el trabajo de cada día y de todos los días de la vida de sacerdotes llamados por Dios en este huerto de las almas. Las contradicciones y dificultades mismas, sean corporales, intelectuales o afectivas, el buen Dios las convierte en lluvia de oro y las mismas tormentas de tempestades él las trueca en otros tantos granos de piedras preciosas que enriquecen el corazón religioso, tabernáculo viviente del Espíritu Santo.

El profeta del Antiguo Testamento anunciaba como un tiempo no lejano el en que un pastorcito hubiera conducido, como si fueran ovejitas que se guían a pastos abundantes, los animales feroces del desierto. Así sucede en las casas religiosas en donde un pastorcito o una pastorcita llaman a que acudan del mundo las vocaciones religiosas para luego guiarlas como mansos corderos. Raramente ocurre que un corderito se aleje, aunque sea un poco, de su rebaño, porque las ovejas hermanas, con su balido, le lanzan su llamada. Por

lo tanto a los profanos que preguntan: "¿Cómo es posible todo esto? ¿Cómo se logra?" se responde: "¡Pregunta ociosa! Es Dios quien hace".

Un día el augusto pontífice Pío X preguntaba: "¿Duerme usted por las noches?" "sí, santo Padre, y algunas veces también de día". "¿No siente preocupaciones?" "No, Santo Padre, porque hasta la medianoche me preocupo yo, y después sé que se preocupa Dios". ¡Este es el misterio! ¡Esta es la explicación de la lección, válida para quien quiera recordarla y practicarla!

Por eso, a tal propósito, se ha querido que hasta las piedras hablaran y se escribió a grandes letras de la iglesia de Santa María de Lora: Banco de la Divina Providencia.

En las casas se ruega por los bienhechores vivos y difuntos. Se hacen visitas a las tumbas de nuestros seres queridos para adquirir fuerzas nuevas. Por tal motivo frente a la capilla ardiente de Santa María de Lora se pusieron las estatuas de las hermanas Faustina y Liberata y en su interior la imagen de Jesús que asegura: "Yo soy la resurrección y la vida".

Durante la exposición en honor de Volta, los telegrafistas de todo el mundo asistieron a una colación en Santa María de Lora y se felicitaron. Don Guanella para la ocasión fundó y publicó, en 24 números, una revista especial del título Pro Faro, editando 25.000 oleografías de Alejandro Volta y difundió, en miles de ejemplares, una biografía del científico, destinada al pueblo: "Ciencia y fe". La intención era aunar mente y corazón de los suscriptores para un monumento que quería construir y colocar sobre la torre de la casa de Santa María de Lora, que ya era dominada por la grandiosa figura del divino Salvador: un monumento que, iluminado por la energía eléctrica, puesto al límite de dos naciones, estuviese indicando a los pueblos la unión entre la ciencia y la fe de Volta y que este alimentó acudiendo al Corazón Santísimo de Jesús. Pero se dice que donde llega el liberalismo, allí se genera un fuego que todo lo incinera en derredor. Por eso nada le sirvió a don Guanella el haber personalmente comunicado la idea a Edison y a muy poderosos millonarios de Estados Unidos de América y otros.

Aún esto quede depositado en la memoria de los que vendrán después, para que aprendan a tomar lecciones de la historia, sabiendo muy bien que quien quiere conocer el futuro debe estudiar el pasado de las personas y de las cosas.

Y ahora pongamos un punto, para volver a los acontecimientos de la Casa Madre de Pianello Lario.

## **Capítulo XIV**

### **Pianello Lario**

El buen sacerdote Carlos Coppini, a punto de morir en 1881, consolaba a sus congregadas en el Hospicio del Sagrado Corazón diciéndoles: "Después de mí vendrá otro que hará mucho más que yo".

Alguien recuerda que don Guanella, charlando con aquel grupo de piadosas mujeres, dejó escaparse de boca estas palabras: "¡Anímense, porque llegará el día – y no será muy lejano – en el cual ustedes morarán en largos pabellones!". Se agrega que aquellas previsiones se referían al grandioso establecimiento de Santa María de Lora, sobre la ciudad de Como.

No recuerdo si antes o después de este hecho, en Nápoles se produjo una epidemia de cólera. El pequeño grupo, ya bajo la dirección de don Guanella, ardía del deseo de ir a socorrer, y se ofrecieron todas juntas: "¡Vayamos entre los enfermos de Nápoles, para trabajar o morir!". Pero se le contestó a don Guanella: "No se necesita su ayuda, agradecido", firmado arzobispo cardenal Sanfelice.

Cuando en Como se inició la institución, que se denominó Pequeña Casa de la Providencia se incurrió en la desaprobación y en algunas amenazas de parte de la Pequeña Casa del Cottolengo de Turín, debido a que copiaba el mismo nombre, razón por la cual la nuestra pasó a identificarse simplemente así: Casa de la divina Providencia.

En el cementerio de Pianello Lario se elevaron dos pequeñas pirámides al nombre del venerado don Carlos Coppini y de las hermanas fallecidas en la casa. No era posible olvidar aquel amado lugar de origen.

Don Guanella llevaba siete años trabajando en Pianello. En el último año, debiendo asistir de cerca la Obra de Como, había nombrado como suplemente al ya recordado sacerdote Miguel Sala. Este, no por mala voluntad, sino más bien por falta de indicaciones, había dispuesto la parroquia de tal forma que don Guanella fuese relevado, para poder él asumir el cargo. Don Guanella, saludados entonces los suyos, al mediodía de un domingo, partió. Había llegado allí a medianoche, como se dijo, y salía a mediodía, sin molestar a nadie. Esto por simple título de historia. Y por motivo de historia también se agrega simplemente que monseñor Santiago Merizzi, vicario capitular, puso a la puerta a don Guanella, invocando no sé cuál irregularidad en ese proceder. Pero don Guanella, seguro en su corazón, dijo entre sí: "Tú estás en Como y ahí te quedarás".

Don Miguel Sala, quedándose en Pianello, aunque sea provisionalmente, no dejaba en paz a aquellos pocos huéspedes del Hospicio que vivían en la casa del capellán. Cuando la señora Dominga Mazzucchi, por una razonable suma, ofreció su casa Mazzucchi ex Bernucca, entonces el Hospicio se trasladó allá definitivamente, recordando lo que decía el Cottolengo: "Las coles trasplantadas crecen con más vigor". Y por cierto así fue, porque a la casa

Bernucca Mazzucchi luego se agregaron dos más, la de los Mazzucchi y la de los Bosatta, esta última casa paterna de Sor Marcelina. A continuación se edificó una casa de tres pisos con amplios dormitorios. Algunos años después se compró otra casa perteneciente a Luis Mazzucchi, apodado San Luis, quien vendió también otras dependencias y fabricados rústicos. Finalmente se adquirió el edificio donde se encanillaban hilos, con relativo derecho a las aguas, que los hermanos de sor Marcelina ponían a disposición de la hermana con interesante oferta y donde las huérfanas trabajaban todos los días. En un local vivero de flores se construyó la iglesia, que domina como reina enojada, frente a las casas del pueblo y bendice a los viajeros que cruzan las aguas del gran Lario.

Don Guanella desde tiempo acariciaba en su fantasía el sueño de poder utilizar la que la gente llamaba el agua roja mineral ferruginosa, que brotaba de lo alto del cerro. El sueño se hizo realidad cuando monseñor Barge y con él el señor Rodolfo Ferrari y el capitán... dieron comienzo a una sociedad por acciones, generalmente a fondo perdido, y de esa manera el hospicio como así mismo el pueblo fueron abastecidos de un agua relativamente rica en hierro que aún hoy sirve para comodidad y salud de todos. El hospicio aprovechó de ello para traer durante el verano a niñas anémicas de Milán, las que se turnaban y estaban a cargo de un comité especial. Posteriormente la iniciativa fracasó, las acciones se caducaron y ahora la tubería de más de mil metros está toda a ventaja y cargo del hospicio.

Desde varios años también el hospicio mantiene abiertas salas y jardines infantiles a favor de los niños del pueblo. Tiende a recibir, cobrando bajísimas cuotas, los pobres del pueblo y de las cercanías. Las religiosas, pudiendo, asisten a los enfermos en sus domicilios, dirigen por todo lo que pueden al oratorio femenino y enseñan catecismo a los niños de la primera Comunión y a los menores en general. Además, desde varios años, la dirección del hospicio provee a enviar a las hermanas que conducen la escuela materna y la escuela vespertina de Musso.

Gracias a la donación de los distinguidos esposos Carolina Annoni y Luciano Bosisio se pudo abrir otra obra en la casa Annoni en Génico de Musso, en la cual se conserva un busto del queridísimo señor Antonio Annoni, que fue siempre amigo fiel y, cual profesional consciente y experto jefe de obras construyó la Pía Casa de los Pobres de Milán. Asesoró también en la compra de las casas de Santa María de Lora en Como, de Fratta Polésine, de San Cayetano en Milán y además proyectó y construyó, con don Guanella, la iglesia en la estación católica de Splügen. El señor Antonio fue hombre de esclarecida mente y muy querido corazón. A don Guanella, que estaba ausente en Roma, siempre le causó gran pena el no haber podido acompañar los últimos suspiros del óptimo señor Antonio, que resbaló, volviendo a su casa, desde la última grada de la escalera, a causa de una parálisis que demasiado pronto lo llevó a la tumba. Pero ahora el espíritu de don Guanella goza en el poder reparar a aquella ausencia, asistiendo en cambio a la hija, Carolina Annoni de Bosisio, celebrando la Santa Misa que, por privilegio pontificio, se puede rezar más veces por semana en la pieza al lado de aquella en donde ella, con dolor y

paciencia iguales, afectada por un tumor que no perdona, mira al paraíso y espera alcanzarlo.

En Roma tenemos el templo más grande de San Pedro, santuario universal de oración, y también tenemos al Coliseo, máximo escenario de los sufrimientos y de los triunfos de los mártires cristianos. ¿Será mucha osadía la comparación que me atrevo a hacer? Que la nueva casa Annoni, que nosotros hemos además restaurado y ampliado, se torne en pequeño santuario de oración. Que de allí, donde se refleja el grandioso panorama del lago y de la Valtellina, las almas fervorosas, como desde un risco de contemplación, echen a volar altas como águilas casi a salvar a sí mismas y a ofrecer ejemplo y ayuda para conseguir bendiciones a los bienhechores, a las instituciones de la Casa de la Divina Providencia que están en Europa y en América y a muchísimas almas, tantas como puede abarcar un corazón que anhela deshacerse en amor a Jesucristo y a las almas redimidas por su sangre.

Sucedió un día que don Guanella, con tono entre gracioso y serio, preguntó al noble don Juan Manzi: "¿Por qué no hace más agradable su gran parque-jardín, con una casa para la nobleza decaída? El Hospicio de Pianello podría asumir su cuidado y dirección. Además yo podría tomar inspiración del jardín-parque para escribir algunas páginas de moralidad y de virtud". Contestó don Juan: "¡Lindos sueños del cura de Pianello!". Llegó el tiempo en que esas páginas vieron la luz a través de otros tantos artículos aparecidos en el "Ordine", y además fueron concentradas en un librito editado por la imprenta de la Casa de la Divina Providencia este mismo año. Fue dedicado a la única heredera, doña Josefina Manzi, la cual sabemos mira con simpatía a nuestra institución de Génico. Esta abriría una brecha para permitir el pasaje al jardín-parque, donde se podría ir a fortificar el espíritu para mayores obras de bien. ¿No podría ser que el tío, noble don Juan Manzi, fallecido justamente cuando había dado comienzo a la transformación en jardín de la roca que fue de Juan Santiago de Médici, inspire a la bondadosa sobrina de volver realidad la antigua propuesta del ex cura de Pianello? Aún en esto se encontraría una prueba para decir que la Providencia juega en este globo terráqueo y que nosotros no somos otra cosa que muñecos o títeres en manos de esta providencia admirable.

Muchas veces, viniendo de Pianello o de Musso, don Guanella miraba al Pian de Spagna con cierto atractivo. Fuera presentimiento o no, un día que él venía desde Benevagienna en un largo paseo con los alumnos del colegio salesiano de Trinitá, del cual era rector, tenía fijo en la mente el Pian de Spagna y vio claramente cómo un día allá habría realizado una fundación y cómo los pobres fundadores se habrían servido de las cañas secas del maíz para encender, en su pobreza, un poco de fuego. El sobrino párroco Pedro Buzzetti, muy inclinado a concebir proyectos, le ilustraba a veces el provecho religioso y social que habría significado la fundación de una colonia-pueblo, allí donde un día prosperaba el pueblo de Olonio, alentándole además con la necesidad de restaurar el sepulcro del mártir San Fidel, ubicado al frente de Olonio, en la otra ribera del lago de Mezzola. Por cuanto concierne al sepulcro, monumento románico, don Guanella dio comienzo a la obra, pero la ejecución de los trabajos de restauración fue a cargo del mismo sobrino, quien se consiguió

guía artística y ayuda económica con el conde señor Cavagna, que pasaba las vacaciones en su parroquia de Carate Lario.

Simpática la siguiente anécdota: a comienzo de 1882 don Guanella pidió a la anciana doméstica Martina: "Prepáreme una cena abundante, porque mañana temprano de a pie tengo que ir a la Castella, cobrar una tal deuda y seguir viaje hasta Ardenno, de visita al hermano párroco". Soplaban un viento fortísimo y frío. La Martina cocinó una ollita de castañas deshidratadas con su cáscara, y dijo a su cura: "¡Coma todo lo que quiera!", y no preparó nada más. Con toda esa comida y algo menos llegó hasta Ardenno. El crédito de 400 liras estaba pendiente con un cierto Gaudencio Tavasci, dueño de la llamada casa Castella en donde, en esos tiempos, el río Adda desembocaba en el lago Mezzola. El buen hombre se extrañó que alguien le cobrase una deuda tan antigua y se despidieron muy fríamente. La amistad se reavivó cuando, en julio de 1900, don Guanella, estando en Cóllico con un buen atado de billetes de 1000 liras, se las estaba pasando como compra de la Castella y campo anexo, junto a otras estepas de la familia Bellati y de los apodados Bergamaschini, el todo con regular contrato frente al escribano Bettiga.

Don Guanella citó en reunión en Cóllico a personas respetables, seculares y eclesiásticas, que aprobaron diciendo: "Que don Guanella ponga mano a la Obra que nosotros estimamos de valor no solamente patriótico, sino también social y nosotros nos comprometemos en aportar después nuestra colaboración". Lo cierto es que don Guanella inició la obra que representa un bien común sea para los gordos sea para los flacos propietarios del Plan en un rayo de alrededor de siete kilómetros, pero el obtener un centavo sea de los gordos que de los flacos propietarios, eso nunca fue posible.

El Ministerio envió dos veces al comendador Desideri para alentar en la Obra y prometer subvenciones, pero don Guanella no obtuvo otra ayuda que cinco liras, el valor estimado de una medalla con diploma de benemérito. Para saber de la Obra que hizo don Guanella se podría aquí sugerir la lectura de algunas páginas escritas por el ingeniero Giussani en su monografía histórica sobre el Pian de Spagna. Además don Guanella fue alabado por la prensa y estimulado por los señores miembros de la Orden de los Caballeros del Trabajo, pero de nadie obtuvo dinero. También era espontáneo el aliento que en algunas sesiones en el lugar mismo ofrecían los párrocos del sector, pero los curas eran demasiado pobres para que, además de las palabras, pudiesen llegar a los hechos. Sin embargo siempre fue grata su presencia.

Una vez construida la iglesia, en el primer domingo de mayo se celebraba a lo grande la fiesta de la Virgen Santa María del Trabajo. Acudían en peregrinaje y también para esparcimiento, de muchos lugares; entre Cóllico y la colonia, se organizaban hasta más viajes especiales en ómnibus. Pero con los años las deudas superaron bien lejos a las entradas y, además, la que debía ser fiesta religiosa se convertía en paseo, por lo cual se pensó reducirla a fiesta local y de devoción.

Surge la pregunta: "¿Cómo empezaron los trabajos? ¿Cómo se llevaron adelante?". La respuesta es histórica. Un día don Guanella desembarca en

Cólico con una docena de asilados que llamaba "buenos hijos". Los ayuda a subir a una carreta ya lista y, entre la risa del pueblo extrañado, emprende la marcha. Todos estaban bajo la excelente guía del buen siervo de la Caridad, el sacerdote Luis Bravi, quien sabía hacerse querer y obedecer a la vez.

Había que aplanar cerritos de arena para rellenar algunos pantanos, apartar la tierra vegetal para esparcirla después como precioso abono. Posteriormente se llamaron algunos trabajadores vénetos, expertos en esas labores, y así se convirtió en prados, en campo, en viña, en plantación de moreras una extensión de estepas equivalente a 500 cuadras locales. Se amplió la casa habitación para cincuenta personas, de la misma forma también se agrandó el establo y el pajar para guarecer a más de treinta cabezas de ganado bovino.

La iglesia, liadísima, construida bajo la dirección gratuita del llorado ingeniero lamucci, con magníficas figuras bizantinas que representan a los santos que vivieron y murieron en territorio valtelinés, se impone como construcción admirada por todos y es como un jardín de flores que surge en esas tierras en gran parte aún sumergidas y desérticas.

¿Cómo se conseguía el dinero para los pagos? Dinero no había nunca o casi, sin embargo los trabajadores venían luchando para mantener u obtener su puesto y no se halló a nadie que se lamentase no haber sido pagado exactamente. ¿Quién pagaba entonces? ¡No hay duda alguna! Las miles de liras llovían de arriba de las tejas de la casa y quien las enviaba era siempre la Providencia.

Gradualmente, cada año, en los alrededores surgen habitaciones. Son familias del cercano pueblito de Verceia, continuamente amenazado de desaparecer bajo los desmoronamientos que caen desde las altas montañas. Son familias de la ribera derecha del río Adda, hasta Mello, que por fin comprenden que no hay ganancia en bajar muchos kilómetros desde las serranías para trabajar pocas horas en el plano que se vuelve cada vez más pobre al llevarse cada tarde una carga de leña, de abono y todo lo que un pobre burrito demacrado pueda cargar.

La inauguración de la colonia fue una gran fiesta que don Guanella celebró con sus compañeros, colocando detrás del altar de la iglesia, como recuerdo imperecedero, el querido nombre de cada uno, los ocho que aún viven y los tres que ya se fueron a mejor vida.

Lo que se quería era constituir una colonia con un buen plantel de vacas, de ovejas, etc. Por eso era necesario tener un campo de veranada en los Alpes para pastar. A tal efecto se compró a los parientes Guanella el lugar llamado Soretta en Monte Spluga. Tras sugerencia de don Guanella se construyó un local a usarse como lechería, que aún sirve a todo beneficio de aquellos montañeses y además sirve por un poco de restaurador descanso para las religiosas y los niños que el buen párroco Lucchinetti allá acompaña a gozar del buen clima, llevándolos desde su propio hospicio de Mese, cerca de Chiavenna.

Con el tiempo se incrementó el proyecto, en un principio apenas esbozado, de transformar la colonia en pueblo. Por esa razón y para que hubiera espacio para las nuevas construcciones, una gran parte del terreno fue vendido y el dinero obtenido fue enviado a Roma, sirviendo para las fundaciones de la iglesia de san José, que ahora es parroquia y es dirigida por los Siervos de la Caridad.

En el hospicio-asilo de San Salvador sigue el cuidado de unos cincuenta jóvenes enfermos mentales. Actualmente se espera construir también el cementerio y conseguir que la colonia sea reconocida como parroquia de parte de la ley civil, como desde años la ha reconocido la autoridad eclesiástica.

Sin embargo se me consienta terminar con una observación: raras veces la obra caritativa social de Pian de Spagna viene considerada como obra de beneficencia; por lo general la gente acude para recibir y no para dar. Muchas veces se producen malos entendidos y desilusiones, como ocurrió con la construcción de la lechería de Monte Spluga. Pero no se debe hacer caso, compadecer siempre, hacer el bien a quien nos paga mal y, si no se quiere perder méritos, tomar todo como proveniente de la mano de Dios.

## ***Capítulo XV***

### ***Dos fundaciones en Ardenno***

El sacerdote Luis Guanella había enfrentado sus primeras pruebas en Traona, cuando su propio hermano sacerdote Lorenzo de párroco decano en Roncaglia, pasó a párroco decano vicario foráneo en Ardenno. Allí trabajó veintisiete años hasta su muerte, que acaeció en Santa María de la Providencia, sector de los sacerdotes de la casa, el 25 de julio y asistido del propio hermano Luis. Hay que recordar que la hermana Margarita se dedicaba por completo a su hermano Lorenzo y jamás lo habría abandonado ni un solo día, pero, repentinamente, enfermándose del corazón, murió en los brazos de nuestra religiosa enfermera Sor Rosa Colombo, actual superiora de Santa María de Lora. La misma religiosa fue providencialmente encargada de cuidar la enfermedad de don Lorenzo, que falleció teniéndola a su lado.

Los despojos mortales del queridísimo hermano fueron reclamados por sus parroquianos y don Luis acompañó los tristes funerales. Para el traslado del cadáver habían venido de Ardenno el consejero parroquial señor Beretta y el reverendo párroco de Biolo, don Ludovico Vitalini, que fuera muy amigo del decano. El primo profesor Tomás Trussoni, en la iglesia del Sagrado Corazón en Como, pronunció el discurso fúnebre, posteriormente publicado.

La hermana Margarita nunca demostró demasiada confianza en las obras del hermano Luis. Se sabe que, cuando don Luis en Traona contrajo una enfermedad que se creyó grave, se preocupó pensando en que se habría tenido que asumir la carga de asistirlo, pero la Providencia dispuso que fueran las obras de don Luis las que al final ofreciesen ayuda a los siempre amados

hermanos. En la vida de Sor Clara Bosatta se lee cómo ella y Sor Marcelina fuesen invitadas para hacer algo de bien en la parroquia de Ardenno, pero se lee también cómo tuvieron que desistir.

El decano don Lorenzo habló un día al hermano don Luis: "Nuestro obispo monseñor Valfré me aconsejó proponerte la fundación de una de tus casas de providencia para los débiles mentales en mi parroquia. Yo te ofrezco 3000 liras". Contestó don Luis: "Esta Obra fue tan deseada por nuestro común amigo el párroco Acquistapace de Dazio y yo seguiré sus huellas y compraré la casa y la viña De Simoni, como tú me sugieres, por un valor casi regalo de 12.000 liras". La casa fue adaptada y ampliada y ahora hospeda algo menos de cien menesterosas mujeres, de toda edad y condición. En esa casa cada año se organizan ocho días de Ejercicios Espirituales para las jóvenes del pueblo y alrededores. También en ella funciona una escuela para infantes, subvencionada en parte por el señor Visconti; ahí, además, se encuentra el Centro juvenil festivo recreativo para las muchachas del pueblo, utilizando para ello algunas ayudas que de vez en cuando ofrecía el señor párroco.

Monseñor Valfré había dictaminado: "¡Ahora basta, don Luis!". Pero, poco después, volviendo don Luis de Roma, se sintió añadir del mismo obispo: "Si en Ardenno usted construye otra casa para enfermos mentales hombres, allá muy numerosos, yo le ofrezco 500 liras para la primera piedra". Nuestro decano don Lorenzo agregó: "Y yo ofrezco otras 3.000 liras para la compra de la casa y de la viña Buzón, que creo se puede adquirir por el precio de 10.000 liras". Así fue. Sin embargo la idea de internar a estos infelices difícilmente es aceptada por los lugareños. Los huéspedes de ambas casas por la mayor parte provienen de otras provincias y la caridad y paciencia con que se trata a estos infelices no son comprendidas.

La señora Faverio que, desde su casa en calle Tomás Grossi en Como, veía los cuidados que nuestras hermanas prodigaban a los enfermitos, decía: "El servicio otorgado por estas religiosas no solamente es heroico, sino tiene además un valor inapreciable".

Los cónyuges señores Reina, tras una casual visita a nuestras casas de Ardenno y en manera especial a la casa masculina, estaban llenos de admiración. La señora soltó en lágrimas y no parecía quererse calmar: creía imposible que las religiosas de la Providencia hiciesen tales milagros de caridad, que por otro lado eran normales para ellas y de todos los días.

Pío X, presentando con carta autógrafa el viaje de don Guanella a los Estados Unidos con vistas a una fundación, decía a todos y a cada uno que las hermanas de la divina Providencia cumplen milagros, o sea actos admirables de caridad. Sin embargo, si los corazones educados y bondadosos comprenden estos actos de bondad, hay también la mayoría de los demás que no comprenden y no quieren ver a los internos asilados y que quisieran prohibirles la entrada a la iglesia, haciendo ver su asco, como si se tratara de basura. ¡Qué lejos está este comportamiento del ejemplo de Jesús! El decía de sí mismo: "Yo soy un gusano y no un hombre, deshonor de los hombres y abyección de la plebe". Con estas palabras el último cardenal nombrado por

Pío IX, desde su lecho de muerte, alentaba a don Guanella a seguir en sus obras de caridad. Y don Guanella, a su vez, dirige este precioso consuelo a todos los miembros de los dos institutos. Es lamentable tener que recordar lo que se ha dicho, pero es justo que se le note, a fin de fortificar la fe en todos y en cada uno, lo mismo que la caridad, para que sean más eficaces. Todos debemos armarnos de paciencia, porque solamente a través del tiempo y de la paciencia los hombres se dejan persuadir en muchas cosas.

Por esto también se ha querido introducir en las Obras el periódico mensual La divina Providencia.

Este ya alcanzó diecinueve años de vida y trata de mejorar su presentación. Alguien objetará: "¿para qué un periódico? ¿No es suficiente confiar en la divina Providencia?". Se contesta: la prensa es la cuarta potencia del mundo y nosotros estamos obligados a valernos de aquellos medios que la misma divina Providencia nos ofrece. Don Guanella, recién empezando la Obra en Como, instaló ahí una prensa tipográfica a fin de poder esparcir en abundancia libritos y folletos al servicio de la Obra incipiente y de la causa del bien en general. A partir de esos humildes comienzos fueron creándose sucesivamente instalaciones completas de imprenta en las Casas de Como, de Milán y otras menos grandiosas pero de excelente calidad en Roveredo (Grisones) y en Gatteo (Romaña). Don Guanella creía pecado no valerse de este medio poderoso de difusión. El periódico La divina Providencia, bajo la dirección y las indicaciones de don Guanella, siempre encontró la simpatía de corazones buenos y de válidos y a veces excelentes escritores. Lógicamente se solicitó la autorización de la competente autoridad diocesana, que siempre fue bien dispuesta. El boletín tendrá sus diez mil lectores cada mes: deseamos ofrezca pastos saludables a muchos, como también que siga la invitación de Jesús, quien exhorta: "Todos vean sus buenas oras y cada uno dé gloria al Padre eterno que está en los cielos". Este es el motivo y la intención que me ha convencido a seguir dictando estas memorias históricas de la Casa de la divina Providencia. Siempre será grato a aquellos que querrán abundar con sus consejos y generosos auxilios.

En la Casa de la divina Providencia con particular interés se cultiva la Obra de los jardines de infantes. ¿Y cómo no podría serlo, si el mismo Jesús mostraba tanta ternura para con los niños y si su sucesor, Pío X, demuestra tanta preocupación para los chicos y si los santos, discípulos de Jesús, siempre quisieron a los niños como a la pupila de sus ojos? Es una Providencia que los párrocos, para alimentar a su pueblo, comiencen a partir de los jardines infantiles, en los cuales ponen a las religiosas que los guíen como madres llenas de ternura: ayudar a los niños gusta a cualquiera, porque ellos son inocentes y queridos angelitos.

Don Guanella se propuso, desde el principio, colaborar con los párrocos en su celo y en su pobreza, haciendo siempre todos los sacrificios y enviar así al personal más preparado entre las religiosas para que se desempeñaran como maestras, dejando para sus casas y para sus huéspedes el servicio de las demás religiosas. Deseo que esto se sepa porque es la verdad y es un acto de caridad digno de aprecio. Cada año y a manera de simple muestra se ha

publicado el juicio de competentes que asistieran a los ensayos de clausura de nuestras escuelas, tal como puede leerse, en parte, sobre las páginas de nuestro boletín (como ejemplo se puede leer el juicio formulado por la señora Magdalena Crosta Albini sobre los asilos de Pianello, Milán y otros).

En los jardines de infantes la mente y el corazón de la hermana se adiestra y se perfecciona en los variados oficios que se requieren en las casas de la congregación, cuando puedan ser sustituidas por otras religiosas. Don Guanella, generalmente dos veces al año, visita a los jardines y a los comités que los patrocinan. Otras veces envía una religiosa inspectora y dos veces al año, para la Navidad y la Pascua, reúne a las religiosas en las casas mayores, para escuchar las necesidades de cada una y proveer. Muchas veces don Guanella visitó los asilos, entregando a cada una de las hermanas un librito impreso, "El despertador", para que ellas aprendieran más fácilmente las directivas de sus superiores. La misma finalidad tenía otro librito con especiales y oportunas exhortaciones, entregado a las hermanas que peregrinaron a los Estados Unidos en Chicago.

Ahora se formulan votos y deseos en manera especial a los párrocos, para que, habiendo la Casa de la Providencia con todo gusto acudido a sus peticiones, ellos también demuestren con los hechos la sinceridad de sus deseos de prosperidad para nuestra Obra y se comprometan a enviar buenas vocaciones de hijas, firmes en inteligencia, corazón y salud, para ir sosteniendo los muchos ministerios de caridad que se ejercen en las casas de la divina Providencia.

Y no solo vocaciones femeninas, sino busquen también enviar vocaciones masculinas, de jóvenes que se sientan claramente llamados a la carrera eclesiástica, de jóvenes que se sientan capaces de dedicarse como hermanos legos a las muchas tareas de la casa. Nosotros no miramos a condiciones y a edad. Aún las vocaciones más humildes y de edad ya avanzada son recibidas como enviadas por Dios y capaces de cumplir un gran bien. En las dos congregaciones hay muchas clases de personas y en la Casa de la Divina Providencia se desea que haya providencia para todos.

Los reverendos párrocos y sacerdotes, leyendo nuestro boletín La divina Providencia podrán comprender cuál es nuestro espíritu y cuáles nuestras necesidades. Hay pueblos invadidos por el socialismo y la irreligiosidad, que a duras penas soportan la presencia de monjitas al cuidado de los niños: esto es una buena señal que no debe descuidarse. El venerable don Bosco enviaba a sus misioneros entre paganos y primitivos de América diciendo: "Gánense a los niños y llegarán también los padres. Eduquen con caridad y se abrirán paso en el camino de la evangelización.". Ahora bien: ¿quién no sabe que así como es difícil difundir el Evangelio entre paganos, también y aún más difícil es hacerlo renacer en los pueblos que de hecho lo niegan y lo pisotean?

La mies es mucha, pero pocos los obreros. ¡Roguemos al dueño de la mies para que envíe obreros a trabajar en su campo!

## **Capítulo XVI**

### **Comienzo de los Siervos de la Caridad**

Se ha dicho que el sacerdote Luis Guanella en sus primeros años de ministerio intentó recoger a jovencitos para prepararlos a los estudios eclesiásticos y esto en Campodolcino, en el palacio de Corti y además en Chiavenna, utilizando lo obtenido en una contienda entre varias municipalidades de la zona sobre el así conocido pozo Pasquée. Desde Savogno envió a algunos muchachos para estudiar junto a don Bosco en Turín, entre ellos su propio sobrino, el actual párroco de Carate Lario. Como se ha dicho él mismo se fue con don Bosco, y de este recibió encargos importantes en el Oratorio salesiano, que actúa en beneficio de muchos alumnos, recibiendo además la invitación a ponerse en marcha en búsqueda de vocaciones religiosas; invitaciones que posteriormente no tuvieron éxito por razones de fácil entendimiento. Vuelto a Traona don Luis comenzó el colegio del que se habló y en Pianello Lario tampoco depuso la idea, educando a algunos jóvenes de la familia Tobías Rattín, tirolés que acostumbra irse de un lugar a otro para vivir, siendo su ocupación vendedor ambulante.

El joven Domingo Montebugnoli vivía habitualmente bajo la custodia de don Guanella, aunque de vez en cuando emigrara hacia otras localidades de tierra, de mar, de naciones, ofreciendo argumento para escribir un extenso cuento de historias.

Por mientras en calle Tomás Grossi de Como se había empezado la construcción de las habitaciones para sacerdotes inválidos. Don Guanella sentía un vacío en su alma que escasamente pudo llenar cuando abrió una escuela-hospicio para estudios, posiblemente eclesiásticos, destinada a jóvenes y adultos que la divina Providencia hubiera enviado. Los primeros fueron Roncoroni y Vannoni, ya nombrados; fueron ordenados por el obispo de Como, en ese tiempo monseñor Andrés Ferrari. Siguieron de a poco otras vocaciones adultas, que habían interrumpido los estudios por circunstancias varias que nosotros juzgamos providenciales, porque está escrito que el hombre propone y Dios dispone, el hombre se afana y el Señor lo guía. Naturalmente los nuevos llegados, generalmente desde seminarios u otras congregaciones, debido a la necesidad de pobreza de la casa y a la voluntad precisa de los superiores, veían puestos a prueba por un tiempo indeterminado.

Para conocer sus disposiciones servían muy bien sus actitudes en el cuidado de los enfermos, en el vigilar la disciplina de los huérfanos y otros servicios similares. Al mismo tiempo acudían a sus estudios secundarios, de filosofía, de literatura. Prestaba su ayuda el profesor Zacarías Pozzini, quien, terminados sus estudios en el colegio Gallio y hallándose en estrecheces económicas, fue interrogado por su párroco de la siguiente forma: "¿Sabes leer? ¡Muy bien, hazte profesor!". Eso hizo y dejó buenos libros escritos, muriendo pobre entre los pobres en Santa María. Además colaboraba el buen anciano Guadagni, experto en letras; el sacerdote Juan Giovannini; el profesor canónigo Carizzoni; los sacerdotes Alejandro y Alcides Valli, don Lucca y otros, muy celantes y caritativos. Después de todas estas pruebas la Providencia disponía que

nuestros candidatos fueran ordenados por concesión bondadosa de los obispos, además que en Como, también en Milán, en Coira, en Mondoví, en Pavia y en Rovigo, fueron ordenados hasta veinticuatro de ellos, después que las casas de Como y de Milán pudieron hospedar algunos sacerdotes inválidos de esas diócesis. El hacer el bien a sacerdotes ancianos y bien dispuestos hacia la Casa de la Providencia siempre ha sido fuente de bendiciones.

Algunos sacerdotes murieron en edad avanzada y se espera que hayan bajado como piedras fundamentales en la construcción del Instituto de los Siervos de la Caridad. Los Siervos de la Caridad, gradualmente, en el transcurso de algo más de veinticinco años, fueron consolidando la Casa de la Providencia, que alcanza el número de casi trescientos huéspedes, al igual que la Casa San Cayetano en Milán; además, atienden las casas de Gatteo, de Fratta Polesine, de Ferentino, el colegio de Roveredo y las estaciones católicas (misiones) en los valles Grisonos de Rín y en Bregaglia, como se dirá más adelante. Un sacerdote, Juan Colombi, se trasladó a Chicago para una fundación y en ayuda a las religiosas de Santa María de la Providencia.

Había que enfrentar muchas dificultades: "¿Y estos jóvenes aspirantes al sacerdocio santo, serán verdaderamente llamados por Dios?". Se contesta: "Nosotros procuramos que la intención al recibirlos y al educarlos siempre sea recta; a lo demás el Señor proveerá". "¿Y si algunos no lo logran?". "¡Paciencia! Y que Dios los bendiga por otro camino". "¿Y si alguien, alcanzada la ordenación, abandonara la Casa?". "¡También entonces paciencia!, y que el Señor le conceda salvar a muchas almas en otro lugar". "¿Y los medios económicos?". "Si la Casa de la Providencia es la Casa de Dios, Dios bueno proveerá<sup>2</sup>. Algunos además son de inteligencia débil. Alabado sea el papa Pío X quien dijo a Don Guanella: "Vosotros necesitáis más sacerdotes de paciencia que de ciencia".

¿Tantos jóvenes lograrán sí, o lograrán no? ¿Y si no, la casa no estaría propiciando más el mal que el bien? También esto está en las manos de Dios. Quien hace yerra, dice el proverbio, y entonces no habría que hacer nada nunca. Hay además dificultades que nacen en los mismos aspirantes a la Casa: "¿Qué hago yo aquí?". "¡Tú haz lo que Dios te indique!". "¿Malgastaré mis años?". "Nunca es tiempo y trabajo perdido, cuando se emplea por amor a Dios". "¿Qué dirán mis parientes y mis conciudadanos?". "¡Haz el bien, y deja que hablen!". "¡Es muy pesado y largo el tiempo necesario para alcanzar la meta!". "¿Y qué son mil años frente a Dios? Tú implora con siempre más fervor que llegue la hora de la misericordia".

Al final demuestran a los parientes, a los amigos y a los bienhechores, en el día tan anhelado de su primera Santa Misa, la victoria de los perseverantes: son los obedientes los que alcanzan victoria. ¡No alimentes tu vanidad, siempre demasiada!

Las dificultades aumentan después, al comienzo del sagrado ministerio; por eso amonestaba Margarita Bosco a su hijo Juan en el día mismo de su primera Misa: "Hoy mismo empiezan para ti los dolores. Ni pienses siquiera en tu

mamá. Piensa más bien en tu ministerio y en las almas". Y con esto cerramos el argumento.

Nuestros Siervos de la Caridad tienen la oportunidad de hacer esta experiencia diaria: el Instituto necesita de jóvenes laicos que se conformen, haciéndose al mismo tiempo religiosos, en ejercer los oficios de enfermeros, de porteros, de jefes de talleres, de ecónomos y otros similares. Por eso buscamos jóvenes llenos de caridad, de celo, de abnegación. Tales jóvenes son una verdadera providencia y el Instituto trae de ellos, por sus válidos servicios, no pocas ventajas. Ellos participan, así como de los servicios, también de los cargos y se desea que su espíritu esté particularmente sostenido por santas prácticas. Ellos son escasos y difícilmente se encuentra, pero la divina Providencia nunca dejó faltar a los que necesitamos.

Muchos se preguntarán: "¿Pero a ese bendito don Luis Guanella, desde los comienzos de su carrera hasta hoy, quién lo guió?". Se puede contestar que todos, con oraciones y buenos consejos, pero que nadie con determinación firme y en forma especial. ¿Cómo podría entonces descubrir los proyectos divinos? La voluntad de Dios es que cada cual actúe con recta intención y buen corazón y en seguida el Señor se hace entender lo suficiente para actuar. ¿Pero no es verdad que muchos obispos se mostraron más desconfiados que favorables a las obras de don Guanella? Sin embargo nunca las condenaron abiertamente ni las prohibieron. Los superiores tienen el deber y el derecho de poner a prueba las vocaciones, como las pone a prueba Dios mismo. Tienen el derecho y el deber de examinar y posteriormente de juzgar. ¿Y si la sentencia fuese contraria? Entonces se debe tener paciencia y rezar, hasta que, Dios queriendo, el superior diga: "Haga la prueba, y haga el bien a su manera, pero bajo su responsabilidad, y si la empresa no resulta, usted tendrá plena reprobación". ¿Qué hacer? ¿No dice el proverbio que quien no serrucha no produce tablas, que quien no roe no come? Lo mejor es confiar en el Señor y hacer el bien. Al final. Como consuelo para quien espera, llegan las bendiciones del papa León XIII y las bendiciones abundantes con las ayudas generosas del Vicario de Jesucristo, el papa Pio X. ¿Qué más y mejor podría esperarse? Está escrito que Dios juega en este pobre globo terrestre. A todos aquellos que han observado el camino recorrido en la fundación de los dos institutos, les parece descubrir y tocar con mano el juego amoroso de la divina Providencia.

Es sabido que don Guanella durante años aprendió de don Bosco y del Cottolengo. ¿Y bien, a cuál de los dos siguió de manera especial? Pregunta difícil, porque ¿Quién puede proponerse seguir a uno u otro, o ambos juntos, de esos dos colosos? Se sabe que el Cottolengo es un milagro continuado y creciente, y que de palabra y de hecho sigue a Cristo que invita: "Busquen primero el reino de Dios y la perfección, que es Dios mismo, y todo lo que necesitáis para vosotros os será concedido por añadidura". Rezar y confiar en Dios y no pedir nada más: esta es perfección máxima y el Cottolengo hizo surgir una pequeña ciudad de siete mil pobres, además que otras casas sucursales: espectáculo maravilloso para los hombres y los mismos ángeles.

Don Bosco a su vez, siguiendo la invitación de Jesús que dice: "Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón", hizo resonar trompetas y tambores. Se gana los corazones, da vuelta por todo el mundo y con otro milagro de celo apostólico conquista los corazones de los hombres y dice: "Hagan ustedes también la caridad a los pobres de Jesucristo, y Jesucristo será su amigo y protector".

El espíritu del venerable Cottolengo y el espíritu del venerable don Bosco son ambos admirables y prodigiosos. Cada uno sigue su propio espíritu, que es el soplo divino, quien dona como quiere y a quien quiere los carismas de su divina gracia. El arzobispo monseñor Riccardi, presidiendo en Bolonia el primer congreso de los cooperadores salesianos decía: "¡Ay del Cottolengo, si siguiera el espíritu de don Bosco! Y ¡Ay de don Bosco, si siguiera el espíritu del Cottolengo! *Spiritus ubi vult spirat* (El Espíritu sopla donde quiere).

¿Y don Guanella cuál espíritu sigue? Sería presunción afirmarlo. El señor cardenal Andrés Carlo Ferrari, haciendo una comparación entre dos institutos milaneses, concluía: "Me gusta don Guanella, porque recibe sencillamente lo que le dan".

Por tanto el espíritu de don Guanella no tiene nada del excelso del Cottolengo ni de lo prodigioso de don Bosco. Las pequeñas obras de la Casa de la divina Providencia se arrastran como gusanos al suelo, mirando los vuelos sublimes de águila de aquellos, pero siguen humildemente su camino, dejándose guiar por la Divina Providencia.

## **Capítulo XVII**

### ***En los cantones Grisones y Tesino de Suiza***

Las Obras se conciben con una idea general. Posteriormente se aclaran y se focalizan los puntos más inmediatos y, finalmente, se ejecutan, haciéndolas presentes y reales.

Cuando era menor, el jovencito Luis Guanella veía a su propio pariente el sacerdote Gaudencio Bianchi, preboste de Campodolcino, buscar ayuda para fundar en Ander una estación católica; entonces pensaba de lejos: "¡Qué acción más bella!". Y cuando en la casa paterna la buena mamá hospedaba a algún protestante, que al día siguiente habría cruzado los Alpes para ir a su pueblo de Cresta, el villorrio más alto de Europa, repetía: "¡Qué pena me producen estos luteranos, que se han separado de la verdadera Iglesia su madre!". Y cuando, como párroco de Savogno, también daba alojamiento a algún protestante que igualmente traspasaba los Alpes, les repetía: "¡Vuelvan a la Madre Iglesia!", y despidiéndolos repetía: "No tarden en volver a la Madre común, la Iglesia de Roma".

El papá Lorenzo, el cuñado Sterlocchi y muchos otros, por razón de comercio y de transporte de mercaderías, estaban en constantes relaciones con el Cantón

Grisones. Otros parientes, amigos y parroquianos de Chiavenna hacían lo mismo, relacionándose con el Valle Bregaglia; entonces reflexionaba: "¿Por qué establecer relaciones íntimas para cosas temporales y tan pocas para la salvación de las almas?".

Don Guanella recomendaba a los parroquianos de Savogno y de Prosto: "¡No dejen que los protestantes los conviertan, sino ustedes conviertan a los protestantes!". Peregrinando a veces en Suiza, él inmediatamente hablaba de religión, pero los de Maloia y de otros lugares le contestaban: "Quien hace el bien encontrará el bien; nosotros no queremos hacer el mal a nadie".

En estos hechos de vida juvenil me parece ver como una lejana concepción de ideas, primer paso para llegar naturalmente al segundo argumento, que es llevar un poco de luz en la oscuridad del protestantismo. Durante los estudios filosóficos y teológicos el Guanella se concedía el gusto de refutar los errores protestantes y, llegadas las vacaciones, leía sendos volúmenes de artículos y estudios, hasta que la Providencia lo condujo a realizar su acción.

En el año 1897 el amigo y bienhechor, el médico doctor Fazzi, convenció a don Guanella a que fuese por un mes en las alturas de Monte Spluga, a fin de restablecer la salud, quebrantada por una pleuritis. Un día, estando solo y alcanzando la cumbre de los Alpes, vio abajo los valles y los montes severos del Valle del Rin. Rezó algunos rosarios y oraciones para la conversión de aquellos hermanos. Días después volvió al plano y estipuló contrato con los señores Giuliani y Tognoni, vecinos del Valle San Giacomo, Pallavicini de Milán, además que con el señor Trepp, concesionario del hotel Bodenhau. El contrato preveía la construcción de una iglesia católica en Splügen-Dorf, que posiblemente debía estar terminada por el día de San Vicente del año venidero. Así se cumplió: al comenzar el mes de mayo don Guanella con su buen amigo y bienhechor, el jefe de obras Antonio Annoni, subió a los alpes aún cubiertos de nieve y puso las fundaciones de la iglesia nueva, que logró ser inaugurada en setiembre en el día del nacimiento de la Virgen, a la presencia del obispo de Mónaco de Francia, vicario general de Besançon.

Un cierto Anzi, sobrino de nuestro recordado experto en líquenes, canónigo profesor del Martín Anzi, era cuidador de la casa cantonal del Rodolfo en el paso del Monte Spluga. Su mujer, copropietaria con dos hermanas del pequeño restaurante de Splügen-Dorf, ubicado al comienzo de la subida, había caído en tal desgracia de enfermedad y de abandono que, aceptada en la Casa de la Divina Providencia de Como, ahí fue asistida y, recibido el bautismo bajo condición, murió años después. Este buen acto de caridad fue muy beneficioso para la estación católica de Splügen-Dorf, porque, como se dijo, don Guanella puso las fundaciones y terminó la iglesia y, además, pensó comprar la casa que fuera restaurante a las dos hermanas, junto a un pedazo de terreno y al establo y construir ahí una casita, en la cual se acomodaron una docena de camas para utilizarla como asilo climático.

Estas casas a uso climático tuvieron el siguiente origen: se quería hacer algo de provecho en el pueblo natal de Campodolcino, a fin de contrarrestar un poco la emigración y de ofrecer una ocupación especialmente a las muchachas del

lugar y de otras localidades cercanas, creando puestos de trabajo. Por eso se constituyó una comisión, o sea una cooperativa de hombres residentes en Campodolcino y en Milán, con algunos sacerdotes nativos del lugar y que residían por lo general en Como. Tras la sugerencia del notario público señor Zerboni Pablo, de venerada memoria, se redactó un estatuto que aún circula en diferentes manos y en el cual se consignaba que don Guanella y sus religiosas de la Providencia eran los principales accionistas.

La actividad comenzó con trabajos de encajes de Cantú y la confección de sombreros de paja y otros. Se instaló en el palacio de Corti con la implementación necesaria y además se abrió una casa para curas climáticas a usarse en el verano por personas piadosas. Lo que se recaudaba con estas actividades iba a favor de la Obra de San Antonio. Pero al cabo de algunos años, debido a intervenciones de otras personas, la dirección pasó a mano del párroco local, con lo cual la Obra de San Antonio fue gradualmente decayendo, hasta que hoy no quedan que pocas cosas. Don Guanella retiró sus religiosas, pero la obra de los asilos climáticos siguió en Splügen-Dorf, en Ander, como asimismo en Promontogno y en otras casas, como Roveredo, Capolado y Menaggio. Sin embargo la ganancia, debido a que había que trasladar religiosas, no fue par a los esfuerzos y esto ya sea en sentido económico, ya sea en sentido moral, razón por la cual se terminó esa actividad en muchas partes. Donde aún continúa con provecho es en las estaciones alpinas de Promontogno y de Vicosoprano.

Aquello se debe mucho al siguiente hecho: el Instituto Grimm de Milán envió sus alumnas a Promontogno para tratamientos de salud y, posteriormente, programó edificar un gran complejo llamado Villa Pia y Villa Lodovica, previo acuerdo con don Guanella. Todo fue impulsado por la presencia de la magnífica y monumental iglesia de San Gaudencio, que se había construido allá mismo. Don Guanella, al traspasar el Maloia junto al constructor Annoni y al ingeniero Sartirana, desde años iba visitando las ruinas de la iglesia y abadía de San Gaudencio sobre Casaccia. Llegó el momento de poner mano a la obra y con esfuerzo perseverante o, mejor, con providencia muy tangible, pudo terminarse esa iglesia, una de las más bellas en el Cantón Grisones y en la Valtellina. El santo Padre Pio X regaló un grande y artístico altar en mármol. Cada año la Villa Pía, durante el verano, ofrece hospitalidad a no pocos personajes importantes, que contribuyen a acrecentar el decoro de aquel santo templo.

El obispo de Coira, Schmidt von Grüneck, fue el primero, desde la Reforma, en visitar el valle y administró la confirmación en esa iglesia, causando especial júbilo en los católicos residentes. También el prelado, al retirarse, estaba íntimamente satisfecho. El sacerdote Juan Colombi, director de la misión, partió en ayuda de otra fundación en Estados Unidos, en Chicago. Lo sustituyó, llamado desde la casa Divina Providencia, el sacerdote Samuel Curti, quien, esperanzado, empezó a dirigir la misión.

El obispo de Coira monseñor Battaglia fue muy generoso con nosotros y con todas las obras que se fundaron dentro de su jurisdicción. Sincero y bueno como siempre, desde el principio dijo: "Si construyen una iglesia en Splügen yo

les doy 3000 francos. Vengan a retirarlos cuando quieran". Poco después agregaba: "Me consuela el pensar que, en los primeros años de mi episcopado, casi no existían iglesias católicas en ningún valle y, ahora, no me queda que el valle Bregaglia al cual proveer". A esto, simplemente, contestó don Guanella: "Permítame intentarlo yo y bendígame". Y el obispo: "Le bendigo y también bendigo a los 7.000 francos que le daré por abrir una misión en el valle Bregaglia".

A medio camino entre Splügen y el valle, el párroco Schnüriger de Roveredo, insistía mucho para que se enviaran dos religiosas a Roveredo, necesitando un jardín de infantes. Fue él que nos abrió camino, ofreciendo su propia casa primero y después, la casa del capellán, en donde la señora Scalabrini nos ofreció el uso gratuito de una casa rústica que se había adaptado lo mejor que se pudo. Esa casa asiló también los primeros ancianos e inhábiles. El mismo párroco se presentó un día en la Casa de la Providencia, interponiendo también al obispo de Como monseñor Valfré, y dijo: "Desde casi cuarenta años existe un colegio para la enseñanza de jóvenes del valle Mesolcina, del Tesino y además de la Suiza alemana. La institución costó inmensos e ininterrumpidos sacrificios, pero ahora se viene abajo. Vayan, por caridad, los sacerdotes de don Guanella a sostenerla y yo también ofreceré mis ambas manos". El obispo de Coira por su parte contestó: "Hagan la prueba, pero me temo que será tiempo y dinero perdido. Estando las actuales circunstancias no puede sobrevivir un colegio en Mesolcina". Se comenzó la prueba y, años después, fue celebrado el año cincuenta de la fundación, pero no ya en los locales angostos de Santa Ana, cerca del santuario, sino en el mejor palacio, ex Schenardi de Mesolcina, palacio que se agrandó para uso del colegio, con varias construcciones, a orilla de espaciosos prados y viñas, con establos y depósitos de forraje según la costumbre y el estilo suizo. El colegio, siempre completo, tiene capacidad para setenta alumnos que frecuentan cursos primarios, técnico profesionales y secundarios.

También el asilo de ancianos fue ampliado. Se construyó una gran iglesia interna y alrededor se levantaron grandes construcciones con amplios sectores de patios. Además se compró otra casa rústica y terrenos cultivados con pasto para forrajear vacas, cuya leche sirve a los abuelos que, bien cuidados y alimentados, en número de trescientos, transcurren apacibles sus últimos días y se preparan a la muerte de los justos. También hay una sección para niños huérfanos de tierna edad, atendidos y educados por una maestra suiza religiosa.

Al mismo tiempo, en el centro del pueblo, sigue funcionando el asilo de infantes que se había comenzado en la casa del capellán. Pero se trasladó a la derecha del río Moesa primero y, seguidamente, a la izquierda del mismo río, en una gran construcción que antes fue establo, pero que se arregló y amuebló muy bien. Ahí acuden gozosos los niños del pueblo y los padres también, quienes, aunque algo tarde, al fin comprendieron que un asilo dirigido por la caridad es una providencia. Esos padres se muestran muchas veces orgullosos de las veladas y exámenes de sus hijos.

Los sacerdotes del valle Mesolcina detectaron muy a tiempo la necesidad de un periódico católico, aunque fuera semanal. Había que contrarrestar la prensa irreligiosa que, lamentablemente, llega a todas partes. El vicario de San Víctor, Savioni, que extiende su jurisdicción a todo el valle, persuadió a sus cohermanos párrocos a que se fundara el periódico El San Bernardino.

El obispo de Coira ofreció una suma de capitalización, creo 3.000 francos. Con esto se dio comienzo a una imprenta que sufrió muchos embates y peligros, hasta que se pidió a la Casa de Providencia de Roveredo asumiera su funcionamiento. Por la verdad la casa enfrentó muchas incomodidades, porque la maquinaria tuvo que ser trasladada desde un local en arriendo hasta el asilo de la Inmaculada, pero tampoco fue suficiente. Finalmente, para dar una ubicación definitiva, hubo que construir locales apropiados en la ribera izquierda del río Moesa, construcción que fue dirigida por el ingeniero Francisco Rusca de Bellinzona, queridísimo patriarca y casi padre de las obras de la Casa de la divina Providencia de Roveredo. De esta manera la dirección de la imprenta, que estaba en las manos de las hermanas, pasó definitivamente a manos de los Siervos de la Caridad del colegio Santa Ana. El periódico El San Bernardino continúa bajo la responsabilidad del primer comité que lo fundó.

En el valle Mesolcina desde muchos años la parroquia de Lostallo, relativamente poblada, estaba vacante. Como suplente hacía lo mejor que podía el director del colegio, hasta que se destinó como residente fijo al Siervo de la Caridad Juan Calvi. Este cumple ahí el bien, restaurando la iglesia parroquial y restaurando en Cristo también las almas de aquellos habitantes. Lo único que se advierte en todas las Obras recordadas es la verdad de la sentencia pronunciada por el Salvador, que la mies es mucha y los obreros son pocos. Roguemos entonces al dueño de la mies para que mande obreros en los campos listos para la cosecha.

No serán pocos los que preguntarán: "¿De dónde sacan los medios para construir y desarrollar las Obras?". Siempre se responde que el Señor ve y provee. Se acostumbra en nuestras casas rezar diciendo: "¡Providencia de Dios, provéenos!, ¡Corazón de Jesús, piénsanos!", y el Señor que ve, él mismo provee. La población que nos rodea, sin excluir a Roveredo, no pareciera comprender a fondo la eficacia de estas obras de caridad, pero al momento práctico y encarando personalmente a los ciudadanos de los dos Cantones, Grisones y Tesino, no niegan su oferta, que se solicita acercándose a su puerta una vez por año, mostrándose ellos además generosos en agradecer esos piadosos menesteres que se les ofrece en caso de enfermedad. Cada uno de nosotros cuida de hacer el bien a todos y el mal a nadie, sin inmiscuirse en luchas políticas. Nuestra política se esfuerza en imitar a la de Pío IX cuando decía: "Si los grandes del mundo tienen su política, yo también tengo la mía: Padre nuestro que estás en los cielos... y no dudéis de que esta política triunfará". Este es el empeño que nosotros quisiéramos mantener en cada una de nuestras Obras. Nos perdone el Señor, y nuestros bienhechores también, si alguna vez y por especiales circunstancias difíciles, nuestra naturaleza humana es reacia en cumplir. Consolémonos con aquello que nos dice el Señor: "¡Enójense no más, pero no quieran pecar!". Nos conceda el Señor un poco de

la mansedumbre y de la humildad del divino maestro Jesús; un poco del fervor de aquellos santos que supieron, con su bondad, ganarse el corazón de los hombres.

Y así del Cantón Grisones pasamos al Cantón Tesino. En Capolago el joven abogado Luis Rossi, invitado a asumir la presidencia del Cantón en Bellinzona, contestó: "Por amor a Dios y a la patria acepto el cargo, pero presiento que por amor a Dios y a la patria muy luego moriré". Y fue asesinado, como se sabe, en 1890. La mañana siguiente su madre, única superviviente, conocida la noticia, contestó, llena de fe: "Se haga la voluntad de Dios; voy a la iglesia a recibir la comunión y rezar por mi hijo y sus asesinos". Quiso después construir una artística capilla e inaugurar, en la casa preparada para el hijo, una escuela para infantes, ofrecida en propiedad y bajo la dirección de las Hijas de Santa María de la Providencia. Las hermanas hicieron más grande y adaptaron la casa, introduciendo además un asilo de ancianas, que siempre está completo. Adquirieron también un terreno, ubicado donde termina el lago, con el fin de conseguir un lugar más cómodo; pero siempre duele abandonar a un mártir de la fe y a una madre valiente y fuerte, como la mujer de la cual habla la Sabiduría.

En el Cantón Tesino se presentaron muchas invitaciones para jardines infantiles, para una iglesia en Lugano, un asilo de ancianos en Locarno y muchas solicitudes más, todas cordiales, pero se lamentó que, debido a la falta de personal, no se pudiera aceptar sino la dirección de un jardín en Cadro y disponer de un grupito de hermanas para el servicio del seminario diocesano. La demanda de hermanas para jardines, asilos, hospitales, está demostrando que en la sociedad del Tesino se siente la necesidad de volver al antiguo, y se siente profundamente algo como una recapacitación, para seguir la invitación que Pio X, desde su asunción a la sede pontificia, hizo a todos: la necesidad de *instaurare omnia en Christo* (restaurar todas las cosas en Cristo).

El Cantón Tesino, Lugano y Capolago en especial, habían alimentado grandes fuegos de insurrección, que se habían extendido a Italia y a naciones vecinas, en contra de la Iglesia y de la sociedad. Dios quiera que en frente al monumento del Libre Pensamiento surjan numerosos monumentos de la fe y de la caridad cristiana.

## **Capítulo XVIII**

### **A la conquista de Milán**

Milán, la capital moral, estuvo por largos años en la mente y en el corazón de don Guanella. Cuando, echado de su tierra, se vino para ir a Milán, como se ha dicho, se atrevió a contratar un terreno donde ahora surge el monumental templo del Corpus Dómini; en ese tiempo la familia Pallavicini de Morbegno-Traona habría vendido el terreno al precio de una lira el metro. Volvió don Guanella después de unos meses y se le respondió: "Ahora esos terrenos valen por lo menos siete liras el metro". Hoy en día los propietarios responderían: "Ahora esos terrenos valen más de cien liras por cada metro cuadrado". En esa ocasión se echó al olvido toda pretensión, para quedarse con la parábola del granito de mostaza y pasaron quizás doce años antes de volver a poner pie en la calle Saronno de Milán, en las cercanías de los pozos negros.

¿Y el permiso de la autoridad eclesiástica? Aquí es necesario hacer una digresión.

Don Guanella, sumergido en los ajetreos de sus fundaciones, casi no tenía tiempo para estudiar los deberes y los derechos del Código Canónico. ¡Hagamos el bien, que tanta falta hace! ¿Quién haría caso a dos mujercitas, casi monjitas, que se instalan tan pobremente? Además el cardenal arzobispo Ferrari, antes obispo de Como, conocía muy bien la Casa y las obras. Cuando la institución se consolidara, entonces se habría solicitado el permiso: en las obras de bien es suficiente que el superior legítimo no desaprobe abiertamente. Un palmo de terreno para sembrar un grano de mostaza siempre se encuentra, especialmente en las grandes extensiones de una capital. Don Guanella había estudiado las obras de don Bosco y del Cottolengo en una ciudad capital. ¿Cómo podía no concebir una santa envidia? ¿Y sabemos nosotros lo que la divina Providencia querrá de una Obra naciente?

Una cierta Sor Fusi, de Musso, rechazada por Monseñor Comi, decano de San Ambrosio, superior de las Ursulinas, vino a solicitar aceptación a la puerta de la Casa de la Providencia en Como. Fue admitida y se transformó en la pionera de muchas fundaciones, razón por la cual monseñor Comi tuvo que confesar: "Teníamos un pequeño tesoro y no lo hemos detectado". La enviada de la divina Providencia fue, en las obras de Milán, la maestra que fundó los jardines infantiles antes en calle Saronno y después en calle Ravana, para pasar seguidamente a calle Lecco y calle Capuchinos, donde se agregaron las primeras experiencias de asilos para ancianas.

Se asumió también la dirección del jardín de calle Capuchinos, donde tanto trabajó la hermana sor Luisa Dell'Acqua, la cual predijo el día de su muerte y se fue al cielo dejando en herencia preciosas virtudes religiosas. Más tarde se tomó en arriendo la casa Lanza, donde está ahora el Instituto San Cayetano, y por último se pensó en adquirir la casa del Clero, que era administrada por los sacerdotes ancianos y enfermos que la habitaban. La adquisición se efectuó así: el Revdo. Padre Beccaro fue el primero en tratar la compra-venta, para la

cual se pedían 160.000 liras. El Padre Beccaro se retiró del negocio. Don Guanella se topó casualmente con el canónigo don Ambrosio Belgeri, miembro de la comisión de la casa del clero, y le preguntó si quería comprar dicha casa. "Sí – contestó don Guanella – pero yo no quiero pagar más de 100.000 liras". "¿Y las tiene usted para pagar?". "Pero, reflexione usted... el dinero no es que tierra y la tierra se encuentra en cualquier lado...". Se cerró el contrato por 110.000 liras. Con dificultad don Guanella recogió de las distintas fundaciones algunas monedas por un valor de alrededor de 3.000 liras y con eso se pudo estampar las firmas del contrato.

Meses más tarde sor María Tognoni hizo su ingreso en la casa, muy confiada y junto a sus cohermanas; era próxima la Navidad. El párroco de San Joaquín, don Biraghi, preguntó a la monjita pequeñita y gibada: "Ha entrado usted, pero ¿ha pagado la casa?". Y la monjita, simple y llena de fe, contestó: "El Señor sabe que somos hijas suyas y Él proveerá". Sonrió el buen cura, miembro de la comisión, y concluyó: "¡Adelante, adelante!".

Pasaron más meses y los dos esposos Rovida vinieron a hospedarse, trayendo una discreta suma y se pagaron 30.000 liras. Una generosa señora dejó otras 40.000 y de esa forma, en tiempos reducidos, se terminó de pagar lo que se debía.

Se acercaba el centenario de San Ambrosio el Grande. Entonces se pensó: "San Ambrosio es el gran amigo de los pobres: ¿no vería con agrado que se alargara este templo que él mismo fundó? ¿Y no le gustaría y no ayudaría en la ampliación de los locales para sus pobres?".

Las primeras en inaugurar las fiestas centenarias fueron las religiosas, que hicieron más grande de un tercio la iglesia y que siguieron orando por la ampliación de la ex casa del clero, casa que, después, tras consejo del señor cardenal arzobispo Andrés Ferrari, fue llamada Pía Casa de los Pobres.

Prosiguieron las fiestas ambrosianas.

El eminentísimo cardenal entre las iglesias que los peregrinos debían visitar incluyó también la de San Ambrosio ad Nemus, que fue así meta de peregrinaciones sagradas. El anexo convento, que conjuntamente a la iglesia, fue declarado monumento el año pasado por decreto ministerial, sirvió de hospedaje a favor de los peregrinos, los que encontraron cordial atención. Por la ocasión centenaria se procuró, en la medida posible, publicar noticias sobre el templo y el convento, difundir una hagiografía ilustrada de San Ambrosio y otras memorias, para que los peregrinos tuviesen abundantes recuerdos de las fiestas conmemorativas y todos en general tuviesen motivo de edificación. Todo lo cual sirvió para despertar mayor veneración hacia el Santo y mantener viva la admiración hacia los hijos de San Ambrosio, porque los religiosos que él fundó y que se llamaron ambrosianos muy bien saben que aquí venía a menudo su fundador y padre y no es improbable que aquí se quedase bastante tiempo para escribir los tomos de sabiduría que le merecieron ser reconocido como Padre y Doctor de la Santa Iglesia.

Las queridas memorias fueron después recogidas, estudiadas y completadas con mucha seriedad por el Siervo de la Caridad Jacinto Turrazza, en un volumen que se editó en el presente año 1914 en la imprenta del Instituto San Cayetano, que está a un costado de la Pía Casa de los Pobres.

Mientras se desarrollaban los festejos, al mismo tiempo fue madurándose el proyecto de extender la Pía Casa de los Pobres, lo que se pudo concretar en forma providencial.

Hemos nombrado al jefe constructor señor Antonio Annoni. Este, muy solícito, comprendió e hizo suya nuestra idea; habló con sinceridad y bondad diciendo: "Confíen en mí y déjenme libre para ir adelante y yo haré grande el hospicio-convento de San Ambrosio Ad Nemas".

El ingeniero señor Antonio Casati preparó el proyecto y el señor Annoni lo realizó en dos años, extendiendo así las construcciones de tres pisos, hasta permitir la capacidad de hospedar a más de doscientas huérfanas y ancianas, hijas pobres del pueblo. El Señor De Bernardi agregó un gran lavadero, dotando la casa de locales modelo para cirugía y transformó asimismo varios salones del antiguo convento, que se utilizaron para el asilo, que se agrandaba cada vez más, sin tener nunca vacantes disponibles.

Surgió entonces la necesidad de pensar algo para los hijos y ancianos pobres del pueblo, que los Siervos de la Caridad habían empezado a recibir en la Casa Madre de Como. Se había tomado en arriendo la mayor parte de los locales de la casa Lanzan, locales muy espaciosos que sirvieron como hilandería primero y posteriormente como fábrica y laboratorio de astas doradas.

Aconteció que, a causa de quiebra, el local fue puesto en venta. Habría sido empresa casi imposible querer comprarlo, por falta de fondos. Pero el señor Annoni proveyó a cursar la mayor parte de los trámites, suscribiendo un grueso préstamo con la Caja de Ahorro de Milán; de esa manera los Siervos de la Caridad llegaron a ser dueños de la fábrica completa, separada por dos grandes patios cuadrados.

Es cierto que el Plano regulador de la ciudad decretaba la demolición de la mayor parte de las construcciones existentes, pero se pensó que la Providencia hubiera ayudado a encontrar una solución; mientras tanto trescientos corazones de niños y de ancianos, que constantemente habrían rezado, atraerían la mirada bondadosa del Padre Celestial sobre los asilados y su casa. Se espera poder vender. Desde algún tiempo se iniciaron prácticas, pero Dios trabaja en poco tiempo. No es justo que la Providencia de Dios sea anticipada por el hombre o que sea muy urgida.

Nuestro amado bienhechor Antonio Annoni, volviendo a su casa, fue sorprendido, como se dijo, por un síncope, que en cortos días lo llevó al sepulcro. Don Guanella estaba ausente en Roma y logró hacerse presente sólo para los funerales. La Providencia dispuso que cuanto no se pudo hacer para con el padre, se pudiese cumplir con creces, después, para con la hija Carolina, que, afectada por una larga y dolorosa enfermedad, pudo obtener del

santo padre el privilegio grande de la celebración eucarística en la pieza contigua y más veces por semana, hasta que murió en la paz del Señor el día 6 de marzo de 1914.

En ayuda a la Pía Casa de los Pobres surgió un Comité de señoras y de caballeros simpatizantes de la obra, que se comprometieron todos en tasarse con 5 liras anuales, haciéndose así socios efectivos, mientras otros socios, llamados beneméritos, ofrecen cualquier otra cantidad. Todos además prestan apoyo moral, consistente en ayudar y buscar ayuda para la Obra, sea mientras vivan como después de muertos, a los conocidos y amigos. Este comité se constituyó por iniciativa del dignísimo canónigo Carlos Brera, que nunca dejó de querer y de cooperar en el sostén de la Pía Casa. De esta manera y de otras formas la Providencia divina nos trajo los bienhechores, cuyos nombres, a perpetua memoria de oración y de sufragios, están esculpidos sobre placas de mármol en los pórticos monumentales de la Casa. Ellos gozan de las ventajas espirituales provenientes de las oraciones y del mérito de las buenas obras que se cumplen en todas las Casas de la Divina Providencia. Visto el buen éxito del pío comité de Milán, se quiso llevarlo también a Como, en apoyo de aquellas Casas, y en breve tiempo alcanzó un buen número de alrededor de setecientos socios, a los cuales, como ya en Milán, se dictan conferencias mensuales y otras extraordinarias durante el año, a fin de aunar y animar siempre más el grupo de asociados. Lo propio se intentó también en Roma, pero hasta ahora con menor fruto.

Estos comités, donde pueden obtener vida pujante y continuada, serían llamados a ejercer en parte la función y las ventajas de los Cooperadores salesianos, los que en forma sencilla fueron bendecidos por Dios y llamados a desarrollar sus obras y a establecer contactos entre los dos mundos, de Europa y de América, a favor de las obras de Don Bosco.

Es importante resaltar un hecho: por lo general los ciudadanos tienen estimación hacia Obras que se constituyen en entidades morales y mucho menos consideran a aquellas obras que, por motivos razonables, con su propia constitución, mantienen su autonomía. Conviene recordar que el Santo Padre León XIII recomendaba en manera especial a la consideración y al apoyo público las instituciones autónomas y estos por razones de fácil comprensión; esas obras, de hecho, liberadas de muchas vinculaciones, pueden caminar en forma más expedita en el espíritu de sacrificio, más eficientes al emplear sus propias energías. Cada persona de juicio imparcial puede pronunciar, al respecto, su propia opinión.

Su eminencia el cardenal Andrés Carlos Ferrari visita la Pía Casa de los Pobres y el colindante Instituto San Cayetano y esparce la suavidad de su palabra y enciende resplandores de luz y el calor de aquel apostólico fervor que siempre lo invade.

Raras veces las hermanas de la Casa extienden su mano para pedir el óbolo de la caridad, pero, si ocurre, los buenos milaneses responden con ánimo bueno y siempre generoso.

## **Capítulo XIX**

### **A Trecenta**

Trecenta es una parroquia grande, pero lamentablemente invadida por socialistas, alentados desde mucho tiempo por el médico del lugar. El socialismo amenaza con exterminar todo sentido de fe y de sobrenatural.

Un señor, Tulio Bellini, cristiano chapado a la antigua, tras mucho insistir, obtuvo el servicio de las monjitas de la Casa de la divina providencia para la dirección del asilo de infantes, de una escuela técnica femenina y del oratorio festivo también femenino. El reverendo vicario don Segundo Porta de Villanova al Ghebbo puso a disposición una discreta casa, pero poco después el señor Bellini ofreció un pedazo de terreno y se pensó entonces vender la casa y construir otra más grande y apta para las obras requeridas. Seguidamente se añadió la obra del hospicio a favor de unos cuarenta pobrecillos, que acude de los pueblos vecinos.

A su vez el señor Tulio Bellini ofreció un local más grande aún, para que sirviera de jardín de infantes y en él pudiese funcionar el oratorio festivo. No contento aún, hizo construir una capilla muy devota, dedicada a las apariciones de la beata Virgen de Lourdes.

La fiesta de la primera aparición, el 11 de febrero, se hizo muy popular. La precede un triduo de predicación y en el día aniversario se celebran funciones, con gran rifa de beneficencia a favor de la Obra.

La Casa de Trecenta promete muy bien y deja esperar sea el principio de un despertar de fe en aquella localidad.

## **Capítulo XX**

### **En San Casiano del Meschio y en Gatteo de Romaña**

El buen cura de San Casiano, Luis Pozzobon, muy activo y de buen corazón hacia sus parroquianos, fue el impulsor principal de la creación del hospicio Pío X y del anexo jardín, con escuelas técnicas de trabajo y el oratorio festivo. En 1903 se colocaron las fundaciones y crecieron muy rápidamente. Pero a causa de la lejanía de la Casa Madre y de la injerencia, que entre tanto se había entrometido, por nada acorde con el espíritu de las Obras de la Casa de la Divina Providencia, el hospicio se enfrentó con dificultades e impedimentos tales que en parte obstaculizaron su buen crecimiento.

Esta es una lección, como del resto habíase notado en otras partes, que debe poner más prudentes los interesados.

Llegaban peticiones para encomendarnos también obras ya comenzadas. Una de estas es la Pía Obra de niños pobres en Gatteo de Romaña. El sacerdote Luis Ghinelli, del cual se editó una biografía de fácil lectura para todos, animado de mucha caridad, de paciencia y de celo, continuaba protegiendo, desde muchos años, a treinta y tres niños pobres, en homenaje a los treinta y tres años de edad de Jesús Salvador. Enfrentó pruebas grandes y diuturnas, hasta que llegó en ayuda el socorro de nuestras hermanas y de nuestros sacerdotes, aunque ellos también enfrentaron adversidades y contradicciones de parte de terceros. Esto nos convencía siempre más que las Obras de Dios deben ganarse a través de méritos de fe, de paciencia y de sacrificios.

Siempre he experimentado que las Obras de Dios deben tener como base el sufrimiento.

El sacerdote Ghinelli, algunos años después de nuestra llegada, cayó gravemente enfermo y tras una larga y penosa enfermedad expiró en el beso del Señor, dejando ejemplo de santas virtudes. Dejó un heredero, monseñor Bassi, vicario general de Cesena, ex párroco de Gatteo; él también, después de algunos años, llegó a acordarse con la Casa divina Providencia. Entonces a los pabellones de los niños pobres se pudo agregar un pabellón para ancianos y otro para ancianos y enfermos. Posteriormente surgió un local apartado para mujeres ancianas, junto al departamento de las hermanas de la Casa de la Divina Providencia, invitadas a dirigir los variados servicios.

Gran número de hombres de Gatteo aprovecharon de la educación impartida por el Instituto, recibiendo frutos de fe y de progreso familiar. Actual director es el sacerdote Martín Cugnasca, doctor en Derecho Canónico, escritor y director del periódico trimestral destinado a difundir la devoción del pan de San Antonio y del Inmaculado Corazón de María y a proveer el pan de cada día para el cuerpo y el alma de todos los que son huéspedes en el Instituto mismo.

Don Guanella siempre estimó oportuno y útil para los hombres de fe que se publicaran los actos virtuosos, extraordinarios y heroicos de aquellos cristianos que fueron luz y fuego en el camino de la perfección. Por eso le interesó recoger esas florecillas de virtud en la vida y en los ejemplos santos de don Luis Ghinelli, para ponerlos en conocimiento de todos.

Un sacerdote nuestro, don Felipe Bonacita, asistió a don Ghinelli en su enfermedad, aunque el deseo ardiente del enfermo fuese poder tener la presencia de don Guanella. Pero este no pudo porque también estaba en cama en su residencia de Como. ES muy recomendable la biografía que vio la luz en esa imprenta de Gatteo y que nuestro sacerdote Martín Cugnasca escribió en bello estilo.

## **Capítulo XXI**

### **Roma, Tierra Santa y Estados Unidos**

Siempre fue deseo de don Guanella el viajar a Roma y lo más posible. Estando el predicador don Luis D'Antuono en Pianello Lario, ocurrió que los cónyuges Bernardo y Sofía Calvi le comentaron que deseaban viajar a Roma, pero que no encontraban compañero. Les respondió D'Antuono: "Dicho y hecho: ustedes dos pongan la materia y don Luis Guanella pondrá el espíritu". Los dos no comprendieron y al día siguiente volvieron de Dongo a pedir explicaciones, y de esa manera se concertó el primer viaje de don Luis a Roma.

Un segundo viaje se efectuó con el gasto de 80 liras, comprendiendo una permanencia de ocho días. Intento de don Guanella era ver posibilidades de instalarse con algunas fundaciones en la Ciudad eterna, pero todo resultó inútil, a pesar de las cartas de presentación de una religiosa, hermana del sacerdote Rossi quien muriera entre nosotros. El cardenal Parocchi, al cual se dirigían las cartas, contestó que no se otorgaba permiso para nuevas congregaciones en Roma; por eso hubo que dejar pasar algunos años.

Entre tanto don Guanella se hizo peregrino en Tierra Santa, en donde se le ofrecería, de parte de un obispo de América del Sur, un terreno, una construcción y un capital adecuado, si hubiese instituido una fundación de religiosas para custodiar el sagrado suelo llamado Hortus conclusus, en las afueras de Belén y más allá de las tinas de Salomón. Surgieron malos entendidos: don Guanella no le creyó demasiado al expositor, aún cuando volviese a repetir su oferta una vez de vuelta a casa; así la fundación pasó en poder de las Hermanas del Huerto, fundadas por el obispo Gianelli de venerada memoria. En lugar de las Guanellianas fueron las Gianellianas, que esperamos hagan un bien grande para la exaltación de aquellos Lugares Santos y para las almas en la Iglesia del Señor.

Intento de don Guanella, al emprender el viaje a Tierra Santa, era ver si Dios lo hubiese querido allá con una rama de sus fundaciones.

Plugo al Señor, años más tarde, permitirle cruzar un mar más grande, el Océano Atlántico, para preparar las fundaciones en los Estados Unidos, en Chicago. Sobre esta fundación se puede leer todo aquello que se escribió del viaje en el boletín La divina Providencia.

Por ahora aquí creo oportuno repetir nuestro agradecimiento hacia la Obra Scalabriana, que nos ayudó muchísimo. ¡Quién lo hubiera dicho! Más de una vez don Luis Guanella había elevado peticiones a Scalabrini, cuando prior de San Bartolomé en Como, para que le ubicara un lugarcito en el cual hacer algo de bien en la ciudad y le contestaba Scalabrini en son de broma: "Tú eres demasiado revolucionario". Pero, recordando don Guanella estas palabras a monseñor Scalabrini en Roma, pocos meses antes de que este muriera, le

contestaba: "todos somos títeres de la Providencia: dejémonos manejar por ella y hagamos el bien que nos es posible".

## **Capítulo XXII**

### **Medios de Providencia**

Regla fundamental de las Obras de Providencia es asegurarse primero que la Divina Providencia quiera de nosotros una obra. La manera para cerciorarse es la siguiente: formarse la idea de la obra; madurarla poco a poco hasta que quede clara en nosotros en todas sus componentes, en su desarrollo y logre así presentarse al entendimiento y a los afectos del corazón como obra concluida. No contentos con todo esto, al echar mano de la obra, en su comienzo hay que ser muy cuidadosos, hay que experimentar proporcionalmente a los medios disponibles en ese momento, para garantizar el efecto. Se proceda de forma tal que de cosa nazca cosa y que el Señor provea poco a poco. También se debe, de alguna forma, prever que los superiores se mantengan en posición a lo menos pasiva. Así, paso a paso, se comprende el camino.

Se eleva el edificio colocando piedra tras piedra, hasta que, terminado, los superiores manifiesten su complacencia. Es importante comprender que los superiores deben responder por sus súbditos y tienen el deber y derecho de vigilar sus pasos. Es preciso poseer la virtud o a lo menos la persuasión de que no se debe hablar mal nunca de los superiores, porque la autoridad hay que defenderla, y sería un defecto y hasta una culpa abandonarse a interminables quejas. Si el superior manda terminantemente suspender, entonces se suspende y se reza y se manda rezar, para que el Señor ilumine al superior respecto de una obra que se cree proceda de su voluntad.

Por lo que se refiere a los medios materiales, hay que fundarse en la promesa del Señor: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia; todo lo demás lo recibiréis gratis". Tampoco hay que olvidar la parábola del grano de mostaza. Lo mismo por lo que se refiere a las personas hay que tomar en cuenta el aliento que el Salvador divino infundía en sus apóstoles: "Ustedes son un pequeño rebaño, pero no tengan miedo, porque su Padre celestial se ha complacido en darles un reino".

¿Y cuál es este Reino? Es el reino de los corazones. Cuando un pobrecito frente a los ojos del mundo está sin medio alguno, pero confía en el Señor, entonces la gracia de Dios moverá los corazones y le enviará su ayuda. En esto tampoco hay que juzgar según el criterio humano sino de la Providencia de Dios, que es dueña de escoger las personas, los medios, los modos que mejor le parezcan. ¿Qué te importa si, para cultivar tu campo, el Señor te envía simplemente un instrumento de fierro y no más bien uno de plata o de oro? Mientras tú sepas que los instrumentos de fierro sirven mejor...

El Señor, enseña San Pablo, escoge con preferencia *infirmi mundi*, o sea las personas humildes por sabiduría, por edad, por fuerza corporal y espiritual; prefiere *infirmi mundi* por pobreza y también por carecer de la estimación común; *infirmi mundi* para que todos nos convenzamos que quienes actúan no somos nosotros solos, sino la gracia de Dios quien, por suma bondad suya, se digna actuar a través del hombre: del hombre que esté convencido de que la base de cada buen proceder es Dios y él no es nada, porque Dios es perfectísimo y el hombre lleno de defectos.

Se recibirán muchas críticas, pero Gersón nos advierte que las palabras de los hombres son palabras de una pluma que vuela en el aire, no de una piedra que cae de arriba para aplastar. Las palabras ni hieren ni quiebran las piedras.

## **Capítulo XXIII**

### ***La Providencia en Belgioioso, Livraga y Fratta Polesine***

La casa de Belgioioso tiene algo de providencial en este sentido: la hermana Sor Pini, llegada a ese pueblo con otra compañera para mendigar algo a favor de nuestros pobres, se encontró con el párroco Scotti, quien, no conociendo aún nuestras obras, quiso enterarse detalladamente a través de las hermanas peregrinas. Entendida la cosa, propuso recibir en su parroquia una casa de Providencia y que fuera dedicada a San José, el proveedor de la Sagrada Familia y del mundo entero. Así se originó. El mismo párroco se dio mucho trabajo para que se transfiriera a nuestras manos la casa de Belgioioso en la cual antes había pasado una noche José Garibaldi.

Poco a poco se llenó de huéspedes de uno y otro sexo, separados por la iglesia actual, la que se obtuvo con la transformación de una caballeriza. La casa tiene capacidad para unas cien personas y fue levantándose y adaptándose con agregados nuevos en muchas etapas: fue un trabajo más caro que construir de la nada, pero de todas formas había que intervenir a medida de las fuerzas y de los tiempos y de los modos que la Providencia sugería.

Mucho influyó, con su autoridad, monseñor Riboldi. Deseó que fuese recordado también el rector del seminario de entonces, el actual monseñor Maffi, arzobispo cardenal de Pisa. Por muchas razones se dejó la dirección general en manos del párroco, conjuntamente a una cierta cual autoridad para administrar. Fue así como él quiso, además del hospicio, dar comienzo a un jardín de infantes, al oratorio festivo masculino, al centro cultural juvenil masculino, cosas que causaban muchas molestias a la comunidad religiosa, creando litigios que fueron llevados a Roma y que trajeron al Instituto un daño de algunos millares de liras.

Las hermanas, en este pleito, demostraron ejemplo de mucha caridad y abnegación, pero el hecho llevó a la conclusión que es necesario para una comunidad de religiosas una amplia autonomía, porque las intromisiones

externas son tan nocivas como en una colmena la introducción de elementos y de seres heterogéneos.

A raíz de lo anterior se tuvo que eliminar poco a poco también el jardín infantil, el oratorio festivo masculino, como ya antes se había hecho con el centro cultural católico.

Debido a la cantidad de pedidos se consideró conveniente crear, también en la casa de Trenno Milanés, el sector de ancianos hombres; así la casa de San José en Belgioioso, transformada a nuevo en casi su totalidad, ahora sirve exclusivamente como hospicio femenino, a favor de toda clase y edad de hijas pobres del pueblo.

Muy admirable es el viejo doctor César Bazzi, personaje muy querido por su actitud patriarcal, por su competencia médica, por la generosidad de su corazón verdaderamente paterno. Viejo ya, cuando se retiró de la actividad, no quiso renunciar a la cura gratuita de nuestros enfermos, junto a los cuales todos los días pasaba una hora de asistencia médica, al tiempo que de entretenimiento.

La divina Providencia se manifestó también en Livraga de Lodi, lugar en el cual el párroco Sante Peviani, que había dirigido un curso de Ejercicios Espirituales a las hermanas de Santa María de Lora, quiso a toda costa un grupito de religiosas para jardín de niños y escuela de corte y confecciones, en la casa ex convento de las Ursulinas y que había pasado a poder de los esposos Teresa y Julio Vanazzi. Ellos, por deuda de conciencia, ya que había recibido del fisco ese local, lo traspasaron a la Casa Divina Providencia a cambio de una suma fija a pagárseles, mientras viviesen.

Se creyó conveniente nombrar como beneficiario también al párroco local, quien, como ya en Belgioioso, también se permitió algunas injerencias de más, lo que no favoreció un mejor desarrollo de la casa-hospicio Santa Teresa, que con el pasar de los años poco creció. Esperemos mejor en el porvenir. Ahí continúa asistiéndose un grupo de ancianas y un gran jardín infantil, una escuela técnica de trabajos y el oratorio festivo femenino.

Donde la Providencia se mostró de manera bien evidente y eficaz fue en la diócesis de Adria, provincia de Rovigo. El sacerdote don Fernando Geremía, párroco de Villadore, se presentó una tarde en la Pía Casa de los pobres y suplicó se aceptara a dos buenos sacerdotes, caídos en pobreza e imposibilitados a moverse. Se aceptaron y se asistieron con respeto y cariño hasta su muerte, acaecida años más tarde. Este hecho conmovió mucho a su excelencia el obispo Antonio Polin, el que abrió las puertas de su seminario en Rovigo, en el cual finalmente fueron educados y conducidos al altar veinticuatro de nuestros seminaristas de la Casa de la Divina Providencia.

El mismo párroco Geremía nos aconsejó la adquisición de un grandioso palacio puesto al medio de extensos terrenos, apto para una casa-hospicio en el Polésine.

El reverendo arcipreste Juan Bautista Baroni ofreció para ello la suma de 10.000 liras, y entonces se procedió a comprar dicha casa y terrenos al precio de quizás 40.000 liras. El Señor arcipreste, por la edad avanzada y la escasa salud, ofreció sus dimisiones y quiso entrar en la casa de Fratta Polésine, haciéndose Siervo de la Caridad. Ahí murió después de algunos años, confortado por las hermanas y los sacerdotes, tras larga y dura enfermedad. Dejó testamento a favor de la casa, la que a su vez recortó una parte con la que se comenzaron los cimientos de la nueva Iglesia de San José en Roma.

Su Santidad León XIII le había concedido la condecoración de camarero secreto, cosa que fue confirmada por el sumo pontífice Pío X.

La casa llamada de la Sagrada Familia en Fratta Polesine fue transformada para poder introducir una vasta y devota capilla y poder obtener dormitorios amplios, aprovechando un altísimo rústico, el cual fue reservado a orfanato, y más específicamente a cobijar enfermos mentales enviados por el nosocomio de Venecia.

Utilizando otras dependencias rústicas y cobertizos se obtuvieron dormitorios y locales múltiples para una cantidad de setenta pobres viejos, presentados por las comunas de los alrededores y otras congregaciones de caridad o por familias privadas.